

EL LIBRO DE LOS EJEMPLOS
DEL CONDE LUCANOR
Y SU CONSEJERO PATRONIO.

Edición, introducción y notas
Juan Manuel Magán García

INTRODUCCIÓN.

El fondo y las formas en El Conde Lucanor.

Cuando he vuelto a leer El Conde Lucanor para preparar esta edición adaptada para jóvenes lectores me ha asaltado la idea de que, por muchas razones, esta obra maestra de la narrativa castellana medieval es perfectamente comparable con cualquiera de los pórticos y portadas de los templos góticos de la España Cristiana de la época. Del mismo modo que los arquitectos y escultores planteaban verdaderas catequesis en piedra dirigidas a la educación moral y religiosa del pueblo llano, valiéndose para ello de los referentes ordinarios del acervo cultural cristiano, a cuya difusión contribuyeron de manera indiscutible, también la sucesión de cuentos y fábulas del Libro de los Ejemplos de Don Juan Manuel, con similar cadencia y ritmo al de las arcadas, arquivoltas, tímpanos y jambas que sirven de soporte a los grupos escultóricos, describen una cadena de pautas de conducta acordes con análogos planteamientos morales y religiosos, y con idéntica intención didáctica que aquellos impresionantes conjuntos escultóricos. De esta forma, mediante un lenguaje llano, directo y asequible, a través de los sucesivos relatos, define el autor un programa de comportamiento plenamente acorde con las normas sociales imperantes y respetuoso con la sociedad estamental medieval, todo perfectamente adobado para facilitar en lectores y oyentes una asimilación doctrinal tan eficaz como placentera.

Así pues, al igual que la arquitectura y escultura góticas, la obra de Don Juan Manuel mantiene un hilo conductor basado en la intencionalidad didáctica, que se refuerza con una estructura compositiva en el relato de cada ejemplo que se repite, capítulo tras capítulo, con igual cadencia y geometría que los soportes arquitectónicos de los grupos escultóricos. Cada título se abre de manera reiterada con el diálogo inicial entre los dos personajes que

dan uniformidad al conjunto narrativo: el Conde Lucanor y su consejero Patronio. En este diálogo plantea el conde a su consejero la cuestión sobre la que requiere su consulta, confiando siempre en las cualidades que para ello adornan a Patronio. La respuesta del consejero va precedida de una historia mediante la cual, por vía de ejemplo, se desemboca en la reflexión previa a la fijación del consejo solicitado. El molde narrativo se completa con una frase, con escasas variaciones, en la que el conde reafirma la idoneidad de cada consejo dado por Patronio, que revalida de manera indefectible con una alusión directa a su eficacia, avalada por la propia experiencia. Finalmente, culmina el diálogo el conde, de cuya boca parte la orden de plasmar en el libro el ejemplo narrado, en reconocimiento a su valía, interés y utilidad. El cierre de cada capítulo lo constituyen unos versos que surgen directamente de la pluma del autor, en los que, a modo de sentencia o moraleja, se sintetiza la enseñanza principal de cada ejemplo. Se refuerza así la implicación del propio autor en la obra, al asumir de forma explícita lo que podemos denominar el contenido ideológico que se pretende transmitir.

Respecto a la intención didáctica de la obra, el propio autor confiesa en sus prólogos, y después confirma a lo largo y ancho de los relatos, que sus enseñanzas van dirigidas a un único objetivo, aunque desdoblado en dos planos. Por un lado, pretende orientar al lector en lo que considera un modelo de conducta que favorece sus intereses temporales o mundanos en tres aspectos concretos, cuales son la *honra*, la *hacienda* y el *estado*; o dicho con términos más actuales: el honor y el prestigio personal, la riqueza, y la posición social. Por otro lado, más directamente relacionado con el ámbito de la espiritualidad, procura facilitarle los medios necesarios para la salvación eterna del alma. Esta idea dual constituye el eje vertebrador de la colección de relatos, a cuyo conjunto proporciona una uniformidad que se ve consolidada por los recursos compositivos antes citados.

La obra no aspira a ser original en cuanto a los argumentos que vertebran las historias de cada secuencia narrativa. La preocupación del autor se centra de modo casi exclusivo en la creatividad y originalidad en la exposición, siguiendo así una constante característica de la literatura medieval, tan abierta a influencias de

tradiciones pretéritas. Así como sucede con el resto de las manifestaciones artísticas de la época, la obra narrativa de Don Juan Manuel es deudora de numerosas influencias de muy diversa procedencia. Una de ellas, tal vez la más relevante, es la que proviene de ciertos relatos medievales denominados *exemplum*, muy profusamente empleados por los predicadores en sus sermones desde el siglo XII. Se trata de anécdotas de corta extensión, habitualmente escritas en latín en sus comienzos, dirigidas a nutrir de popularidad el discurso religioso, con la finalidad de hacerlo más comprensible, asequible y ameno para el pueblo llano. De esta tradición catequética popular surgieron los *ejemplarios*, colecciones de *exempla* recogidos en tomos ordenados temáticamente, para facilitar la tarea de adoctrinamiento de los predicadores. La estrecha relación de Don Juan Manuel con los dominicos da pie a pensar en el fácil acceso que en su momento pudo tener a estos *ejemplarios*, de los que sin duda tiene gran influencia su Libro de los Ejemplos. Su labor creativa se vuelca con gran maestría en la recreación de algunas de las historias ya usadas en la argumentación de no pocos *exemplum* medievales.

Los *bestiarios*, tratados generalmente breves sobre las costumbres y modos de vida de los animales, igualmente empleados por los predicadores con fines catequéticos, marcan asimismo su influencia en determinados ejemplos narrados por Don Juan Manuel; al igual que en estas otras tradiciones medievales, a la descripción de los hábitos de los animales le sigue en las narraciones del Conde Lucanor una interpretación moral o religiosa de los mismos, enlazando con la tradición de las fábulas clásicas.

Igualmente, podemos encontrar en la obra de Don Juan Manuel la huella de la tradición oriental, que de modo profuso empapó la cultura medieval española, a consecuencia de los vínculos que se establecen durante el extenso periodo de presencia musulmana en el territorio y, más directamente, de los materiales recopilados por la Escuela de Traductores de Toledo, bajo el impulso de Alfonso X. Así, no sólo la temática y argumento de algunos de los ejemplos del Conde Lucanor son deudores de cuentos y narraciones orientales; también numerosos rasgos del decorado que sirve de fondo a muchos de ellos traducen un ambiente claramente oriental.

Por otra parte, así como Don Juan Manuel puede considerarse deudor de múltiples tradiciones de muy diverso origen, a partir de las cuales desarrolló la recreación de sus ejemplos, debe también subrayarse que su obra influyó directamente en la producción literaria posterior. Muchas de sus historias fueron en distintas épocas recreadas por autores de talla. Así, el ejemplo XXXII sirvió de base para el *Retablo de las maravillas*, de Miguel de Cervantes, y además para *El traje nuevo del emperador*, del célebre autor de cuentos Hans Christian Andersen. El ejemplo XXXV inspiró *La fierecilla domada*, de W. Shakespeare; el III, *El condenado por desconfiado*, de Tirso de Molina... Otros literatos como Ruiz de Alarcón, Azorín y Borges utilizaron también en algunas de sus obras los ejemplos del Conde Lucanor. La influencia de Don Juan Manuel en la literatura posterior viene como consecuencia de la enorme popularidad que alcanzó ya en su tiempo y que se ha mantenido venturosamente viva a lo largo de los siglos.

Datos biográficos del autor.

Aun cuando lo habitual en la literatura medieval castellana es el anonimato en la autoría en la mayor parte de la producción, en el caso que nos ocupa la historiografía se ha preocupado de perpetuar la memoria del autor, dejando un buen cúmulo de datos sobre su biografía, sin duda debido al alto rango nobiliario del que procedía. Emparentado con las casas reales de Castilla y Aragón, el infante Don Juan Manuel fue un noble castellano de vida sumamente ajetreada. A lo largo de su atareada existencia participó activamente en numerosas intrigas cortesanas, siendo objeto de amenazas de muerte e intentos de asesinato, como consecuencia del papel que jugó tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra, militando en bandos opuestos en las banderías cortesanas, durante los conflictos dinásticos de finales del siglo XIII y comienzos del XIV, y en los frentes de batalla, en el contexto de la Reconquista.

Había nacido en la villa toledana de Escalona, el 5 de mayo de 1282, hijo del infante don Manuel, hermano del rey Alfonso X, y de doña Beatriz de Saboya. En 1284 falleció su padre, quedando al cargo de su tutoría su primo Sancho IV, que sucederá en el trono a Alfonso X. Heredó de su padre el título de adelantado mayor del reino de Murcia, lo que le obligó a establecerse en tierra de frontera, participando desde muy joven en sucesivas enfrentamientos contra los musulmanes del reino Nazarí de Granada.

Casó en tres ocasiones. La primera, cuando contaba tan sólo 17 años, con la infanta de Mallorca doña Isabel, de la que enviudó dos años después. Su segundo matrimonio fue con doña Constanza, hija del rey Jaime II de Aragón. Una de las hijas de este matrimonio, llamada también doña Constanza, comprometerá matrimonio con el rey Alfonso XI de Castilla; pero esta boda nunca se llevará a cabo, lo que provocará la enemistad de Don Juan Manuel con el monarca castellano, al que declarará la guerra, con el apoyo del rey nazarí de Granada. En plena contienda con el monarca, se produce la muerte de su segunda esposa, en 1327. Dos años después casa con doña Blanca Núñez, de quien nacerá su hijo Fernando, así llamado en memoria de su abuelo, el rey Santo Fernando III.

Coincidiendo con la primera oleada de la Peste Negra, muere Don Juan Manuel en su villa vallisoletana de Peñafiel, en 1348, tras 64 años de azarosa vida.

La obra literaria de Don Juan Manuel.

Don Juan Manuel simultaneó su vida cortesana y militar con una intensa actividad creadora en el ámbito literario, combinando tradición y originalidad. No puede considerarse como un autor innovador, si se tiene en cuenta los temas y argumentos de sus obras, en gran parte tomados de tradiciones anteriores. Su gran aportación a la naciente narrativa castellana, como precursor de la novela, radicó en la utilización de un lenguaje marcadamente popular, rico en recursos retóricos, muy asequible para lo que ahora denominamos el

gran público, y en el afianzamiento de una actitud claramente comprometida, con su implicación directa y personal en el discurso narrativo de sus relatos, en los que su poderosa individualidad queda reflejada de manera palmaria.

En una primera fase, que abarcaría hasta 1326, la producción literaria de Don Juan Manuel se enmarca en un intento por entroncar con la labor de su tío Alfonso X el Sabio. A partir de la lectura de la *Estoria de España*, sintetiza capítulo a capítulo su contenido en una de sus primeras creaciones, la *Crónica abreviada* (1321). En otra de sus primeras obras, el *Libro de la caza* (1321), integra de forma reiterada sucesivos elogios a la obra cultural de su tío.

A raíz del conflicto con el rey Alfonso XI, tras el episodio de la frustrada boda de su hija Constanza con el monarca, la actividad literaria de Don Juan Manuel se incrementa notablemente. De esta época son la mayoría de las obras que se han conservado hasta nuestros días: *Libro del caballero et del escudero* (1326), *Libro de los estados* (1327/1332), *El Conde Lucanor* (1335), *Libro Enferido* (1336/1338), *Libro de las armas* (1339) y el *Tratado de la Asunción de la Virgen María* (1340/1346). Todos ellos tienen en común su intencionalidad didáctica.

Criterio de la edición.

En su versión definitiva, concluida el 12 de junio de 1335, el Conde Lucanor consta de cinco partes. Se inicia con una colección de ejemplos, a la que siguen tres series de proverbios, para finalizar con un breve tratado doctrinal, las *Razones para salvar el alma*. La adaptación que presentamos se centra exclusivamente en la primera parte de la obra, que es conocida como el *Libro de los Ejemplos*.

De los cinco manuscritos conservados de la obra, ninguno de los cuales es del siglo XIV, hemos empleado para la presente edición el depositado en la Biblioteca Nacional (ms. 18.415). A partir de su

transcripción, en la que se ha modernizado la ortografía, acentuación y puntuación del texto, hemos llevado a cabo una adaptación respetuosa con el estilo narrativo del autor, así como con la secuencia argumental de cada una de las historias y con el desarrollo expositivo de la narración, tanto en los dos prólogos como en los 50 capítulos de que consta. La adaptación del ejemplo 51, de dudosa autoría, se ha llevado a cabo a partir de la transcripción editada por José Manuel Blecua en las *Obras Completas* de Don Juan Manuel (Madrid. Gredos. 1981 y 1983), a partir del manuscrito 6376 de la Biblioteca Nacional.

Por lo que respecta a las modificaciones más significativas que hemos introducido, con la intención de aligerar el texto y hacerlo más asequible a los lectores a los que va dirigido, cabe destacar un buen número cambios en expresiones y vocablos originales ya en desuso o de utilización muy restringida, por términos sinónimos de utilización más habitual en la actualidad. No obstante, hemos optado por hacer determinadas excepciones manteniendo algunos arcaísmos, con el fin de no privar del todo al texto del *sabor medieval* que le es propio. En tales casos, hemos recurrido a las aclaraciones al pie de página, incluyendo un total de 130 notas léxicas y orientativas en las que se acota el significado contextual de dichas expresiones y vocablos. Por otra parte, sólo cuando considerábamos que la modificación era estrictamente necesaria, hemos redefinido la formulación de aquellas frases o párrafos que, en caso contrario, hubieran dificultado notablemente su comprensión a los lectores, procurando que ello afecte lo menos posible al estilo narrativo original. Con el mismo criterio, hemos suprimido también algunas frases.

Esta edición está directamente pensada y elaborada para alumnos que finalizan la Educación Primaria y que inician la Educación Secundaria, de ahí que se trate más bien de una adaptación, en la que intencionadamente se ha buscado aliviar al texto de aquellos elementos que pudieran dificultar su comprensión para lectores no habituados a enfrentarse a obras de la más temprana de la literatura castellana.

A los lectores.

La aventura de la lectura es, con toda seguridad, una de las más apasionantes y mágicas fórmulas para lanzarse al proceloso universo del saber, con afán de aprender divirtiéndose. Zambullirse en las frescas aguas de las páginas de un buen libro reporta al lector sorprendentes encuentros con la sabiduría, fraguada por las generaciones que nos han precedido a lo largo y ancho de la Historia.

Desde este punto de vista, “*El libro de los ejemplos del conde Lucanor y su consejero Patronio*” (una de las más notables producciones de la narrativa medieval castellana), nos brinda un copioso escaparate de la sabiduría popular a través del cual hallará el lector, sin duda, avisos y lecciones que le suscitarán jugosas reflexiones.

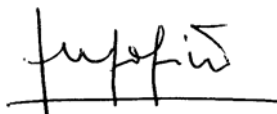
El Infante don Juan Manuel, ilustre toledano, nos abrirá puertas a la meditación en cada una de las historias narradas por boca de Patronio; sembrará pistas para aprender a comprender la nobleza y la vileza humana, las luces y las sombras que identifican la dignidad y la mezquindad que guían nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestros actos. Con pericia y maestría, a través de un lenguaje llano y sencillo, nos conducirá por las sendas de la tradición cultural de Oriente y de Occidente, mostrándonos huellas palpables de la forma de ser y de pensar de nuestros antepasados medievales.

Así pues, desde estas líneas os invito a lanzaros sin miedo a esta apasionante aventura. Os invito a que abráis puertas a la reflexión, a que indaguéis en las múltiples pistas que esconden las historias sabiamente contadas por el consejero Patronio, para descubrir las huellas que delatan las mentalidades propias de los hombres y mujeres de nuestra Edad Media. Os invito a que comparéis aquel universo de valores sociales y culturales, con los que en la actualidad más nos identifican, para que comprendáis en qué medida y hasta qué punto somos deudores de una herencia secular, que en muchos aspectos mantiene viva su llama.

En definitiva, os invito a todos a disfrutar a tope de la aventura que os ofrece el **Proyecto Patronio** y a que hagáis un hueco en vuestra

memoria para almacenar buenos momentos y buenos recuerdos de este encuentro con la lectura, con los libros y con nuestra mejor literatura.

Deseo dedicar unas líneas de reconocimiento a quienes promueven este tipo de iniciativas, a todos los cuales nuestro públicamente mi agradecimiento por su inestimable labor. Y, por supuesto, doy las gracias una vez más a los Centros de Profesores de la provincia, y muy en especial al de Torrijos, que nos ha brindado de nuevo la oportunidad de seguir colaborando en esta tan necesaria labor del fomento de la lectura entre nuestros jóvenes.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'J. M. Tofiño', written over a horizontal line.

José Manuel Tofiño Pérez
Presidente de la Diputación Provincial

DON JUAN MANUEL

EL LIBRO DE LOS EJEMPLOS
DEL CONDE LUCANOR
Y SU CONSEJERO PATRONIO.

Anteprólogo.

Este libro hizo don Juan, hijo del muy noble infante don Manuel, deseando que los hombres hiciesen en este mundo obras que les fuesen provechosas para sus honras, sus vidas y sus señoríos, y que les acercasen al camino de la salvación de sus almas. Y puso en él los ejemplos más provechosos que supo de las cosas que acaecieron, para que los hombres puedan hacer esto que dicho es. Y sería raro si sobre cualquier cosa que pueda acaecer a cualquier hombre, non hallare en este libro su semejanza que acaeció antes a otro.

Y porque don Juan sabe que en los libros se cometen muchos yerros¹ al editarlos, porque las letras semejan unas a otras, pensando que una letra es otra, cuando se editan cámbianse el sentido de algunas frases, mudando así algunos pensamientos del autor y confundiendo a los lectores. Y los que después leen aquello, echan la culpa al autor del libro. Y como don Juan se teme que esto pueda con sus libros ocurrir, ruega a los que leyeren cualquier libro de los que él compuso que si hallaren alguna palabra mal puesta, que no le culpen a él, hasta que vean el libro mismo que don Juan hizo, que ha sido enmendado en muchas páginas.

Y los libros que él hizo hasta aquí son éstos: la Crónica abreviada, el Libro de los sabios, el Libro de la caballería, el Libro del infante, el Libro del caballero y del escudero, el Libro del Conde, el Libro de la caza, el Libro de los engaños, el Libro de los cantares. Y estos libros están en el monasterio de los frailes predicadores que él hizo en Peñafiel. Pero, cuando vieren los libros que él hizo, por los fallos que en ellos hallaren, non echen la culpa a su intención, mas pónganla a la falta de su entendimiento², porque se atrevió a entrometerse a hablar de tales cosas. Pero Dios sabe que lo hizo con la intención de que se aprovecharan de lo que él diría las gentes que no fuesen muy letrados ni muy sabidores³. Y por ello, hizo todos sus libros en romance⁴, y

¹ **Yerros:** Erratas, equivocaciones, errores.

² **Entendimiento:** Capacidad, facultad, saber.

³ **Sabidores:** Entendidos, expertos, doctos, sabios.

esto es señal cierta que los hizo para los legos⁵ y de no muy gran saber como lo es él. Y de aquí adelante, comienza el prólogo del Libro de los Ejemplos del Conde Lucanor y de Patronio.

Prólogo.

En el nombre de Dios: amén. Entre muchas cosas extrañas y maravillosas que nuestro Señor Dios hizo, tuvo por bien hacer una muy maravillosa; ésta es que de cuantos hombres en el mundo hay, no haya uno que semeje a otro en la cara; pues aunque todos los hombres tienen las mismas cosas en la cara, las caras en sí mismas no semejan las unas a las otras. Y pues en las caras, que son tan pequeñas cosas, hay tan grandes diferencias, menor maravilla es que haya diferencias en las voluntades y en las intenciones de los hombres. Y así hallaréis que ningún hombre se semeja del todo en la voluntad ni en la intención con otro. Y os he de poner algunos ejemplos para que lo entendáis mejor.

⁴ **Romance:** Lengua castellana (por contraposición al latín, lengua en la que solían escribirse la mayoría de los libros de la época.).

⁵ **Legos:** Seglares, personas que no pertenecen al clero.

Todos los que quieren y desean servir a Dios, todos quieren lo mismo, pero no lo sirven todos en una misma manera; unos le sirven en una manera y otros en otra. Del mismo modo, los que sirven a los señores; todos los sirven, mas no los sirven todos en una misma manera. Y los que labran y crían y juegan y cazan y hacen las demás cosas, todos las hacen, mas no las entienden ni las hacen todos en una misma manera.

Y así, por este ejemplo y por otros que sería prolijo escribir, podéis entender que, aunque los hombres todos sean hombres y todos tengan voluntades e intenciones, igual que no se semejan en las caras, tampoco se semejan en las intenciones y en las voluntades. Pero todos se semejan en tanto que todos usan y quieren y aprenden mejor aquellas cosas que más les agradan, aprovechan y benefician. Y porque cada hombre aprende mejor aquello que más le conviene, por ello el que alguna cosa quiere mostrar⁶ a otro, débesele mostrar en la manera que entendiere que será más favorecido el que la ha de aprender. Y porque a muchos hombres las cosas sutiles non les caben en los entendimientos, porque non las entienden bien, no sienten placer con la lectura, ni en aprender lo que está escrito en los libros. Y como no sienten placer en ello, no aprenden ni saber cuanto a ellos les convendría.

Por todo ello, yo, don Juan, hijo del infante don Manuel, adelantado mayor de la frontera y del reino de Murcia, hice este libro compuesto de las más apuestas palabras que yo pude, y entre las palabras entremeté algunos ejemplos de que se podrían aprovechar los que los oyeren. Y esto hice según la manera que hacen los físicos⁷, que cuando quieren hacer alguna medicina que aproveche al hígado, por razón que naturalmente al hígado le agradan las cosas dulces, mezclan con aquella medicina para el hígado azúcar o miel o alguna cosa dulce; y por la predilección que el hígado tiene de cosas dulces, al atraerlas para sí, lleva con ellas la medicina que le ha de curar. Y eso mismo hacen con cualquier miembro que necesite alguna medicina, que siempre la dan con alguna cosa que naturalmente atraiga a aquel miembro.

⁶ **Mostrar:** Enseñar.

⁷ **Físicos:** Médicos.

Y a esta semejanza, con la merced de Dios, será hecho este libro; y los que lo leyeren, si por su voluntad sintieren placer por las cosas provechosas que en él hallaren, estará bien; y aun los que tan bien no lo entendieren, no podrán excusar que, al leer el libro, por las palabras falagueras⁸ y apuestas que en él hallarán, leer las cosas provechosas con ellas mezcladas, y aunque ellos no lo deseen, se aprovecharán de ellas, así como el hígado y los otros miembros dichos se aprovechan de las medicinas que son mezcladas con las cosas que a ellos agradan.

Y Dios, que es cumplido⁹ y cumplidor de todos los buenos hechos, por su merced y por su piedad quiera que los que este libro leyeren se aprovechen de él para servicio de Dios y para salvación de sus almas y aprovechamiento de sus cuerpos; tal y como Él sabe que yo, don Juan, lo digo con esa intención. Y lo que en él hallaren que no está muy bien dicho, no culpen de ello a mi intención, sino échensela a mi falta de entendimiento. Y si alguna cosa hallaren bien dicha o provechosa, agradézcanlo a Dios, pues Él es aquél por quien todos los buenos dichos y hechos se dicen y se hacen.

Y pues el prólogo es acabado aquí, de aquí adelante comenzaré el libro, en manera de un gran señor que hablaba con su consejero. Y el nombre del señor es conde Lucanor; y el del consejero, Patronio.

⁸ **Falagueras:** Halagüeñas, gratas, atrayentes.

⁹ **Cumplido:** Satisfecho, agrado.

Ejemplo I.

De lo que aconteció a un rey con un su privado¹⁰.

Acaeció una vez que el conde Lucanor estaba hablando confidencialmente con Patronio, su consejero, y le dijo:

— Patronio, un muy gran hombre amigo mío, mucho honrado y muy poderoso, me dijo muy discretamente, hace pocos días, que por algunas cosas que le habían sucedido, que tenía pensamiento de marchar de esta tierra y nunca más volver a ella; y que por la amistad y gran confianza que en mí tenía, que me quería dejar toda su hacienda. Y pues esto quiere, paréceme muy gran honra y gran aprovechamiento para mí. Decidme vuestro parecer y aconsejadme en ello.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, bien entiendo que mi consejo no os será de gran utilidad, pero, pues vuestra voluntad es que os diga lo que en esto entiendo y os aconseje sobre ello, así lo haré luego. Primeramente os digo que lo que vuestro amigo os dijo, solo lo dijo por probaros; y parece que os sucedió con él como aconteció a un rey con un su privado.

El conde Lucanor le rogó que le dijese cómo fuera aquello.

— Señor –dijo Patronio–, había un rey que tenía un privado en quien mucho confiaba. Y porque no puede ser que los hombres que algo bueno tienen no tengan quien de ello no hayan envidia, por las bondades de aquel privado otros privados muy gran envidia le tenían y se afanaban en enemistarle con el rey, su señor. Por más que lo intentaron, nunca lograron que el rey recelara de su privado ni del servicio que le prestaba. Y de que vieron que de otra manera no podían conseguirlo, hicieron entender al rey que aquel su privado estaba empeñado en lograr su muerte, para que entronizase un hijo pequeño que el rey tenía, con la intención de eliminar luego al rey mozo y apoderarse entonces del trono. Hasta entonces no habían podido hacer dudar al rey de la lealtad de su privado, pero de que esto

¹⁰ **Privado:** persona de total confianza del rey, que asume tareas de gobierno.

le dijeron, comenzó el rey a recelar. No obstante, dado que en los asuntos importantes conviene ser cautos y prevenir los males cuando aún tienen remedio, cuando el rey cayó en esta duda y sospecha, aunque recelaba de su privado, no quiso disponer nada contra él hasta que sobre aquellas acusaciones averiguase la verdad.

Y quienes buscaban mal a su privado dijéronle al rey una manera muy engañosa de cómo podría probar que era verdad aquello que ellos decían, según adelante oiréis. Y el rey puso en su corazón de lo hacer, e hízolo.

Y estando al cabo de algunos días el rey hablando con aquel su privado, entre otras razones muchas que hablaron, comenzó a darle a entender que estaba muy desencantado de la vida de este mundo y que le parecía que todo era vanidad. Y después, al cabo de algunos días, hablando otra vez con su privado, volvióle a decir que cada día despreciaba más la vida de este mundo y las cosas que en él veía. Y esta razón le dijo tantos días y tantas veces, hasta que el privado entendió que el rey no mostraba ningún aprecio en las honras de este mundo, ni en las riquezas, ni en ninguna cosa de los bienes ni de los placeres de este mundo. Poco después, dijo el rey a su privado que había pensado irse a tierra donde no fuera conocido y buscar algún lugar apartado en el que hacer penitencia de sus pecados, para alcanzar el perdón y la gracia de Dios, para ganar así la gloria del Paraíso.

Cuando el privado del rey esto le oyó decir, procuró apartarle de aquellos pensamientos, diciéndole muchas razones por las que no lo debía hacer. Y, entre otras, le dijo que si esto hiciera, que haría muy gran deservicio a Dios, dejando tantas gentes como había en su reino bien mantenidas en paz y en justicia, y que era cierto que luego que él partiese, que habría entre ellos muy gran bullicio y muy grandes contiendas, de que tomaría Dios muy gran deservicio y su reino muy gran daño. Y añadió que su marcha sería además en gran daño para la reina, su mujer, y para su hijo muy pequeñuelo que dejaba.

A esto respondió el rey que, antes que él partiera de aquella tierra, pensó la manera de dejar a buen recaudo su reino y de que su mujer y su hijo fuesen servidos y toda su tierra guardada; y que la

manera era ésta: que porque confiaba en su privado más que en ningún hombre del mundo, tenía por bien dejarle la mujer y el hijo en su poder, y entregarle todas las fortalezas y lugares del reino, para que nadie pudiese hacer ninguna cosa que fuese en deservicio de su hijo; y si el rey tornase en algún tiempo, que era cierto que hallaría en buen recaudo todo lo que dejase en su poder; y si por ventura muriese, que confiaba que serviría muy bien a la reina, su mujer, y que criaría muy bien a su hijo, y que le tendría muy bien guardado su reino hasta que fuese de tiempo que lo pudiese gobernar; y así, de esta manera, confiaba que dejaba a buen recaudo toda su hacienda.

Este privado tenía en su casa un sirviente que era muy sabio hombre y muy gran filósofo. Y todas las cosas que aquel privado del rey debía hacer y los consejos que debía dar, todo lo hacía según el parecer de aquel sirviente que tenía en casa. Y luego que el acabó la conversación con el rey, fue a su casa y contóle a su sirviente cuanto el rey le había dicho, con muy gran placer y muy gran alegría, pues el rey le quería dejar todo el reino y su hijo y su poder.

Cuando el sabio sirviente oyó decir a su señor todo lo que había pasado con el rey, entendió que era caído en gran error, porque todo aquello que el rey le dijo, no fue porque tuviera voluntad de lo hacer, sino que algunos que le querían mal habían propuesto al rey que le dijese aquellas razones para probarle.

Cuando el privado del rey oyó aquello, se alarmó mucho, porque entendió verdaderamente que todo era así como aquel su siervo le había dicho. Y desde que aquel sabio que tenía en su casa le vio tan desasosegado, aconsejóle tomase medidas para evitar tal peligro. Y la manera fue ésta: aquella misma noche rapóse la cabeza y la barba, se puso una vestidura muy mala y toda despedazada, tal cual suelen traer estos hombres que andan pidiendo las limosnas por las romerías, y un bordón¹¹ y unos zapatos rotos, y metió entre las costuras de aquellos pedazos de su vestidura una gran cuantía de doblas¹². Y antes que amaneciese, fuese para la puerta del rey, y dijo a un portero que allí halló que dijese al rey que se levantase, porque se

¹¹ **Bordón:** bastón de peregrino.

¹² **Doblas:** monedas de gran valor.

pudiesen ir antes que la gente despertase, pues él allí estaba esperando; y mandóle que lo dijese al rey con todo sigilo. Y el portero entró al rey y díjosele así como aquel su privado le mandara. De esto se maravilló el rey y mandó que le dejase entrar.

Cuando lo vio cómo venía, preguntóle por qué hacía aquello. El privado le dijo que, puesto que el rey le había dicho su intención de irse al destierro, era muy razonable que él, que era su privado, no quería olvidar cuantos favores le debía, y que, al igual que había compartido los honores y los bienes de su rey, así, ahora que él marchaba a otras tierras para llevar vida de penitencia, quería él seguirlo para compartir el destierro con su señor; y que, si al rey no le dolían ni su mujer, ni su hijo, ni su reino, ni cuantos bienes dejaba, no era razón que él se doliese de lo suyo, y que iría con él, y le serviría en manera que ningún hombre se percatara de ello; y que en su vestidura llevaba metido cuanto para su sustento habían de necesitar; y que debían partir antes que alguien les pudiera reconocer.

Cuando el rey entendió todas aquellas cosas que aquel su privado le decía, apreció que lo decía con lealtad, y agradecióselo mucho, y contóle la manera cómo habían pretendido engañarlo y que todo aquello lo hacía el rey por probarle.

Y así hubiera aquel privado sido engañado por su mala codicia, y quísole Dios guardar¹³, y fue guardado por consejo del sabio sirviente que en su casa tenía.

Y vos, señor conde Lucanor, menester es que os guardéis de no ser engañado de éste que tenéis por amigo; pues sabed que lo que os dijo no lo hizo sino por probar vuestra amistad. Y conviene que en tal manera habléis con él, que entienda que queréis todo su provecho y honra, y que no tenéis codicia de ninguna cosa de lo suyo; ya que si estas dos cosas no guardamos al amigo, no puede durar la amistad por mucho tiempo.

El conde se dio por bien aconsejado del consejo de Patronio, su consejero, y obró como él le aconsejara, y halló en ello buen provecho.

¹³ **Guardar:** Proteger.

Y entendiendo don Juan que estos ejemplos eran muy buenos, hízolos escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

No os engañéis, ni creáis que, endonado,
hace ningún hombre por otro su daño con agrado.

Y otros que dicen así:

Por la piedad de Dios y por buen consejo,
sale hombre del peligro y cumple su deseo.

Ejemplo II.

De lo que aconteció al hombre bueno¹⁴ con su hijo.

Una vez acaeció que el conde Lucanor hablaba con Patronio, su consejero, y díjole cómo estaba muy preocupado por algo que quería hacer. Pues, si por ventura lo hiciese, sabía que muchas gentes le criticarían; y si no lo hiciese, él mismo entendía que le podrían criticar con razón. Y díjole cuál era el hecho y rogóle que le aconsejase lo que entendía que debía hacer sobre ello.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, bien sé yo que mi consejo poco os es menester; mas pues lo queréis, deciros he lo que al respecto entiendo. Mucho me placería que escucharais un ejemplo de una cosa que ocurrió una vez a un hombre bueno¹⁵ con su hijo.

El conde le rogó que le dijese cómo fuera aquello, y Patronio dijo:

— Señor, así aconteció a un hombre bueno que tenía un hijo que, aunque mozo, tenía fino entendimiento. Cada vez que el padre alguna cosa quería hacer, decía el hijo algún inconveniente. Y, de esta manera, le impedía hacer algunas cosas muy provechosas. Y bien creed que cuanto más sutiles de entendimiento son los mozos, tanto más son propensos para cometer grandes errores. Porque tienen entendimiento para comenzar las cosas, mas no saben la manera como se pueden y deben acabar, y por esto caen en grandes yerros¹⁶, si no tienen quien les aconseje. Y así, aquel mozo entorpecía a su padre en muchas cosas que debía hacer. El padre, harto de las impertinencias de su hijo, y principalmente por darle ejemplo de cómo había de comportarse, hizo lo que aquí adelante oiréis.

¹⁴ **Hombre bueno:** Término empleado en la época para designar a las personas ajenas a los estamentos nobiliario y eclesiástico.

¹⁵ **Hombre bueno:** Término empleado en la época para designar a las personas ajenas a los estamentos nobiliario y eclesiástico.

¹⁶ **Yerros:** Errores.

El hombre bueno y su hijo eran labradores y moraban cerca de una villa. Y un día que había mercado, dijo a su hijo que fuesen ambos allá, para comprar algunas cosas que habían menester. Y acordaron de llevar una mula en que trajesen la compra. Y yendo al mercado, llevaban la mula sin ninguna carga e iban ambos a pie, y encontraron unos hombres que venían de camino. Y, después de saludarse y alejarse los unos de los otros, aquellos hombres que encontraron comenzaron a hablar entre sí y decían que no les parecía razonable lo de aquel hombre y su hijo, pues llevaban la mula descargada y ellos iban a pie. El hombre bueno, después que aquello oyó, preguntó a su hijo que qué le parecía aquello que decían. Y el hijo dijo que le parecía que decían verdad, pues ya que la mula iba descargada, no era lógico ir ellos a pie. Y entonces mandó el hombre bueno a su hijo que subiese en la mula.

Y yendo así por el camino, hallaron otros hombres, y cuando se alejaron de ellos, comenzaron a decir lo mal que obraba aquel hombre bueno, porque iba él a pie, siendo viejo, y el mozo, que podría caminar sin fatigas, iba en la mula. Preguntó entonces el hombre bueno a su hijo que qué le parecía lo que aquellos decían; y él díjole que le parecía que tenían razón. Entonces mandó a su hijo que bajase de la mula y subió él en ella.

Y a poco rato toparon con otros, y dijeron que hacía muy mal dejar ir a pie al hijo, pues era tierno y estaba fatigado, e ir el padre en la mula, siendo como era un hombre curtido por la vida. Entonces preguntó el hombre bueno a su hijo que qué le parecía aquello que decían. Y el mozo dijo que, según él pensaba, que decían verdad. Entonces mandó el hombre bueno a su hijo que subiese en la mula, para que no fuese ninguno de ellos a pie.

Y yendo así, encontraron otros hombres y comenzaron a decir que aquella mula en que iban era tan flaca que apenas podría andar bien por el camino, y pues así era, que hacían muy gran yerro ir ambos en la mula. Y el hombre bueno preguntó a su hijo que qué le parecía aquello que aquellos hombres decían; y el mozo dijo a su padre que le parecía verdad. Entonces el padre respondió a su hijo en esta manera:

— Hijo, bien sabes que, cuando salimos de nuestra casa, que ambos veníamos a pie y traíamos la mula sin carga ninguna, tú decías que te parecía que aquello estaba bien. Y después, hallamos hombres en el camino que nos dijeron que no estaba bien, y te mandé yo subir en la mula y marché yo a pie; y tú dijiste que estaba bien. Y después hallamos otros hombres que dijeron que aquello no estaba bien, y entonces descendiste tú y subí yo en la mula, y tú dijiste que aquello era lo mejor. Y porque los otros que hallamos dijeron que no estaba bien, te mandé subir en la mula conmigo; y tú dijiste que era mejor no marchar tú a pie e ir yo en la mula. Y ahora, estos que hallamos dicen que erramos en ir ambos en la mula; y tú dices que dicen verdad. Y pues que así es, te ruego que me digas qué es lo que podemos hacer para que las gentes no nos critiquen. Pues ya fuimos ambos a pie, y dijeron que no hacíamos bien; y fui yo a pie y tú en la mula, y dijeron que errábamos; y fui yo en la mula y tú a pie, y dijeron que aquello estaba muy mal; y ahora íbamos ambos en la mula, y dicen que hacemos mal. Pues en ninguna forma no puede ser que alguna de estas cosas no hagamos, y ya todas las hicimos, y todos dicen que son yerro. Y esto hice yo porque tomases ejemplo, porque cierto es que nunca harás cosa en la que todos se muestren de acuerdo. Y por lo tanto, si quieres obrar correctamente, procura hacer lo que entiendas que más te beneficia, siempre que sea bueno, y no dejes de hacerlo por el qué dirán; porque cierto es que las gentes siempre hablan en las cosas a su antojo.

— Y vos, conde Lucanor, señor, en esto que me decís que queréis hacer y que teméis que os criticarán las gentes por ello, y si no lo hacéis, que también os criticarán, mi consejo es éste: que antes que comencéis, mirad lo bueno y lo malo que ello os puede acarrear vuestra decisión, y que no os fiéis sólo de vuestro entendimiento y os aconsejéis de los que entendáis que son juiciosos y leales y discretos. Y siguiendo este consejo, si lo halláis conforme a vuestro provecho, os recomiendo que nunca dejéis de hacer cosa alguna por recelo de lo que las gentes podrían de ello decir.

El Conde tuvo por buen consejo lo que Patronio le aconsejaba. Él hizolo así y sacó provecho de ello.

Y mandó don Juan escribir en este libro el ejemplo, e hizo estos versos en que está abreviadamente toda su enseñanza. Y los versos dicen así:

Por el qué dirán nunca os guiéis;
que no os cueste afán cuando bien obréis.

Ejemplo III.

Del salto que hizo el rey Ricardo de Inglaterra en la mar contra los moros.

Un día se apartó el conde Lucanor con Patronio, su consejero, y díjole así:

— Patronio, yo confío mucho en vuestro entendimiento, y sé que lo que vos no entendéis, o a lo que no podáis dar consejo, no hay ningún otro hombre que lo pueda acertar. Por tanto, os ruego que me aconsejéis lo mejor que entendáis en lo que ahora os diré:

Vos sabéis muy bien que yo no soy ya muy mancebo, y acaeciome así: que desde que fui nacido hasta ahora, que siempre me crié y viví en muy grandes guerras; unas veces contra cristianos y otras contra moros, y, las más, siempre las hube contra reyes, mis señores y mis vecinos. Y cuando peleé contra cristianos, siempre cuidé que nunca se levantase ninguna guerra por mi culpa, fue inevitable recibir muy gran daño muchos que no lo merecieron. Y tanto por esto, como por otras faltas que yo hice contra nuestro señor Dios, y también, porque veo que por nadie ni por nada, no puedo un solo día salvarme de la muerte, y porque estoy convencido que, naturalmente, dada mi edad, no puedo vivir muy por mucho tiempo, y sé que he de ir ante Dios, que es juez implacable, que me ha de juzgar por las buenas obras o malas que hubiere hecho; y sé que si, por mi desventura, fuere hallado en cosa por la que Dios me haya de condenar, tengo por cierto que en ninguna manera podré excusar de ir a las penas del Infierno irremediabilmente. Y si Dios me hiciera merced de hallarme merecedor de escogermé para ser compañero de sus siervos y ganar el Paraíso, sé por cierto que a este bien y a este placer y a esta gloria, no se puede comparar ningún otro placer del mundo. Y pues Infierno y Paraíso no se cobra sino por las obras, os ruego que me aconsejéis la manera mejor por la que, a vuestro entender, pueda hacer enmienda a Dios de los errores que contra Él hice y pueda, así, haber su gracia.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, mucho me placen todas estas razones que habéis dicho, señaladamente porque decís que queréis hacer enmienda a Dios de los errores que hiciste, guardando vuestro estado y vuestra honra; porque ciertamente, señor conde Lucanor, si vos quisierais dejar vuestro estado y tomar vida de orden¹⁷ o haceros ermitaño, no podríais excusar que no os ocurriesen dos cosas: la primera, que seríais muy mal juzgado de todas las gentes, pues todos dirían que lo hacíais por despecho; y la otra es que os sería muy penoso sufrir las asperezas de la vida conventual, y si después la tuvieseis que dejar o vivir en ella no guardando sus reglas, sería muy gran daño para vuestra alma y gran vergüenza para vuestra fama. Mas pues este bien queréis hacer, me placería que conocieseis lo que mostró Dios a un ermitaño muy santo de lo que había de acontecer a él y al rey Ricardo de Inglaterra.

El conde Lucanor le rogó que le explicase aquello.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, un ermitaño era hombre de muy buena vida, y hacía mucho bien, y sufría grandes trabajos por ganar la gracia de Dios. Y por ello hízole Dios tanta merced que le prometió y le aseguró que alcanzaría la gloria de Paraíso. El ermitaño agradeció esto mucho a Dios; y estando ya de esto seguro, pidió a Dios por merced que le mostrase quién había de ser su compañero en el Paraíso. Y Nuestro Señor le mandó recado algunas veces con el ángel que no hacía bien en preguntarle tal cosa, pero tanto insistió en su petición, que tuvo por bien nuestro señor Dios de responderle, y envióle respuesta por su ángel que el rey Ricardo de Inglaterra y él serían compañeros¹⁸ en el Paraíso.

Aquella respuesta no agradó mucho al ermitaño, pues él conocía muy bien al rey y sabía que era hombre muy guerrero y que había causado muertes y robos, y a muchas gentes había desheredado, y siempre había tenido una vida muy contraria a la suya, y que parecía muy alejado de la carrera de salvación; y por todo esto estaba el ermitaño de muy mal talante.

¹⁷ **Vida de orden:** Tomar los hábitos de alguna orden religiosa.

¹⁸ **Compañones:** Compañeros.

Y viendo nuestro señor Dios su malestar, envióle a decir con el ángel que no se quejase ni se maravillase de lo que le dijera, pues cierto era que más servicio hacía a Dios y más merecía el rey Ricardo en un salto que saltara, que el ermitaño en cuantas buenas obras hiciera en su vida.

El ermitaño se extrañó mucho de aquello, y preguntóle cómo podía ser.

Y el ángel le dijo que supiese que el rey de Francia y el rey de Inglaterra y el rey de Navarra pasaron a Ultramar¹⁹. Y el día que llegaron al puerto, yendo todos armados para tomar tierra, vieron en la ribera tanta muchedumbre de moros, que dudaron si podrían desembarcar. Entonces el rey de Francia envió a decir al rey de Inglaterra que viniese a aquella nave donde él estaba para acordar lo que habían de hacer. Y el rey de Inglaterra, que estaba en su caballo, cuando esto oyó, dijo al mandadero²⁰ del rey de Francia que le dijese de su parte que bien sabía que él había hecho a Dios muchos enojos y pesares en este mundo y que siempre le había pedido tener ocasión para desagrarle, y que, alabado sea Dios, ahora tenía oportunidad de demostrarle a Dios sus ansias de obtener su perdón; pues si allí muriese, ya que antes de su partida había hecho penitencia y se mostraba arrepentido, Dios salvaría su alma, y que si los moros fuesen vencidos, aquella victoria muy bien aprovecharía a Dios, y serían todos muy de buena ventura.

Y de que esta razón ovo dicha, encomendó el cuerpo y el alma a Dios y pidióle que le socorriese; y santiguóse con signo de la santa Cruz y mandó a los suyos que le ayudasen. Y luego dio de las espuelas al caballo y saltó en la mar hacia la ribera donde estaban los moros. Y como quiera que estaban cerca del puerto, y la mar era bien profunda, el rey y el caballo quedaron bajo el agua sumergidos; pero Dios, piadoso y poderoso, acordándose de lo que dijo en el Evangelio, que no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva, socorrió entonces al rey de Inglaterra, libróle de la muerte y dióle vida

¹⁹ **Ultramar:** Aquí se refiere a Tierra Santa.

²⁰ **Mandadero:** Recadero.

perdurable para siempre, y salvóle de aquel peligro del agua; y atacó a los moros.

Y cuando los ingleses vieron hacer esto a su señor, saltaron todos en la mar tras él y atacaron todos a los moros. Cuando los franceses vieron esto, saltaron luego todos en la mar contra los moros. Y cuando los moros los vieron venir contra sí, y vieron que no temían la muerte, y que venían contra ellos tan bravamente, no osaron esperarles, y abandonaron el puerto de la mar y comenzaron a huir. Y cuando los cristianos llegaron al puerto, mataron muchos de los que pudieron alcanzar y triunfaron victoriosos, e hicieron mucho servicio a Dios con aquella victoria. Y todo este bien vino por aquel salto que hizo el rey Ricardo de Inglaterra.

Cuando el ermitaño esto oyó, mucho aquello agradeció y entendió que mucha merced le hacía Dios en querer que fuese compañero en Paraíso de hombre que tal servicio hiciera a Dios y tanto ensalzara la fe católica.

Y vos, señor conde Lucanor, si queréis servir a Dios y enmendar las faltas que le habéis hecho, procurad, antes que marchéis de vuestra tierra, enmendar lo que habéis hecho a quienes entendéis que hicisteis algún daño. Y haced penitencia de vuestros pecados, y no caigáis en la vanidad del mundo, ni deis crédito a quienes os halaguen. Y vos, señor conde Lucanor, pues decís que queréis servir a Dios y enmendar los enojos que le hicisteis, no queráis seguir la ufana senda de la vanidad. Antes bien, pues Dios os dio poder y hacienda para poderle servir contra los moros, tanto por mar como por tierra, asegurad vuestras posesiones y, habiendo hecho enmienda a Dios de los errores cometidos, haced verdadera penitencia, porque de cuanto bien hagáis hallaréis merecimiento, y obrando así estaréis siempre en servicio de Dios hasta acabar vuestra vida. Y esta es la mejor manera que vos podéis tomar para salvar el alma, guardando vuestro estado y vuestra honra. Y si muriereis en servicio de Dios, viviendo en la manera que vos yo he dicho, seréis mártir y muy bien aventurado, y aunque no moráis por armas, la buena voluntad y las buenas obras os harán mártir, y nadie criticará vuestro proceder, pues queréis ser caballero de Dios y dejar de ser caballero del diablo y de la ufana vanidad del mundo, que es precedera.

Ahora, señor conde, os he dicho mi consejo según me lo pediste, de lo que yo entiendo que podéis mejor salvar el alma, según vuestra posición y estado. E imitaréis lo que hizo el rey Ricardo de Inglaterra en la santa acción que hizo.

Al conde Lucanor agradó mucho el consejo que Patronio le dio, y rogó a Dios que le ayudase a seguir aquel consejo, como era su voluntad.

Y viendo don Juan que este ejemplo era bueno, mandólo poner en este libro, e hizo estos versos en que se entiende abreviadamente todo el ejemplo. Y los versos dicen así:

Quien por caballero se tuviere,
más debe desear este salto,
que no en un convento se metiere,
o se encerrase tras muro alto.

Ejemplo IV.

De lo que aconteció a un genovés que hablaba con su alma.

Un día hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, y contábale lo que sigue, de esta manera:

— Patronio, loado sea Dios, yo tengo mi hacienda en bastante buen estado y en paz, y tengo cuanto necesito, según mis vecinos y mis iguales, y por aventura más. Y algunos aconséjanme que comience un hecho de muy gran aventura, y yo deseo hacer lo que me aconsejan; pero por la confianza que en vos tengo, no lo quise comenzar hasta que hablase con vos y os rogase que me aconsejaseis lo que hiciese en ello.

— Señor conde Lucanor —dijo Patronio—, para que vos hagáis lo que más os cumple, placeríame mucho que supieseis lo que ocurrió a un genovés.

El conde le rogó que le contase aquello.

Patronio le dijo:

— Señor conde Lucanor: un genovés era muy rico y muy afortunado, según sus vecinos. Y aquel genovés enfermó muy gravemente, y de que entendió que no podía escapar de la muerte, hizo llamar a sus parientes y a sus amigos. Y cuando reunió a todos en una hermosa sala desde donde se contemplaba la mar y la tierra, envió por su mujer y sus hijos, e hizo traer ante sí todo su tesoro y todas sus joyas. Y cuando todo lo tuvo ante sí, comenzó en manera de trebejo²¹ a hablar con su alma en esta guisa²²:

— Alma, yo veo que tú quieres salir de mí, y no sé por qué lo haces. Pues si tú quieres mujer e hijos, bien los ves aquí delante; y si quisieres parientes y amigos, ves aquí muchos y muy buenos y honrados; y si quieres un gran tesoro de oro y de plata y de piedras preciosas y de joyas y de paños y de mercancías, tú tienes aquí tanto

²¹ **En manera de trebejo:** En broma.

²² **En esta guisa:** Así.

de ello que poco puedes echar en falta; y si tú quieres naves y galeras que te proporcionen bienes y fama, allá las tienes, en la mar ves desde mi palacio; y si quieres tierras y huertas muy hermosas y muy deleitosas, contempladlas desde estos ventanales; y si quieres caballos y mulas, y aves y canes para cazar, y juglares para alegrarte y solazarte, y muy buena posada, de todas estas cosas a ti no te faltarán ninguna. Y pues tú tienes tanto y aún así no te sientes satisfecha, pues de mí quieres salir en busca de lo desconocido, vete con la ira de Dios; muy necio será quien de ti se duela si algún mal te sobreviene.

Y vos, señor conde Lucanor, pues, a Dios gracias, estáis en paz y con bien y con honra, creo que no acertáis en meteros en las aventuras que os aconsejan, poniendo en riesgo cuanto tenéis, pues puede que aquellos consejeros que tal os aconsejan no busquen más que someteros a su voluntad cuando, por ventura, la fortuna os dé la espalda, de modo que haréis vos su voluntad tal y como ahora ellos hacen lo que vos ordenáis. Porque quienes tal os aconsejan aspiran a acrecentar sus haciendas de los despojos de la vuestra, lo que no acaecerá si permanecéis como hasta ahora en paz y sosiego, sin necesidad de embarcaros en inciertas aventuras, como así decía el genovés a la su alma. Mas, seguid mi consejo y tendréis en paz y sosiego a vuestra honra y fortuna, y no os metáis en cosa que todo lo tengáis que arriesgar.

Al conde satisfizo mucho el consejo que Patronio le daba. E hízolo así y hallóse confortado.

Y cuando don Juan halló este ejemplo, túvolo por bueno y no quiso hacer versos de nuevo, sino que puso allí un refrán que dicen las viejas en Castilla. Y el refrán dice así:

Quien bien sentado esté, no se levante.

Ejemplo V.

De lo que aconteció al cuervo con el raposo²³.

Otra vez hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, y díjole así:

— Patronio, un hombre que da a entender que es mi amigo, me comenzó a loar²⁴ mucho, sugiriendo que había en mí muchas bondades, merecimientos y buenas cualidades. Y cuando con estas razones me halagó a más no poder, me planteó un negocio en el que, a primera vista, según lo que yo puedo entender, parece que me será muy provechoso.

Y contó el Conde a Patronio cuál era el negocio que le propuso. Y como quiera que parecía el asunto provechoso, Patronio entendió el engaño que escondido había entre tantos halagos. Y así, dijo al Conde:

— Señor conde Lucanor, sabed que este hombre os quiere engañar, dándoos a entender que el vuestro poder es mayor de cuanto es en verdad. Y para que vos podáis guardaros de este engaño que os quiere hacer, me gustaría que supieseis lo que aconteció a un cuervo con un raposo²⁵.

Y el Conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, el cuervo halló una vez un gran pedazo de queso y subió en un árbol para poder comer el queso más a gusto y sin recelo de nadie. Y en cuanto el cuervo así estaba, pasó el raposo por el pie del árbol, y desde que vio el queso que el cuervo tenía, comenzó a pensar de qué manera lo podría conseguir. Y así, comenzó a hablar con el cuervo de este modo:

— Don Cuervo, muy gran tiempo ha que oí hablar de vos y de la vuestra nobleza y elegancia. Y aunque mucho os busqué, no fue la voluntad de Dios ni mi ventura que os pudiese hallar hasta ahora. Y

²³ **Raposo:** Zorro.

²⁴ **Loar:** Alabar, adular.

²⁵ **Raposo:** Zorro.

ahora que os veo, entiendo que hay mucho más hermosura en vos de cuanto me decían. Y para que veáis que no lo digo por halagaros, no sólo os diré las lindezas que observo en vos, sino también os diré las cosas en que las gentes os estiman en demasía. Todas las gentes piensan que no os hermosea ni os favorece la color negra de las vuestras péñolas²⁶ y de los ojos y del pico y de los pies y de las uñas. Pero en ello mucho se equivocan las gentes, pues aunque las vuestras péñolas son negras, tienen un tono azulado, como las péñolas del pavo real, que es la más hermosa ave del mundo. Y aunque los vuestros ojos son negros, son mucho más hermosos que otros ojos ningunos, porque el ojo es para ver, y ya que toda cosa negra agudiza la vista, los ojos negros son los mejores, y por ello son muypreciados los ojos de la gacela, que son más negros que los de ningún otro animal. Además, vuestro pico y vuestras manos y uñas son más fuertes que las de ninguna otra ave de vuestro tamaño. Y además, en el vuestro vuelo tenéis tan gran ligereza, que no os impide el viento ir contra él, por recio que sea, lo que otra ave no puede hacer tan ligeramente como vos. Y bien seguro estoy que, ya que en todo sois tan perfecto, no pudieseis cantar mejor que ninguna otra ave. Y ya que Dios me hizo merced de poder veros y poder comprobar que hay en vos más hermosura y perfección de cuanto nunca sobre vos oí, si yo pudiese oír de vos el vuestro canto, para siempre me tendría por muy afortunado.

Señor conde Lucanor, reparad que, aunque la intención del raposo era engañar al cuervo, siempre sus razones fueron verdaderas. Y tened por cierto que los peores engaños siempre son los que se dicen con verdad engañosa.

Y viendo el cuervo de cuántas maneras el raposo le alababa, y cómo le decía verdad en todas ellas, creyó que no lo hacía para engañarle, y pensó que era su amigo, sin sospechar que lo hacía para quitarle el queso que tenía en el pico. Y tanto por las muchas buenas razones que le había oído, como por los halagos y ruegos que le hiciera para que cantase, abrió el pico para cantar. Y en el momento en que el pico fue abierto para cantar, cayó el queso en tierra, y

²⁶ **Péñolas:** Plumas.

tomólo el raposo y marchóse con él. Y de este modo acabó engañado el cuervo por el raposo.

Y vos, señor conde Lucanor, reparad que aquel hombre os quiere hacer ver que tenéis mayor poder, honra y bondades de cuanto vos sabéis que en verdad tenéis. Entended que lo hace por engañaros. Así pues, desconfiad de él y actuareis como persona juiciosa.

Al Conde gustó mucho lo que Patronio le dijo. Hízolo así. Y con su consejo se libró de cometer un grave error.

Y porque entendió don Juan que este ejemplo era muy bueno, hízolo escribir en este libro, e hizo estos versos, en que se entiende abreviadamente la intención de todo este ejemplo. Y los versos dicen así:

Quien te alaba con lo que no tienes,
piensa que quiere quitarte lo que tienes.

Ejemplo VI.

De lo que aconteció a la golondrina con las otras aves.

Un día hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, y díjole:

— Patronio, me dicen que unos vecinos, que son más poderosos que yo, se andan reuniendo y están tramando cómo me podrán engañar y hacerme gran daño. Y yo no lo creo y no tengo miedo de ello. Y os quiero preguntar, pues tenéis buen juicio, si creéis que debo hacer alguna cosa sobre esto.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, para que en esto hagáis lo que yo entiendo que os conviene, me gustaría mucho que supieseis lo que aconteció a la golondrina con las otras aves.

El conde Lucanor le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, la golondrina vio que un hombre sembraba lino, y entendió, por su buen entendimiento, que si aquel lino naciese, podrían con él hacer redes y lazos los hombres para cazar a las aves. Y reunió a las aves y las avisó sobre aquella siembra, diciéndolas fuesen ciertas que si aquel lino naciese, que les ocasionaría muy gran daño; y que les aconsejaba que antes que el lino naciese, que fuesen allá y que lo arrancasen, ya que las cosas son fáciles de arreglar en el comienzo, pero después son mucho más complicadas de resolver. Y las aves no hicieron caso y no lo quisieron hacer; y la golondrina les insistió muchas veces, hasta que vio que las aves no hacían aprecio alguno a su consejo, y que el lino era ya tan crecido que las aves no lo podrían arrancar en modo alguno. Y cuando vieron las aves que el lino era crecido, y nada podían hacer para evitar el daño que la golondrina les había explicado, arrepintiéronse mucho, pero el arrepentimiento les vino cuando ya nada podían hacer para prevenir el peligro.

Y antes de esto, cuando la golondrina vio que las demás aves no querían poner remedio en aquel daño que les venía, habló con los hombres y se ganó su confianza para ella y para toda su especie. Y

desde entonces viven las golondrinas en paz con los hombres, mientras que a las demás aves que no quisieron remediar el peligro, cázanlas cada día con redes y con lazos.

— Y vos, señor conde Lucanor, si queréis remediar este daño que decís que os puede venir, tomad precauciones antes que el daño os pueda sobrevenir. Pues no es cuerdo el que ve el peligro cuando lo tiene encima, sino el que sabe prevenirlo y poner remedio a tiempo.

Gustó mucho al conde este consejo, y actuó según Patronio le aconsejó y mucho le aprovechó.

Y porque entendió don Juan que este ejemplo era muy bueno hízole poner en este libro, e hizo estos versos que dicen así:

Desde el principio debe el hombre prevenir
el daño que le pueda sobrevenir.

Ejemplo VII.

De lo que aconteció a una mujer que se llamaba doña Truhana.

Otra vez hablaba el conde Lucanor con Patronio de este modo:

— Patronio, un hombre me propuso algo y me dijo la manera de conseguirlo. Y os digo que aquello tiene tantas ventajas que, si Dios quiere y todo sale como me dijo, me reportará mucho beneficio.

Y contó a Patronio la manera cómo podría ser.

Cuando Patronio escuchó aquello, respondió al Conde en esta forma:

— Señor conde Lucanor, siempre oí decir que era demostrar buen juicio atenerse a las cosas ciertas y no a las vanas ilusiones, ya que muchas veces a los que se fían de las ilusiones, sucédeles lo que aconteció a doña Truhana.

Y el Conde preguntó cómo fuera aquello.

— Señor Conde –dijo Patronio–, una mujer de nombre doña Truhana, que era bastante más pobre que rica, un día iba al mercado y llevaba una olla de miel en la cabeza. Y yendo por el camino, comenzó a pensar que vendería aquella olla de miel y con la ganancia compraría una partida de huevos; y de aquellos huevos nacerían gallinas; y, después, de aquellos dineros que las gallinas valdrían, compraría ovejas; y así fue comprando de las ganancias que haría, hasta que hallóse por más rica que ninguna de sus vecinas.

Y con aquella riqueza que ella pensaba que acumularía, ideó cómo casaría sus hijos y sus hijas, y cómo iría por la calle acompañada de yernos y nueras, y cómo la envidiarían por haber llegado a tener tan gran riqueza, siendo tan pobre como solía ser.

Y pensando en esto comenzó a reír con gran placer, pensando en su buena suerte. Y, de pronto, dio con la mano en su frente, y entonces cayóle la olla de la miel en tierra, y quebróse. Cuando vio la olla rota, comenzó a llorar desconsoladamente, pensando que había perdido todo lo que soñaba que habría, si la olla no se le hubiera quebrado. Y

porque puso todo su pensamiento en vanas ilusiones, no se cumplió al fin nada de lo que ella soñaba.

Y vos, señor conde, si queréis que lo que os dijeren y vuestras aspiraciones sean todo cosa cierta, procurad siempre cosas razonables y dejad a un lado vanas ilusiones y dudosas fantasías. Y si quisieréis probar fortuna, procurad no arriesgar demasiado cuando os propongáis metas muy ambiciosas, para que vuestras ilusiones no acaben en penas y llantos.

Gustó al Conde lo que Patronio le dijo, e hízolo así y lo halló muy provechoso.

Y porque don Juan estimó este ejemplo, hízolo poner en este libro e hizo estos versos que dicen así:

A las cosas ciertas sin tregua aspirad,
más las ilusiones vanas despreciad.

Ejemplo VIII.

De lo que aconteció a un hombre que era mal doliente²⁷.

Otra vez hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, y díjole así:

— Patronio, sabed que aunque Dios mucho me favoreció en muchas cosas, estoy ahora muy apurado por falta de dineros; y como quiera que la situación es tan grave, me veo obligado a vender una de las heredades que más aprecio, o a hacer otra cosa que aún mayor perjuicio y daño me causará. Y no tengo más remedio que hacerlo ahora, por salir de la suma estrechez en que estoy, pues vienen a mí muchos hombres pidiéndome que les pague unas deudas, aunque bien se que a ellos estos dineros no les son nada precisos. Y por el buen entendimiento que Dios en vos puso, os ruego que me digáis lo que os parece que debo hacer en esto.

— Señor conde Lucanor —dijo Patronio—, paréceme a mí que os acontece con estos hombres como aconteció a un hombre que padecía una muy grave dolencia.

Y el conde le rogó que le dijese cómo fuera aquello.

— Señor conde —dijo Patronio—, un hombre estaba muy enfermo, así que le dijeron los médicos que no había más remedio que abrirle por el costado, para sacarle el hígado por él, y lavárselo con unas medicinas que le limpiarían de aquellas cosas por las que su hígado estaba maltrecho. Estando él sufriendo este dolor y teniendo el médico el hígado en la mano, otro hombre que estaba cerca de allí comenzó a rogarle al médico que le diese de aquel hígado un trozo para su gato.

Y vos, señor conde Lucanor, si queréis haceros muy gran daño por tener dineros y darlos a quienes no los precisan, os digo que lo podéis hacer por vuestra voluntad, pero nunca lo haréis por mi consejo.

²⁷ **Mal doliente:** Gravemente enfermo.

Al conde satisfizo aquello que Patronio dijo, y siguió el consejo y le fue muy bien.

Y porque entendió don Juan que este ejemplo era bueno, mandólo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así.

Si no sabéis qué debéis dar,
con muy poco os podéis quedar.

Ejemplo IX.

De lo que aconteció en Túnez a dos caballeros que vivían con el infante Enrique.

Un día hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, en esta guisa:

— Patronio, hace mucho tiempo que tengo un enemigo que me hizo mucho mal y yo a él, de modo que por las obras y por los sentimientos, estamos muy enfrentados. Y ahora sucede que otro hombre muy más poderoso que nosotros está haciendo algunas cosas de las que cada uno de nosotros tememos que nos podrá venir muy gran daño. Y mi enemigo me ha mandado decir que nos aliemos, para defendernos de ese poderoso enemigo común, para defendernos del mal que nos quiere hacer. Si ambos estuviéramos unidos sería más sencillo defendernos, mientras que si permanecemos enfrentados será fácil para nuestro enemigo destruirnos en poco tiempo. Y yo ahora tengo muchas dudas al respecto: por una parte me temo mucho que aquel mi enemigo me quiere engañar, y aprovecharse de que hacemos las paces para mejor acabar conmigo; por otra, entiendo que si no fuéremos amigos tal y como él me pide, nos puede venir muy gran daño, como ya os dije. Y por la gran confianza que en vos y en el vuestro buen entendimiento tengo, os ruego que me aconsejéis lo que debo en este asunto hacer.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, este hecho es muy grave y peligroso, y para que mejor entendáis lo que os conviene hacer, me gustaría que supieseis lo que aconteció en Túnez a dos caballeros que vivían con el infante don Enrique.

El Conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde –dijo Patronio–, dos caballeros que vivían con el infante don Enrique en Túnez eran muy amigos y posaban siempre en la misma posada. Y estos dos caballeros tenían sendos caballos, y así como los caballeros tenían una estrecha amistad, sus caballos, por el contrario, eran enemigos declarados. Y pasado un tiempo, viendo

que aquello no tenía solución, contaron lo que ocurría a don Enrique y pidiéronle por merced que echase²⁸ aquellos caballos a un león que el rey de Túnez tenía.

Don Enrique habló con el rey de Túnez y fueron los caballos a muy bien precio comprados; metiéronlos en el corral donde estaba el león, y cuando los caballos se vieron allí, antes que el león saliese de la jaula donde estaba encerrado, comenzaron a pelearse lo más bravamente del mundo. Y estando ellos en su pendencia, abrieron la puerta de la jaula del león. Y de que salió al corral y los caballos lo vieron, comenzaron a sentir mucho pánico, y poco a poco fuéronse arrimando el uno al otro. Y desde²⁹ fueron entrambos unidos, estuvieron así un buen rato, y entrambos enfilaron hacia el león y atacáronlo a mordiscos y coces con tanta furia, que el león no tuvo más remedio que refugiarse en su jaula. Y acabaron los caballos sanos, que no les hizo ningún mal el león. Y después fueron aquellos caballos tan bien avenidos y tan buenos amigos, que comían en un mismo pesebre y dormían en una misma cuadra. Y esta estrecha unión y amistad tuvieron entre sí por el gran miedo que tuvieron del león.

— Y vos, señor conde Lucanor, si entendéis que aquel vuestro enemigo tanto teme a aquel otro que tanto mal puede ocasionar, y tanto os necesita pues está dispuesto a olvidar la enemistad que a ambos os enfrenta, y entiende que sin vos no se puede bien defender, pienso que así como los caballos se fueron poco a poco apoyando el uno en el otro hasta que perdieron el miedo y se sintieron bien seguros el uno del otro, así debéis vos, poco a poco, tomar confianza con aquel vuestro enemigo. Y si hallareis en él siempre lealtad, de modo que seáis bien cierto que nunca, por bien que le vaya, en ningún momento os hará ningún daño, entonces haréis bien y os será provechoso ayudaros para evitar que nadie os destruya y os conquiste. Pero si viereis que aquel vuestro enemigo es de tal calaña que habiéndole ayudado y socorrido frente a un peligro, después de ponerse a salvo, se levanta contra vos y os ataca, si así fuere, mal haríais en poner os a su lado.

²⁸ **Echase:** Aquí, vendiese para servir de alimento.

²⁹ **Desde:** Desde el momento en que.

Al Conde satisfizo lo que Patronio dijo, y creyó que le daba muy buen consejo.

Y porque entendió don Juan que este ejemplo era bueno, mandólo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Guardaos de ser por los extraños atacado,
sin dejar de los vuestros ser bien guardado.

Ejemplo X.

De lo que aconteció a dos hombres que fueron muy ricos.

Otro día hablaba el conde Lucanor con Patronio en esta manera:

— Patronio, reconozco que Dios me ha hecho muchas mercedes, infinitas más que las que yo le podía compensar. Pero algunas veces me acontece estar tan atormentado por la pobreza, que tanto me da morir que vivir. Y os ruego que algún consejo sobre ello me deis.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, para que os consoléis cuando tal cosa os ocurra, estaría muy bien que supieseis lo que sucedió a dos hombres que fueron muy ricos.

El Conde le rogó que le dijese cómo fuera aquello.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, de estos dos hombres, uno de ellos llegó a tan gran pobreza que no halló en el mundo cosa que pudiese comer. Y después de mucho buscar alguna cosa para comer, no encontró sino un plato de altramuces. Y acordándose de cuando era rico, que ahora con hambre y necesidad sólo tenía para comer unos pocos altramuces, que son tan amargos y de tan mal sabor, comenzó de llorar muy fieramente. Pero acosado por el hambre comenzó a comer altramuces. Según comía no paraba de llorar, y echaba las cáscaras de los altramuces a su espalda. Y en éstas estando, sintió que estaba otro hombre tras él. Volvió la cabeza y vio a aquel hombre que tras de sí estaba, que estaba comiendo las cáscaras de los altramuces que él tiraba tras de sí.

Y cuando aquello vio el que comía los altramuces, preguntó a aquél que comía las cáscaras que por qué hacía aquello. Y respondió que había sido más rico que él, pero que ahora era tanta su pobreza y tenía tanta hambre que se alegraba mucho si encontraba, al menos, las cáscaras de altramuces que él tiraba con que alimentarse. Y cuando esto vio el que comía los altramuces, halló consuelo, pues entendió que otro había más pobre que él, y que tenía menos razones para

desesperarse. Y con este consuelo, esforzóse y ayudóle Dios, y logró salir de aquella pobreza.

Y, señor conde Lucanor, debéis saber que, pues en todo os hace Dios merced y gozáis de bienes y de honra, si alguna vez os escasearan los dineros o atravesarais algunos apuros, no os desaniméis por ello.

Al Conde le agradó mucho aquello que Patronio dijo, y se sintió muy aliviado; ayudóse él y ayudóle Dios, y salió muy bien de aquella penuria en que estaba.

Y entendiendo don Juan que este ejemplo era muy bueno, hízolo poner en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Por pobreza nunca desmayéis,
pues otros más pobres que vos veréis.

Ejemplo XI.

De lo que aconteció a un deán de Santiago con don Illán, el gran maestro que moraba en Toledo.

Otro día hablaba el conde Lucanor con Patronio y contábale sus cosas de esta manera:

— Patronio, un hombre vino a rogarme que le ayudase en un hecho que necesitaba mi ayuda, y prometióme que haría por mí cuanto fuere menester. Y yo comencéle a ayudar cuanto pude en aquello. Y antes que todo hubiere terminado, viendo él que ya su problema había acabado, necesité de su ayuda y roguéle que me auxiliase, y él púsome excusa. Y después volví a necesitar su ayuda, y púsome excusa otra vez; y así hizo en todo lo que le rogué que él hiciese por mí. Y por la confianza que yo tengo en vos y en vuestro entendimiento, os ruego que me aconsejéis lo que debo hacer.

— Señor Conde –dijo Patronio–, para que vos hagáis en esto lo que vos debéis, mucho querría que supieseis lo que aconteció a un deán³⁰ de Santiago con don Illán, el gran maestro que moraba en Toledo.

Y el Conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor Conde –dijo Patronio–, en Santiago había un deán que tenía fama de saber el arte de la nigromancia³¹, y oyó decir que don Illán de Toledo sabía mucho más que nadie en aquella materia. Y acordó viajar hasta Toledo para aprender de aquella ciencia. Y el día que llegó a Toledo, buscó enseguida la casa de don Illán y hallólo que estaba leyendo en una cámara³² muy apartada; y luego que llegó a él, recibiólo muy bien y díjole que no quería que le informase del objeto de su visita hasta que hubiesen comido. Hízole aposentar lo mejor

³⁰ **Deán:** Canónigo que preside el Cabildo de una catedral. Eclesiástico de gran influencia.

³¹ **Nigromancia:** Práctica supersticiosa para adivinar el futuro.

³² **Cámara:** Aposento, habitación.

posible, ordenando que se le diese todo lo que necesitara, dándole a entender que le placía mucho su visita.

Y después que hubieron comido, apartóse con él, y contóle la razón de su llegada, y rogóle muy encarecidamente que le enseñase aquella ciencia, que él tenía muchas ganas de aprender. Y don Illán díjole que él era deán y hombre muy respetado y que podía llegar a las más altas dignidades de la Iglesia; y mucho temía que, pues las personas suelen pronto olvidar los favores recibidos, él también echaría en el olvido el favor que le haría enseñándole cuanto quería saber. Y el deán le prometió y le aseguró que, siempre que en su mano estuviese, nunca olvidaría el favor que le iba a hacer y siempre estaría dispuesto a concederle cuantos favores le pidiera.

Y en esta conversación estuvieron desde que hubieron yantado³³ hasta que fue hora de cenar. Entonces, dijo don Illán al deán que aquella ciencia no se podía aprender sino en lugar muy apartado y que después esa noche le mostraría dónde debían estar hasta que hubiese aprendido todo lo que él quería saber.

Bajaron ambos por una escalera de piedra muy bien labrada, y fueron descendiendo por ella muy gran trecho, de modo que parecía que estaban tan bajo que pasaba el río Tajo por encima de ellos. Y cuando terminó la escalera, hallaron una muy buena estancia, donde había una cámara muy a propósito, en la que estaban los libros y el escritorio en que habían de leer.

Se sentaron y estaban deliberando por cuáles libros habían de comenzar, cuando entraron dos hombres por la puerta y diéronle al deán una carta que le enviaba el arzobispo, su tío, en que le hacía saber que estaba muy enfermo y que se marchase enseguida a Santiago si quería verle con vida. Al deán mucho pesó la noticia; lo uno, por la enfermedad de su tío; y lo otro, por tener que dejar su estudio que acababa de comenzar. Prefirió no dejar su estudio tan pronto, e hizo sus cartas de repuesta y enviólas al arzobispo, su tío.

Y a los tres o cuatro días llegaron otros hombres, que traían otras cartas al deán en que le hacían saber que el arzobispo había

³³ **Yantar:** Comer.

fallecido, y que estaban todos reunidos para nombrar sucesor, razón por la cual aconsejaban al deán partir hacia Santiago, pues se hablaba de que, con la merced de Dios, él podía ser el elegido.

Y al cabo de siete u ocho días, vinieron dos escuderos muy bien vestidos, y cuando llegaron al deán besáronle la mano y mostráronle las cartas de cómo le habían elegido por arzobispo. Cuando don Illán esto oyó, díjole cómo agradecía mucho a Dios que estas buenas nuevas le llegaran a su casa, y pues Dios tanto bien le hiciera, que le pedía por merced que el deanato³⁴ que quedaba vacante, que lo diese a un hijo suyo. Y el nuevo arzobispo díjole a don Illán que le permitiera adjudicar el deanato a un hermano suyo; mas que él prometía dar otro cargo a su hijo, de modo que él fuese recompensado. Y que le rogaba que fuese con él para Santiago y que llevase a su hijo. Don Illán dijo que lo haría.

Fuéronse para Santiago. Cuando allí llegaron, fueron muy bien recibidos. Y pasado un tiempo, un día llegaron enviados del Papa al arzobispo con sus cartas por las que anunciaba que le daba el obispado de Tolosa, y que le autorizaba a adjudicar el arzobispado de Santiago a quien quisiese. Cuando don Illán oyó esto, echándole en cara el olvido de sus promesas, pidióle el arzobispado para su hijo. Pero el arzobispo le rogó que le permitiera dárselo a un tío suyo, hermano de su padre. Y don Illán dijo que bien entendía que le volvía a defraudar, pero que lo consentía por estar seguro de que más adelante cumpliría su palabra. Y el obispo le prometió que así lo haría, y rogóle que fuese con él a Tolosa y que llevase a su hijo.

Y cuando llegaron a Tolosa, fueron muy bien recibidos. Y dos años después, llegaron los enviados del Papa con sus cartas en las que informaban al obispo que le hacía cardenal el Papa y que le autorizaba para que diese el obispado de Tolosa a quien quisiese. Entonces fue a él don Illán y díjole que, pues tantas veces había olvidado sus promesas, que ya no tenía excusa ninguna para dar el obispado de Tolosa a su hijo. Y el nuevo cardenal rogóle que le consintiese dejar aquel obispado a un tío suyo, hermano de su madre; y que se fuese con él a Roma, donde tendría oportunidad de recompensarle como

³⁴ **Deanato:** Empleo de deán de una catedral.

merecía. Don Illán quejóse mucho, pero consintió en lo que el cardenal quiso, y fuese con él a Roma. Y cuando allí llegaron, fueron bien recibidos y moraron allí muy gran tiempo. Y don Illán rogaba cada día al cardenal un buen cargo para su hijo, mas él poníale siempre excusas.

Y estando así en Roma, falleció el Papa. Y todos los cardenales eligieron a aquel cardenal por Papa. Entonces fue a él don Illán y díjole que ya no podía poner excusa de no cumplir lo que le había prometido. El Papa le dijo que no lo apremiara tanto, que ya habría ocasión para cumplir su promesa. Y don Illán se comenzó a quejar mucho, recordándole cuantas cosas le había prometido y que nunca había cumplido, y diciéndole que ya se lo esperaba desde la primera vez que hablaron; y que, pues había alcanzado tan alta dignidad y seguía sin cumplir sus promesas, ya no podía esperar de él ninguna.

Cuando el Papa oyó hablar así a don Illán, se enfadó mucho y le contestó que, si seguía insistiendo, le haría encarcelar por hereje y por mago, pues bien sabía él cómo en Toledo todos le tenían por maestro nigromante y que había practicado la magia durante toda su vida. Al ver don Illán lo mal que le agradecía el Papa lo que por él había hecho, despidióse de él y volvió con su hijo a Toledo.

Y vos, señor conde Lucanor, pues veis que tanto hacéis por aquel hombre que os demanda ayuda y no os lo agradece, pienso que no debéis por él esforzaros mucho, pues podéis esperar el mismo trato que el deán dio a don Illán.

El Conde tuvo éste por buen consejo; hízolo así, y le fue bien.

Y porque entendió don Juan que era éste muy buen ejemplo, hízolo poner en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Quien siendo poco poco agradece
menos agradecerá si enriquece.

Ejemplo XII.

De lo que aconteció al gallo con el raposo.

El conde Lucanor hablaba una vez con Patronio, su consejero, de este modo:

— Patronio, vos sabéis que, a Dios gracias, mis dominios son extensos, pero los tengo muy dispersos; poseo muchos lugares muy bien defendidos y otros que no lo están tanto. Y cuando tengo contienda con reyes y con vecinos que son más poderosos que yo, algunos de los que tengo por amigos y consejeros métenme grandes miedos y aconséjame que de ningún modo resida en mis dominios más apartados, sino que me acoja en mis lugares con mejores defensas y mejor situados. Y porque yo sé que sois muy leal y sabéis mucho de estas cosas, os ruego que me aconsejéis lo que os parece que más me conviene en esto.

— Señor conde Lucanor —dijo Patronio—, en los hechos de más importancia y en los más dudosos son muy peligrosos los consejos; y en cualquier materia, dar consejo es aventurado, pues nadie sabe cómo pueden acabar las cosas: muchas veces pensamos que terminará de un modo y después acaba de otro muy distinto; lo que pensamos que acabará mal termina bien; y otras veces, cuando creemos que algo terminará bien, acaba mal. Y, en consecuencia, quien da consejo, si es persona leal y de buena intención, lo hace sufriendo, pues sabe que si el consejo que da es acertado no recibe más gratificación que escuchar algún halago, pero si no lo es, siempre acaba el consejero humillado y perjudicado. Por ello, este consejo que me pide sobre cosa tan grave y dudosa mucho me gustaría excusarlo de dar, pero pues me pedís consejo y no os lo puedo negar, mucho querría que supieseis lo que sucedió a un gallo con un raposo.

El Conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor Conde —dijo Patronio—, un hombre bueno tenía una casa en la montaña, en la que solía criar muchas gallinas y muchos gallos. Y acaeció que uno de aquellos gallos andaba un día alejado de

la casa por un campo. Y andando él muy tranquilo, lo vio el raposo y se le acercó muy escondidamente, intentándolo cazar. El gallo sintiólo y subióse en un árbol que estaba algo alejado de los otros. El raposo entendió entonces que el gallo estaba a salvo, y pesóle mucho no poderle alcanzar. Pensó de qué forma podría atraparlo; y entonces se acercó al árbol y comenzóle a halagar, rogándole que descendiese del árbol pues mucho le gustaba verle a andar por el campo con la gallardía con que solía; pero el gallo no lo quiso hacer. Y cuando el raposo entendió que de ningún modo le podía engañar, comenzóle a amenazar diciendo que, pues de él no se fiaba, pronto se arrepentiría de ello. Y el gallo, entendiendo que estaba a salvo, no hacía caso de sus amenazas ni de sus halagos.

Y cuando el raposo comprendió que por todas aquellas maneras no le podía engañar, se dirigió al árbol y comenzó a roer en él con los dientes y a dar en él muy grandes golpes con la cola.

Y al cautivo gallo le entró miedo sin razón, no reparando que aquel miedo que el raposo intentaba meterle no le podía perjudicar en nada. Y espantóse en balde y quiso huir a los otros árboles en que pensó que estaría más seguro.

Y de que el raposo entendió que tomaba miedo sin razón, fue en pos de él; y así lo llevó de árbol en árbol hasta que lo sacó del monte, lo agarró y se lo comió.

Y vos, señor conde Lucanor, pues tan grandes hazañas debéis acometer, es menester que nunca toméis miedo sin razón, ni os espantéis en balde por amenazas, ni por lo que nadie os que os pueda venir gran daño, ni gran peligro. Y así, procurad siempre defender y amparar los lugares más lejanos de vuestros dominios. Y si por miedo o por recelo vano dejáis los lugares más apartados de vuestros dominios, estad seguro que os irán llevando de lugar en lugar hasta que os dominen del todo; porque cuanto vos y los vuestros mayor miedo y mayor desmayo mostraseis abandonando vuestros lugares, tanto más se esforzarán vuestros contrarios para tomaros lo vuestro. Y cuando vos y los vuestros viereis a vuestros contrarios más envalentonados, tanto más os debilitaréis, y así os irán acobardando y arrebatando vuestras tierras hasta que no os quede nada. Pero si os

defendéis porfiadamente desde el principio, estaréis bien seguro, como lo estaría el gallo si no hubiera abandonado el primero árbol. Reparad que si un perrillo al que le quiera matar un gran alano³⁵, permanece quieto y enseñando los dientes, mejor escapará que si sale huyendo, en cuyo caso acabará siendo apresado y muerto.

Al Conde gustó mucho todo esto que Patronio le dijo; hízolo así y le fue en ello muy bien.

Y porque don Juan tuvo este por buen ejemplo, hízolo poner en este libro e hizo estos versos que dicen así:

No te espantes por cosa sin razón,
mas defiéndete de todo corazón.

³⁵ **Alano:** Perro de enorme fortaleza y agresividad.

Ejemplo XIII.

De lo que aconteció a un hombre que cazaba perdices.

Hablaba otra vez el conde Lucanor con Patronio, su consejero, y díjole:

— Patronio, algunos hombres de buena posición, y otros que lo no son tanto, me causan a veces daños en mis posesiones y en mis vasallos, y cuando les tengo ante mí me dan a entender que les pesa mucho el daño que me hicieron, y me dicen que no lo hicieron sino por necesidad, sin poderlo evitar y sintiéndolo mucho. Y porque yo querría saber lo que debo hacer cuando tales cosas me hicieren, os ruego que me digáis vuestra opinión en este asunto.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, esto que decís que os acontece, es muy similar a lo que sucedió a un hombre que cazaba perdices.

El Conde le rogó que le dijese cómo fuera aquello.

— Señor Conde –dijo Patronio–, un hombre tendió sus redes para cazar perdices; y cuando las perdices cayeron en la red, el cazador las echaba mano y las mataba; y cuando aquello hacía dábale el viento en los ojos tan recio que le hacía llorar. Y una de las perdices que estaba viva en la red comenzó a decir a las otras:

— ¡Ved, amigas, lo que hace este hombre! ¡Tanto le apena matarnos que llora por nosotras!

Y otra perdiz que estaba allí, más lista que ella, y que por su sabiduría se libraba de caer en la red, respondióle así:

— Amiga, mucho agradezco a Dios que me librara de caer en la red, y a Dios le ruego me siga librando a mí y a todas mis amigas del que me quiere matar, aunque parezca que mucho le pesa dañarme.

Y vos, señor conde Lucanor, guardaos siempre del que viereis que os hace daño y da a entender que mucho le pesa dañaros; pero si alguno os perjudica, no buscando vuestra deshonra, y el daño no es excesivo, si se trata de una persona a la que estéis agradecido, que

además lo ha hecho forzada por las circunstancias, os aconsejo que no le concedáis mucha importancia, aunque debéis procurar que no se repita tan a menudo que llegue a dañar vuestra fama ni vuestra hacienda.

El Conde tuvo por buen consejo éste que Patronio le daba e hízolo así y le fue bien.

Y entendiendo don Juan que este ejemplo era muy bueno, mandólo poner en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Quien mal te hace mostrando gran pesar,
mira cómo de él te puedas guardar.

Ejemplo XIV.

De lo que aconteció a un lombardo en Bolonia.

Un día hablaba el conde Lucanor con Patronio y díjole:

— Patronio, algunos hombres me aconsejan que junte el mayor tesoro que pudiere, pues esto es lo que más que ninguna otra cosa me interesa. Y os ruego que me digáis vuestro parecer en ello.

— Señor conde –dijo Patronio–, aunque a los grandes señores os es preciso contar con mucho dinero para muchas cosas, y principalmente porque no debéis dejar de cumplir vuestras obligaciones por carecer de dineros, sin embargo no entendáis que por conseguirlos os podéis apartar de cumplir con vuestros deberes para con vuestros vasallos, y para con la protección de vuestra honra y fama, pues si así actuarais podría sucederos lo aconteció a un lombardo³⁶ en Bolonia.

El conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde –dijo Patronio–, en Bolonia había un lombardo que reunió un gran tesoro del que desconocía su procedencia, pues sólo miraba aumentar su caudal de cualquier manera que pudiese. El lombardo enfermó de una dolencia mortal, y un amigo que tenía, cuando lo vio que moría, aconsejóle que se confesase con santo Domingo, que estaba entonces en Bolonia. Y el lombardo quisolo hacer.

Y cuando fueron por santo Domingo, entendió el santo que no era voluntad de Dios que aquel mal hombre se librase de penar por el mal que había hecho, y no quiso ir, mas mandó a un fraile que fuese a confesarle.

Cuando los hijos del lombardo supieron que se había mandado llamar a santo Domingo, pesóles mucho, temiendo que el santo haría a su padre que diese cuanto tenía por la salvación de su alma, y que

³⁶ **Lombardo:** Natural de la región italiana de Lombardía. Aquí, usurero, prestamista.

nada heredarían ellos. Y cuando el fraile vino, dijéronle que su padre estaba indispuerto, mas cuando mejorase un poco lo mandarían avisar.

A poco rato perdió el lombardo el habla, y murió, de modo que no hizo nada de lo que era menester por salvar su alma. Al día siguiente, cuando lo llevaron a enterrar, rogaron a santo Domingo que predicase en el entierro. Y santo Domingo hízolo así. Y cuando en la predicación hubo de hablar de aquel hombre, dijo una palabra que dice el Evangelio, que dice así: «Ubi est thesaurus tuus, ibi est cor tuum». Que significa: «Donde está tu tesoro, allí está tu corazón». Y cuando esto dijo, dirigiéndose a las gentes, díjoles:

— Amigos, para que veáis que la palabra del Evangelio es verdadera, buscad el corazón a este hombre; yo os digo que no lo hallarán en el cuerpo suyo, sino que lo hallarán en el arca donde tenía su tesoro.

Entonces fueron a buscar el corazón en el cuerpo y no lo hallaron allí, y halláronlo en el arca, como santo Domingo dijo; y estaba lleno de gusanos y olía peor que cosa ninguna, por mala que fuese ni por podrida que estuviese.

Y vos, señor conde Lucanor, recordad que, como antes os he dicho, aunque es bueno atesorar riquezas, procurad en ello dos cosas: la una, que el tesoro que reunáis sea de buena procedencia; la otra, que no deseéis tanto aumentar vuestro tesoro que hagáis ninguna cosa que no debáis de hacer, ni pongáis en riesgo vuestra honra, ni vuestro deber. Procurad reunir un gran tesoro de buenas obras, para así alcanzar la gracia de Dios y la buena fama entre las gentes.

Al conde agradó mucho este consejo que Patronio le dio; hízolo así y le fue muy bien.

Y sabiendo don Juan que este ejemplo era muy bueno, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Gana el tesoro verdadero
y desprecia el precedero.

Ejemplo XV.

De lo que aconteció a un muy buen caballero.

Otra vez hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, en estos términos:

— Patronio, en cierta ocasión me ocurrió que tuve un rey muy poderoso por enemigo; y como mucho duró la contienda, acordamos una tregua en provecho de ambos. Pero, aunque ahora estemos en paz y no hayamos guerra, siempre estamos recelando el uno del otro. Y algunos, tanto de los suyos como de los míos, métenme muchos miedos, y dícneme que quiere buscar achaque³⁷ para atacarme; y por el buen entendimiento que tenéis, os ruego que me aconsejéis lo más conveniente en este asunto.

— Señor conde Lucanor —dijo Patronio—, el consejo que me pedís es muy complicado de dar por muchas razones. Lo primero, porque cualquiera que os quiera meter en contienda lo tiene muy fácil, pues dando a entender que quiere vuestro servicio y que se duele de vuestro daño, os dirá siempre cosas que os hagan sospechar de vuestro aliado; y por la sospecha, estaréis obligados a tomar medidas que darán comienzo a la contienda, sin que nadie pueda decir nada en contra de quien os aconsejó. Porque quien os aconsejare que no temáis por arriesgar la vida, os dará a entender que no aprecia vuestra vida; y el que os aconsejare que no tengáis a punto y bien abastecidas vuestras fortalezas, os dará a entender que nada le preocupan vuestras posesiones y dominios; y quien os aconsejare que no mantengáis muchos amigos y vasallos bien provisionados de cuanto necesiten, os dará a entender que nada le interesan vuestra honra ni vuestra protección. Y no haciendo todas estas cosas estaríais en gran peligro, y puede que a punto de ser atacado. Y pues queréis mi consejo en esto, os digo que querría que supieseis lo que aconteció a un muy buen caballero.

El conde le rogó que le dijese cómo fuera aquello.

³⁷ **Achaque:** Aquí, excusa, pretexto.

— Señor conde –dijo Patronio–, el santo y bienaventurado rey don Ferrando tenía cercada a Sevilla; y entre muchos buenos que estaban allí con él, había tres caballeros que tenían fama de ser los mejores tres caballeros de armas³⁸ que entonces había en el mundo: a uno llamaban don Lorenzo Suárez Gallinato; al otro, don García Pérez de Vargas; y del otro, no recuerdo el nombre.

Y estos tres caballeros porfiaron un día entre sí sobre cuál era de ellos el mejor caballero de armas. Y como no pudieron llegar a un acuerdo de ninguna manera, acordaron los tres armarse muy bien y dirigirse hasta la puerta de Sevilla, y que diesen con las lanzas a la puerta.

A la mañana siguiente, armáronse los tres y se encaminaron al sitio convenido; y los moros que estaban por el muro³⁹ y por las torres, cuando vieron que no eran más que tres caballeros, pensaron que venían como emisarios, y no salió ninguno a ellos, y los tres caballeros pasaron la cava⁴⁰ y la barbacana⁴¹, y llegaron a la citada puerta, y golpearon con sus lanzas en ella. Y cuando esto hubieron hecho, volvieron las riendas a los caballos y regresaron para su campamento.

Y viendo los moros que no traían mensaje alguno, sintiéronse burlados y salieron tras ellos. Cuando los moros abrieron la puerta, los tres caballeros se encontraban ya bastante alejados; salieron tras los tres caballeros más de mil y quinientos hombres a caballo, y más de veinte mil a pie. Y cuando los tres caballeros vieron que se les acercaban los perseguidores, volvieron las riendas de los caballos contra ellos y esperáronlos. Y cuando los moros estaban ya cerca de ellos, aquel caballero del que olvidé el nombre, se dirigió a ellos y fuelos a herir. Y don Lorenzo Suárez y don García Pérez permanecieron quietos hasta que los moros estuvieron más cerca; entonces, don García Pérez de Vargas fuelos a herir. Y don Lorenzo

³⁸ **Caballeros de armas:** Pertenecientes a la aristocracia militar.

³⁹ **Muro:** Aquí, muralla.

⁴⁰ **Cava:** Foso en torno a una fortaleza, para asegurar su defensa.

⁴¹ **Barbacana:** Muro para defensa de puertas y puentes, provisto de saeteras y troneras.

Juárez permaneció quieto, sin entrar en combate hasta que los moros le fueron a herir; y cuando comenzaron a combatir, metióse entre ellos y empezó a hacer cosas sorprendentes con sus armas.

Y cuando los del real⁴² vieron a aquellos caballeros entre los moros, fuéronles a socorrer. Y aunque resultaron heridos, quiso Dios que no muriera ninguno de ellos. Y la pelea fue tan grande entre los cristianos y los moros, que hubo de acudir el rey don Ferrando al frente de batalla; y fueron victoriosos los cristianos ese día. Y cuando el rey regresó a su tienda, mandólos prender, diciendo que merecían la muerte, pues se aventuraron a hacer tan gran locura, tanto por meter la hueste⁴³ en combate sin órdenes del rey, quanto por arriesgar sus vidas tan buenos tres caballeros. Pero después, ante las súplicas de los más ilustres capitanes, el rey mandólos soltar.

Y cuando el rey supo las razones de lo sucedido, mandó llamar cuantos buenos hombres estaban con él, para juzgar cuál de los tres caballeros lo hiciera mejor. Y una vez reunidos, hubo entre ellos gran contienda: unos decían que fuera mayor esfuerzo el que primero combatió con los moros, otros que el segundo, y otros que el tercero. Y cada uno decía tan buenas explicaciones que parecía que todos llevaban razón: y, en verdad, tan valientes se mostraron, que cualquiera podría tener muchas buenas razones para alabarlos; pero, al final, el acuerdo fue éste: que si los moros que les perseguían no fueran tantos, hubieran podido ser vencidos tan solo por esfuerzo y el valor de aquellos tres caballeros; que el primero que los atacó, era el mejor caballero, pues comenzó una aventura tan incierta. Mas, pues los moros eran tantos que en modo alguno los podrían vencer, quien a ellos se enfrentó no lo hacía por vencerlos, sino porque la vergüenza le impedía huir; y pues no podía huir, el miedo le cegó y le hizo emprender el ataque. Y estimaron que fue más valeroso el segundo que les fue a combatir y esperó más que el primero, porque supo reprimir más el miedo. Mas don Lorenzo Juárez que sufrió todo el miedo y esperó hasta que los moros le hirieron, aquél juzgaron que fuera mejor caballero.

⁴² **Real:** Campamento del ejército en el que se ubica la tienda del rey.

⁴³ **Hueste:** El ejército en campaña.

Y vos, señor conde Lucanor, pues veis que estos son miedos y espantos, y es contienda que, aunque la comencéis, no la podéis acabar; cuanto más sufiereis estos miedos y estos espantos, tanto seréis más esforzado, y además, haréis mejor. Pues dado que tenéis a buen recaudo lo vuestro y no os pueden hacer cosa de que gran daño os venga, os aconsejo que no perdáis la calma. Y pues gran golpe no podéis recibir, esperad antes que os hieran, y veréis que estos miedos y reparos que os infunden son infundados.

Pensad también que tanto esos amigos vuestros como los del rey don Fernando no desean la guerra ni la paz, sino solamente el alboroto, durante el cual puedan robar vuestras tierras y atacaros a vos y a los vuestros para quitaros lo que tenéis y lo que no tenéis, pues no temerán que los castigúis por lo que hagan. Por lo cual, aunque vuestros enemigos hagan algo contra vos, serán ellos culpables y no os costará mucho vencerles, pues conseguiréis la ayuda de Dios y el respaldo de todo el mundo.

Al conde agradó este consejo que Patronio le daba; hízolo así y le fue bien.

Y porque don Juan pensó que este ejemplo era muy bueno, mandólo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Mirad que por temor no os hagan combatir,
pues siempre vence quien sabe sufrir.

Ejemplo XVI.

De lo que dijo una vez el conde Fernán González a Nuño Láinez.

Hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, un día, y díjole así:

— Patronio, vos sabéis que tengo cierto litigio con un vecino que es hombre muy poderoso y muy honrado, a propósito de la propiedad de cierta villa; y tenemos acordado ir a ella y quien de nosotros allá vaya primero se quedará con la villa, y el otro la perderá. Vos sabéis cómo tengo ya toda mi gente reunida y preparada, y confío, si Dios quiere, que si yo fuese quien primero llegue, será para mí motivo de gran honra y provecho. Sin embargo, no puedo ahora emprender este negocio, pues me hallo enfermo. Y más que perder aquella villa me pesa que sea mi vecino quien la gane y acreciente con ello su honra y su hacienda. Y por la confianza que en vos tengo, os ruego que me digáis lo que pensáis que en esto se puede hacer.

— Señor conde Lucanor —dijo Patronio—, aunque tenéis razón de quejaros por la situación en que os encontráis, para que en otras ocasiones tales como esta acertéis lo mejor siempre, me agradecería que supieseis lo que aconteció a don Pero Meléndez de Valdés.

El Conde le rogó que le dijese cómo fuera aquello.

— Señor conde Lucanor —dijo Patronio—, don Pero Meléndez de Valdés era un caballero muy honrado del reino de León, que tenía por costumbre, cada vez que le ocurriera alguna desgracia, decir siempre: «¡Bendito sea Dios; pues Él lo permite, será por mi bien!»

Y este don Pero Meléndez era consejero del rey de León; y otros sus contrarios, por gran envidia que le tenían, acusáronle de cosas muy graves y tanto a mal le pusieron con el rey, que acordó mandarlo matar.

Y estando don Pero Meléndez en su casa, llególe recado del rey que fuera de inmediato ante él. Y los que le habían de matar estábanle

esperando a media legua⁴⁴ de su casa. Y queriendo cabalgar don Pero Meléndez para ir al encuentro con el rey, cayó de una escalera y rompiósele una pierna. Y cuando sus gentes que debían ir con él vieron lo ocurrido, pesóles mucho aquello y comenzaron a echarle en cara su confianza en Dios, diciéndole:

— ¡Ea!, don Pero Meléndez, vos que decís que lo que Dios hace, bien hecho está, aguantad ahora este bien que Dios os ha hecho.

Y él díjoles que tuvieran por cierto que, aunque lo ocurrido era penoso, ya verían cómo, pues Dios lo permitió, aquello era por su bien. Y por más que hicieron, nunca le pudieron persuadir de su idea.

Y los que le estaban esperando para matar a don Pero por mandado del rey, cuando vieron que no venía y supieron lo que le había acaecido, volvieron con el rey y contáronle la razón por la que no habían podido cumplir su mandato. Don Pero Meléndez estuvo gran tiempo que no pudo cabalgar, y mientras él así estaba maltrecho, supo el rey que aquello de lo que habían acusado a don Pero Meléndez fue todo muy gran falsedad. Prendió a aquellos que se lo habían dicho y fue a ver a don Pero Meléndez. Contóle la falsedad que de él le dijeron, y cómo le mandara él matar, y pidióle perdón por su error e hízole mucho bien y mucha honra en desagravio. Y mandó luego hacer muy gran justicia a aquellos que con tal falsedad le acusaron. Y así libró Dios a don Pero Meléndez, pues no tenía culpa de nada, y fue verdadero el dicho que él siempre solía decir: «Que todo lo que Dios hace, bien hecho está.»

Y vos, señor conde Lucanor, por esta desgracia que os vino ahora, no os quejéis, y tened por cierto en vuestro corazón que todo lo que Dios hace, bien hecho está; y si lo así pensáis, Él os procurará todo bien. Pero debéis entender que las cosas suceden de dos maneras: unas veces nos vienen contrariedades en las que podemos poner remedio; otras, no admiten remedio alguno. Y en las que se puede poner remedio, debemos hacer cuanto podamos y esté en nuestras manos, y no debemos dejarlo todo a la voluntad de Dios, ni menos

⁴⁴ **Legua:** Antigua medida de longitud usada en Castilla que equivale a 5.572,7 metros.

esperar que todo se solucione por las buenas. Además, pues el hombre goza de entendimiento y razón, todas las cosas que hacer pudiere para poner remedio en su adversidad, débelo hacer. Pero en las cosas en que nada puede hacer, en aquellas debe poner su confianza en la voluntad de Dios, que todo lo hace como es debido.

El Conde vio que Patronio le decía la verdad y le daba buen consejo, e hízolo así, y hallóse bien.

Y porque don Juan tuvo este por buen ejemplo, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

No te quejes por lo que Dios hiciere;
por tu bien sería cuando Él lo permitiere.

Ejemplo XVII.

De lo que aconteció a un hombre con otro que le convidó a comer.

Otra vez hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, y díjole así:

— Patronio, un hombre vino a mí y díjome que haría por mí algo que mucho me complacería; y al decírmelo entendí que me lo decía por compromiso y que mucho le agradaría que yo no aceptase aquello. Y yo, por una parte, entiendo que me sería de gran provecho aceptar tal ofrecimiento, pero por otra parte, tengo reparo en aceptarlo, pues veo que me lo ofrece tan por compromiso. Y por el buen entendimiento que tenéis, os ruego que me digáis lo que os parece que debo hacer en este caso.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, para que comprendáis lo que al respecto pienso que os conviene, mucho me placía que supieseis lo que aconteció a un hombre con otro que le convidó a comer.

El conde le rogó que le dijese cómo fuera aquello.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, un hombre bueno que había sido muy rico y acabó siendo muy pobre, sentía mucha vergüenza de tener que andar pidiendo para poder comer; y por esta razón sufría muchas veces muy gran hambre y mucha necesidad. Y un día, yendo él muy preocupado, pues ninguna cosa tenía para comer, pasó por una casa de un conocido que estaba comiendo; y cuando le vio pasar por la puerta, preguntóle por cortesía si quería comer; y él, por el gran hambre que había, aceptó el convite y díjole:

— Acepto encantado, don Fulano, pues tanto me insistís que con vos coma; además, sería muy descortés si no aceptara muy gustoso vuestra generosa invitación.

Lavóse las manos y sentóse a comer, y perdió aquella hambre y aquella angustia en que estaba. Poco después quiso Dios ofrecerle el modo de cómo salir de tanta pobreza y necesidad.

Y vos, señor conde Lucanor, pues entendéis que aquello que aquel hombre os ofrece os será de gran provecho, dadle a entender que lo aceptáis tan sólo por agradarle, y no dudéis aceptarlo enseguida, sin esperar que él insista en su ofrecimiento; de lo contrario seguramente no insistirá y perderéis la oportunidad, y os resultará luego muy humillante si tenéis que pedirle lo que voluntariamente ahora os ofrece.

El conde tuvo esto por bien y por buen consejo, e hízolo así, y le fue bien.

Y entendiendo don Juan que este ejemplo era muy bueno, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

En lo que tu pro⁴⁵ pudieres hallar,
nunca te hagas mucho de rogar.

⁴⁵ **Pro:** Provecho, beneficio.

Ejemplo XVIII.

De lo que aconteció a don Pero Meléndez de Valdés.

Hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, un día, y díjole así:

— Patronio, vos sabéis que tengo cierto litigio con un vecino que es hombre muy poderoso y muy honrado, a propósito de la propiedad de cierta villa; y tenemos acordado ir a ella y quien de nosotros allá vaya primero se quedará con la villa, y el otro la perderá. Y vos sabéis cómo tengo ya toda mi gente reunida y preparada; y confío, si Dios quiere, que si yo fuese quien primero llegue, será para mí motivo de gran honra y provecho. Y sin embargo, no puedo ahora emprender este negocio, pues me hallo enfermo. Y más que perder aquella villa me pesa que sea mi vecino quien la gane y acreciente con ello su honra y su hacienda. Y por la confianza que en vos tengo, os ruego que me digáis lo que pensáis que en esto se puede hacer.

— Señor conde Lucanor —dijo Patronio—, aunque tenéis razón de quejaros por la situación en que os encontráis, para que en otras ocasiones tales como esta acertéis lo mejor siempre, me agradecería que supieseis lo que aconteció a don Pero Meléndez de Valdés.

El conde le rogó que le dijese cómo fuera aquello.

— Señor conde Lucanor —dijo Patronio—, don Pero Meléndez de Valdés era un caballero muy honrado del reino de León, que tenía por costumbre, cada vez que le ocurriera alguna desgracia, decir siempre: «¡Bendito sea Dios; pues Él lo permite, será por mi bien!»

Y este don Pero Meléndez era consejero y privado⁴⁶ del rey de León; y otros sus contrarios, por gran envidia que le tenían, acusáronle de cosas muy graves y tanto a mal le pusieron con el rey, que acordó mandarlo matar.

Y estando don Pero Meléndez en su casa, llególe recado del rey que fuera de inmediato ante él. Y los que le habían de matar estábanle

⁴⁶ **Privado:** Persona de gran confianza y muy allegada.

esperando a media legua⁴⁷ de su casa. Y queriendo cabalgar don Pero Meléndez para ir al encuentro con el rey, cayó de una escalera y rompiósele una pierna. Y cuando sus gentes que debían ir con él vieron lo ocurrido, pesóles mucho aquello y comenzaron a echarle en cara su confianza en Dios, diciéndole:

— ¡Ea!, don Pero Meléndez, vos que decís que lo que Dios hace, bien hecho está, aguantad ahora este bien que Dios os ha hecho.

Y él díjoles que tuvieran por cierto que, aunque lo ocurrido era penoso, ya verían cómo, pues Dios lo permitió, aquello era por su bien. Y por más que hicieron, nunca le pudieron persuadir de su idea.

Y los que le estaban esperando para matar a don Pero por mandado del rey, cuando vieron que no venía y supieron lo que le había acaecido, volvieron con el rey y contáronle la razón por la que no habían podido cumplir su mandato.

Y don Pero Meléndez estuvo gran tiempo que no pudo cabalgar; y mientras él así estaba maltrecho, supo el rey que aquello de lo que habían acusado a don Pero Meléndez fue todo muy gran falsedad, y prendió a aquellos que se lo habían dicho. Y fue a ver a don Pero Meléndez, y contóle la falsedad que de él le dijeron, y cómo le mandara él matar, y pidióle perdón por su error e hízole mucho bien y mucha honra en desagravio. Y mandó luego hacer muy gran justicia a aquellos que con tal falsedad le acusaron.

Y así libró Dios a don Pero Meléndez, pues no tenía culpa de nada, y fue verdadero el dicho que él siempre solía decir: «Que todo lo que Dios hace, bien hecho está.»

Y vos, señor conde Lucanor, por esta desgracia que os vino ahora, no os quejéis, y tened por cierto en vuestro corazón que todo lo que Dios hace, bien hecho está; y si lo así pensáis, Él os procurará todo bien. Pero debéis entender que las cosas suceden de dos maneras: unas veces nos vienen contrariedades en las que podemos poner remedio; otras, no admiten remedio alguno. Y en las que se puede

⁴⁷ **Legua:** Antigua medida de longitud usada en Castilla que equivale a 5.572,7 metros.

poner remedio, debemos hacer cuanto podamos y esté en nuestras manos, y no debemos dejarlo todo a la voluntad de Dios, ni menos esperar que todo se solucione por las buenas, pues esto sería tentar a Dios. Además, pues el hombre goza de entendimiento y razón, todas las cosas que hacer pudiere para poner remedio en su adversidad, débelo hacer. Pero en las cosas en que nada puede hacer, en aquellas debe poner su confianza en la voluntad de Dios, que todo lo hace como es debido. Y pues esto que a vos acaeció es de lo que ocurre por voluntad de Dios y en lo que nada podéis hacer, pensad que, pues Dios lo permite, será lo mejor para vos, y Dios dispondrá que ocurra lo que deseáis.

El conde vio que Patronio le decía la verdad y le daba buen consejo, e hízolo así, y hallóse bien.

Y porque don Juan tuvo este por buen ejemplo, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

No te quejes por lo que Dios hiciere;
por tu bien sería cuando Él lo permitiere.

Ejemplo XIX.

De lo que aconteció a los búhos con los cuervos.

Hablaba un día el conde Lucanor con Patronio, su consejero, y díjole:

— Patronio, yo tengo contienda con un hombre muy poderoso. Y este mi enemigo tenía en su casa un criado, pariente suyo y hombre a quien había hecho mucho bien. Y un día, por cosas que sucedieron entre ellos, aquel mi enemigo hizo mucho mal y muchas deshonras a aquel su criado. Y viendo el mal que había recibido y queriendo buscar la manera de vengarse, vínose para mí; y yo pienso que esto me favorece mucho, pues éste me puede fácilmente orientar sobre cómo pueda más rápidamente hacer daño a aquel mi enemigo. Y por la gran confianza que yo tengo en vos y en el vuestro entendimiento, os ruego que me aconsejéis lo que más me convenga en este hecho.

— Señor conde Lucanor —dijo Patronio—, lo primero os diré que este hombre no vino a vos sino para confundiros; y para que sepáis la manera de cómo es su engaño, me gustaría que supieseis lo que aconteció a los búhos y a los cuervos.

El Conde le rogó que le dijese cómo fuera aquello.

— Señor conde Lucanor —dijo Patronio—, los cuervos y los búhos estaban enfrentados entre sí. Los cuervos tenían gran desventaja, pues los búhos, porque es su costumbre salir de noche y de día estar escondidos en cuevas muy malas de hallar, venían de noche a los árboles donde los cuervos se albergaban y mataban muchos de ellos, y hacíanles mucho mal. Y en éstas, un cuervo que había entre ellos muy sabio, que estaba muy dolido del mucho mal que recibían de los búhos, sus enemigos, habló con los cuervos sus parientes, y propuso esta manera para poderse vengar.

Y la manera fue ésta: que los cuervos le desplumaron casi del todo, salvo un poco de las alas, con que volaba muy mal y muy poco. Y cuando así maltrecho estuvo, fuese para los búhos y contóles el mal y el daño que los cuervos le hicieran, principalmente para que no se

les ocurriera ir contra ellos. Y como tanto daño lo habían hecho, les propuso que si ellos quisiesen, que él les mostraría muchas maneras de cómo se podrían vengar de los cuervos y hacerles mucho daño.

Cuando los búhos esto oyeron, mucho les agradó, y agradecieron al maltrecho cuervo su ayuda, haciendo por él todo el bien que podían, y comenzaron a confiar en él todos sus bienes y sus confidencias.

Entre los otros búhos, había allí uno que era muy viejo y tenía gran experiencia, y cuando vio lo que estaba sucediendo, entendió el engaño con que el cuervo andaba, y fuese para el mayoral⁴⁸ de los búhos, y díjole que tenía por cierto que aquel cuervo no había venido a ellos sino para hacer daño, y que lo echase de allí. Mas este búho no fue creído de los otros búhos; y viendo que no le querían creer, marchóse y fue en busca de tierras donde los cuervos no le pudiesen hallar.

Y cuando las plumas le crecieron de nuevo, dijo el cuervo a los búhos que, pues podía volar, que quería ir a ver dónde estaban los cuervos, para volver e informarles, e ir luego a destruirlos a todos. A los búhos gustó mucho aquello.

Cuando el cuervo marchó con los otros cuervos, reuniéronse muchos de ellos, y sabiendo dónde los búhos anidaban, fueron a ellos de día, cuando ellos no vuelan, y los hallaron despreocupados, y mataron y destruyeron a tantos de ellos que resultaron vencedores los cuervos en aquella guerra.

Y todo este mal vino a los búhos porque confiaron en el cuervo que naturalmente era su enemigo.

Y vos, señor conde Lucanor, pues sabéis que este hombre que a vos vino es muy amigo de vuestro enemigo, y naturalmente él y todo su linaje son enemigos vuestros, yo os aconsejo que en ninguna manera lo tengáis en vuestra compañía, pues estad seguro que no vino a vos sino por engañar y por haceros algún daño.

⁴⁸ **Mayoral:** Jefe de la bandada.

El Conde tuvo este por buen consejo; hízolo así, y hallóse por ello muy bien.

Y porque don Juan entendió que este ejemplo era muy bueno, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Al que tu enemigo suele ser,
nunca quieras en él mucho creer.

Ejemplo XX.

De lo que aconteció a un rey con un hombre que le decía que sabía hacer alquimia.

Un día hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, en esta manera:

— Patronio, un hombre vino a mí y dijo que me haría lograr muy gran beneficio y honra, y para ello había menester que yo aportase alguna cantidad, prometiéndome que al final alcanzaría diez veces más de de lo que le adelantase. Y por el buen entendimiento que Dios en vos puso, os ruego que me digáis lo que viereis que me conviene hacer en ello.

— Señor Conde, para que hagáis en esto lo que fuere vuestro mayor provecho, me placería que supieseis lo que aconteció a un rey con un hombre que le decía que sabía hacer alquimia⁴⁹.

El Conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, érase un hombre muy gran golfín⁵⁰ que tenía muchas ganas de enriquecer y de salir de la mala vida que pasaba. Y aquel hombre supo que un rey, que no era demasiado juicioso, estaba aprendiendo a hacer alquimia. Y aquel golfín tomó cien doblas⁵¹ y limólas, y de aquellas limaduras hizo, con otras cosas que puso con ellas, cien pellas⁵², y cada una de aquellas pellas pesaba tanto como una dobla. Y se fue a la villa donde moraba aquel rey. Vistióse de ropas muy a propósito y llevó aquellas pellas y vendiólas a un especiero⁵³. Y el especiero preguntó que para qué eran aquellas pellas, y el golfín díjole que para muchas cosas, principalmente para hacer alquimia. Y vendióle todas las pellas por

⁴⁹ **Alquimia:** Procedimiento para lograr transmutar una materia en otra, de manera especial para fabricar oro a partir de la mezcla de otros metales de escaso valor.

⁵⁰ **Golfín:** Ladrón.

⁵¹ **Dobla:** Moneda de oro que se acuñó en Castilla durante la Edad Media.

⁵² **Pella:** Masa de metales fundidos en forma de bola.

⁵³ **Especiero:** Persona que comercia en especias.

dos o tres doblas. Y el especiero preguntóle cómo se denominaban aquellas pellas, y el golfín díjole que tabardíe era su nombre.

Y aquel golfín moró un tiempo en aquella villa, con fama de hombre muy honesto, y fue diciendo a unos y a otros, muy confidencialmente, que sabía hacer alquimia. Y estas nuevas llegaron al rey, y envió por él y preguntóle si sabía hacer alquimia. Y el golfín, respondió que sí, y le propuso hacer ante él una pequeña demostración de lo que en ello sabía. Esto le agradeció el rey mucho, entendiendo que en sus palabras no podía haber engaño. Entonces hizo traer las cosas que quiso, y muy especialmente mandó traer una pella de tabardíe. Cuando las trajeron y las fundieron ante el rey salió peso de una dobla de oro fino. Y viendo el rey que de cosa que costaba tan poco dinero salía una dobla, púsose muy alegre y túvose por el hombre más dichoso del mundo. Y dijo al golfín que esto hacía, que le tenía por muy buen hombre, y que hiciese más.

Y el golfín respondióle, como si no supiese más de aquello:

— Señor, cuanto yo de esto sabía, todo os lo he mostrado. De aquí en adelante vos lo haréis tan bien como yo; pero conviene que sepáis una cosa: que si alguno de los elementos que hemos empleado os faltase, no se podrá hacer este oro.

Y dicho esto, despidióse del rey y fuese a su casa.

El rey probó hacer el oro, y dobló la receta, y salió peso de dos doblas de oro. Otra vez dobló la receta, y salió peso de cuatro doblas; y así como fue creciendo la receta, así redobló el peso de doblas. Cuando el rey vio que él podía hacer cuanto oro quisiese, mandó traer material suficiente para hacer mil doblas. Y hallaron todo lo necesario, menos el tabardíe. Viendo el rey que pues faltaba el tabardíe, no se podía hacer el oro, envió por el alquimista para que le enseñara a fabricarlo. Y él preguntóle si tenía todas las cosas necesarias. Y el rey díjole que sí, mas que le faltaba el tabardíe.

Entonces le dijo el golfín que por cualquier cosa que faltase que no se podía hacer el oro, y que así lo había él dicho el primero día.

Entonces preguntó el rey si sabía él dónde había este tabardíe; y el golfín le dijo que sí.

Entonces le mandó el rey que, pues él sabía dónde había, que fuese él por ello y trajese lo necesario para poder hacer tanto oro cuanto quisiese.

El golfín le dijo que iría por ello, y que en su tierra hallaría bastante. Entonces calculó el rey lo que podría costar la compra y los gastos del viaje y resultó una cuantiosa cantidad. Y cuando el golfín tuvo el dinero en su poder, marchó veloz y nunca más regresó. Y así acabó el rey engañado por su imprudente actitud. Y cuando vio que tardaba más de cuanto debía, envió el rey a preguntar si se sabía de él en su casa, pero no hallaron en su casa nada de nada, salvo un arca cerrada; y cuando la abrieron, hallaron allí un escrito que decía así:

«Tened seguro que no hay tabardíe en el mundo. Sabed que os he engañado. Cuando yo os decía que os haría rico, debíais haberme dicho que me hiciese rico primero a mí mismo, que después me creeríais.»

Y vos, señor conde Lucanor, si queréis que no os tengan por necio, no arriesguéis vuestro dinero por cosa ninguna de incierto resultado; sabed que os arrepentiréis si lo perdéis confiando multiplicarlo, si no hay motivo bien justificado para ello.

Al Conde gustó este consejo; hízolo así y fuele en ello muy bien.

Y viendo don Juan que este ejemplo era bueno, hízolo escribir en este libro, e hizo estos versos que dicen así:

No arriesgues en demasía tu riqueza,
por consejo de quien sufre gran pobreza.

Ejemplo XXI.

De lo que aconteció a un muy gran filósofo con un rey mozo.

Otra vez hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, en esta forma:

— Patronio, tenía yo un pariente a quien mucho apreciaba, y aquel mi pariente finó⁵⁴ y dejó un hijo muy pequeñuelo, al que he criado yo. Y por el gran cariño que tenía a su padre, y también por la gran ayuda que yo espero de él a su tiempo, sabe Dios que le amo como si fuese mi hijo. Y aunque el mozo es muy juicioso y confío en Dios que será muy buen hombre, mucho me agradaría que su mocedad no lo malogre. Y por la gran inteligencia que vos tenéis, os ruego que me digáis de qué manera podría yo lograr que este mozo hiciese lo que le fuese más provechoso.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, para que os hagáis idea de lo que a mi entender sería lo más acertado, mucho querría que supieseis lo que aconteció a un muy gran filósofo con un rey mozo, su pupilo⁵⁵.

El Conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, un rey tenía un hijo y confiolo para educar a un filósofo en quien confiaba mucho; y cuando el rey finó, este su hijo era aún un mozo pequeño. Y criolo aquel filósofo hasta que cumplió quince años. Y cuando el infante empezó a dejar de ser ya un niño comenzó a despreciar los consejos de quien lo criaba y fióse de otros consejeros mozos que nada se preocupaban por alejarle del mal. Y después de algún tiempo por estos derroteros, empezó el jovencísimo rey a arruinar su cuerpo y su hacienda. Yendo aquello tan a mal, el filósofo que criaba al rey ya no sabía qué hacer. Muchas veces probó castigarlo, sin ningún resultado, pues la mocedad

⁵⁴ **Finó:** Falleció.

⁵⁵ **Pupilo:** Alumno.

todo lo estorbaba. Hasta que al sabio filósofo se le ocurrió hacer lo que ahora oiréis.

Comenzó poco a poco a decir en palacio que él era el mayor agorero⁵⁶ del mundo. Y cuando el rey mozo lo supo, preguntóle si era verdad que sabía adivinar el futuro tan bien como se decía. Y el filósofo díjole que era verdad, mas que no era menester que se supiese. Y como los mozos son tan impacientes para saber y para hacer todas las cosas, el rey, que era mozo, se mostraba muy impaciente por comprobar las cualidades adivinatorias del filósofo, Y como éste le daba largas, más crecía en el rey mozo el ansia por comprobar sus cualidades. Tanto insistió al filósofo, que acordaron de ir el día siguiente de madrugada, sin que nadie más lo supiese, a demostrarle cómo sabía interpretar el canto de las aves y adivinar sus mensajes.

Madrugaron mucho. El filósofo se encaminó a un valle en el que había algunas aldeas abandonadas, y después que pasaron por muchas, vieron una corneja que estaba graznando en un árbol. Y el rey mozo mostróla al filósofo, y él hizo como que la entendía. Y otra corneja comenzó a cantar en otro árbol, y ambas cornejas estuvieron así graznando, a veces la una y a veces la otra. Y después que el filósofo escuchó esto un buen rato, comenzó a llorar muy fieramente y rasgó sus vestidos en señal de duelo.

Cuando el rey mozo esto vio, quedó sobresaltado y preguntó al filósofo que por qué hacía aquello. Respondióle que más quería ser muerto que vivo, pues no sólo los hombres, sino también las aves, sabían ya cómo, por su mal proceder, tenía el rey mozo perdidos todos sus dominios, y su hacienda y su cuerpo maltrechos. Y el rey mozo preguntóle cómo era aquello.

Y él díjole que aquellas dos cornejas habían concertado casar al hijo de la una con la hija de la otra; y que la corneja que comenzó a graznar primero, que decía a la otra que pues ya hacía tiempo que aquel casamiento se había concertado, que debían casar a sus hijos cuanto antes. Y la otra corneja díjole que aunque aquello verdad era,

⁵⁶ **Agorero:** Quien posee dotes adivinatorias, especialmente prediciendo males o desdichas.

que ahora ella era mas rica que la otra, y que, a Dios gracias, durante el reinado de este rey mozo seguirían abandonándose muchas más aldeas de su reino en aquel valle, y que hallaría en las casas abandonadas muchas culebras y lagartos y sapos y otros tales bichos que se crían en los lugares abandonados, por lo que abundaría su comida y sería más rica que ella, por lo que aquel casamiento no sería entre iguales. Y cuando la otra corneja esto oyó, comenzó a reír y respondióle que no había razón para no celebrar la boda, pues si Dios daba larga vida a aquel rey mozo, ella igualmente llegaría a ser muy rica, pues también en su valle no cesaban de abandonarse aldeas. Y por estas razones convinieron ambas cornejas que se celebrara enseguida el casamiento.

Cuando el rey mozo esto oyó, disgustóse mucho y comenzó a pensar cómo había sido posible la ruina de su reino. Y cuando el filósofo comprobó la tristeza y la preocupación que al rey mozo atormentaba, y que se le veía arrepentido, dióle muchos buenos consejos, de modo que en poco tiempo mejoró su reino y recobró la salud de su cuerpo.

Y vos, señor Conde, pues criaste este mozo y querriáis que encarrilase su vida correctamente, procurad que con buenas palabras y buenos ejemplos comprenda cómo debe comportarse; pero en ningún caso lo intentéis castigándole ni maltratándole, pues la forma de ser de la mayoría de los mozos es tal, que enseguida aborrecen al que los castiga, y más aún si es hombre de elevada posición, ya que lo interpretan como menosprecio, sin darse cuenta de su error, pues no hay tan buen amigo en el mundo como el que castiga al mozo para evitar su desgracia, mas ellos no lo entienden así, sino al contrario. Y si por desventura esto sucediere, surgiría entre vos y él enemistad tal que sólo os traería perjuicios a ambos en adelante.

Al Conde gustó mucho este consejo que Patronio le dio; hízolo así y le fue muy bien.

Y como a don Juan le agradó mucho este ejemplo, hízolo poner en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Nunca por las malas al mozo vencerás;
sólo por las buenas lo lograrás.

Ejemplo XXII.

De lo que aconteció al león y al toro.

Hablaba otra vez el conde Lucanor con Patronio, su consejero, y díjole así:

— Patronio, yo tengo un amigo muy poderoso y muy honrado, y como quiera que hasta aquí nunca hallé en él sino buenas obras, ahora dícenme que no me aprecia tanto como solía, y además, que anda buscando maneras de enfrentarse contra mí. Y yo tengo ahora dos grandes preocupaciones: la una, que temo que si llega a ponerse en contra mía me resultará muy perjudicial; la otra, que temo que si él sospecha que yo desconfío de su amistad, él hará eso mismo, y así irá creciendo la mutua sospecha y la desconfianza poco a poco, hasta que rompamos nuestra amistad. Y por la gran confianza que yo en vos tengo, os ruego que me aconsejéis lo que viereis que más me conviene hacer en esto.

— Señor conde Lucanor —dijo Patronio—, para que podáis evitar esto, mucho me placería que supieseis lo que aconteció al león y al toro.

El Conde le rogó que le dijese cómo fuera aquello.

— Señor conde Lucanor —dijo Patronio—, el león y el toro eran muy amigos, y porque ellos son animales muy fuertes y recios, dominaban al resto de los animales: pues el león, con el ayuda del toro, reinaba sobre todos los animales que comen carne; y el toro, con el ayuda del león, reinaba sobre todos los animales que pacen la yerba. Y cuando los animales entendieron que el león y el toro les dominaban por la ayuda que se daban el uno al otro, y vieron que esto les acarrearía gran daño, hablaron todos entre sí sobre la manera en la que podrían acabar con esta situación. Y entendieron que si enemistaban al león y al toro, serían ellos libres del dominio que sobre ellos tenían el león y el toro. Y el raposo y el carnero, que eran los más allegados del león y del toro, se comprometieron a hacer todo lo posible por enemistarlos, por encargo del resto de los animales.

El raposo, que era consejero del león, dijo al oso, que es, tras el león, el más fuerte de todas las bestias que comen carne, que le dijese que sospechaba que el toro andaba mirando la manera de hacerle el mayor daño posible, y que hacía días que se lo habían dicho. Y eso mismo dijo el carnero, que era consejero del toro, al caballo, que es el más fuerte animal que hay en esta tierra de las bestias que pacen yerba.

El oso y el caballo informaron de todo ello al león y al toro. Y pese a que el león y el toro no dieron crédito a aquellas acusaciones, decidieron cada uno de ellos hablar con el raposo y con el carnero, sus consejeros. Y ellos dijeronles que quizás el oso y el caballo les habían contado aquello para engañarlos, pero no obstante les aconsejaban observar bien dichos y obras que de allí en adelante hicieran el león y el toro, para que cada uno obrase según lo que viera en el otro.

Y ya con esto cayó mayor sospecha entre el león y el toro. Y cuando los animales entendieron que el león y el toro sospechaban el uno del otro, comenzáronles a propagar descubiertamente sus recelos.

Y el raposo y el carnero, como falsos consejeros, buscando su beneficio y olvidando la lealtad que debían tener a sus señores, en lugar de los desengañar, engañároslos. Y lo hicieron, hasta que la amistad que solía haber entre el león y el toro tornó en muy gran enemistad. Y cuando los animales esto vieron, pensaron que era el momento de iniciar la contienda, que pronto comenzó con toda crudeza. Y aunque el león hizo gran daño al toro y le humilló, echando por tierra su poder y su honra, él acabó la contienda tan debilitado que ya nunca en adelante pudo dominar a las otras bestias ni reinar sobre ellas como solía.

Y así, porque el león y el toro no entendieron que por la amistad y la ayuda mutua, eran ellos dominadores de todos los otros animales, y no guardaron la amistad provechosa que habían entre ellos, y no supieron guardar sus espaldas de malos consejeros, por todo ello acabaron el toro y el león siendo sometidos por todos los animales que antes ellos tenían sometidos.

Y vos, señor conde Lucanor, guardaos que quienes en esta sospecha os ponen contra vuestro amigo, que no lo hagan como aquellos

animales hicieron con el león y el toro. Y por tanto, os aconsejo yo que si aquel vuestro amigo es hombre leal y de buenas obras, que os fiéis de él como el hombre debe fiarse del buen hijo o del buen hermano, que no creáis cosa que os digan contra él. Y haced tan gran escarmiento en los que esta falsedad urdieren, que nunca otros se atrevan a repetirlo ninguna otra vez.

Al Conde gustó mucho este consejo que Patronio le dio; hízolo así y le fue muy bien.

Y entendiendo don Juan que este ejemplo era muy bueno, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Por falso dicho de hombre mentiroso
no pierdas nunca amigo provechoso.

Ejemplo XXIII.

De lo que aconteció a la hormiga.

Otra vez hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, en esta manera:

— Patronio, a Dios gracias, yo soy bastante rico, y algunos aconséjanme que pues lo puedo hacer, que sólo me dedique a los placeres, a comer y beber y holgar, que suficiente tengo para mi vida, y aún de sobra para dejar a mis hijos bien heredados. Y por el buen entendimiento que tenéis, os ruego que me aconsejéis lo que os parece que debo hacer.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, como quiera que el holgar y tomar placer es bueno, para que os hagáis idea en esto lo que es más provechoso, me placería que supieseis lo que hace la hormiga para mantenimiento de su vida.

Y el conde le preguntó cómo era aquello, y Patronio le dijo:

— Señor conde Lucanor, ya veis cuánto pequeña cosa es la hormiga; podía pensarse que no debe tener mucha inteligencia, pero veis cómo cada año, al tiempo que los hombres cosechan los campos, salen ellas de sus hormigueros y van a las eras y traen cuantos granos pueden para su mantenimiento, y métenlo en sus casas. Y cuando llegan las primeras lluvias, sacan el grano fuera de sus hormigueros; y las gentes dicen que lo sacan para secarlo, y no saben lo que dicen, pues no es así la verdad. Porque bien sabéis vos que cuando las hormigas sacan la primera vez el grano fuera de sus hormigueros, es cuando vienen las primeras lluvias del invierno; si cada vez que lloviese, hubiesen de sacar el pan para secarlo, pesada labor tendrían, y demás que no podrían tener sol para secarlo, pues en el invierno no hace tanto sol.

La verdad por la que ellas lo sacan la primera vez que llueve es ésta: ellas meten cuanto pan pueden guardar en sus casas de una vez, preocupadas por almacenar cuanto encuentran. Y cuando lo tienen ya a salvo, miran si tienen suficiente para todo el año. Cuando viene la

lluvia y se moja, el grano comienza a germinar y ellas ven que si el pan nace en los hormigueros, en lugar de aprovecharse de ello, sus granos mismos las matarían, y serían ellas ocasión de su daño. Y entonces sácanlo fuera y comen el corazón del que sale la semiente y dejan todo el grano entero. Y después, por mucha lluvia que caiga, el grano no podrá germinar, y así se aprovechan de él todo el año.

Y también veréis que aunque tengan muchas provisiones, cada vez que buen tiempo hace no dejan de acarrear cualquier hierbita que hallan. Y esto hacen por si aquello que tienen no fuere suficiente para su abastecimiento; y mientras pueden, no quieren estar ociosas ni perder el tiempo que Dios les da, pues se pueden aprovechar de él.

Y vos, señor conde, pues la hormiga, que es tan mezquina cosa, tiene tal entendimiento y hace tanto por su mantenimiento, bien debéis pensar que no es bueno para nadie, y menos para los que han de regir un gran estado y gobernar a muchos, querer siempre vivir de las rentas; pues os aseguro que, por muy abundantes que sean las rentas, si solo se saca y nada se pone, poco ha de durar. Así pues, mi consejo es éste: que si queréis comer y holgar, que lo hagáis siempre manteniendo vuestra dignidad y guardando vuestra honra, y procurando y teniendo cuidado de que nunca os falte nada de lo que podáis necesitar, pues si mucho tuvierais y generoso quisierais mostraros, no os faltará ocasión de regalar, para aumento de vuestra fama y honra.

Al conde gustó mucho este consejo que Patronio le dio; hízolo así y hallóse satisfecho.

Y porque a don Juan gustó este ejemplo, hízolo poner en este libro e hizo estos versos que dicen así:

No comas siempre lo que has ganado;
vive tal vida que mueras honrado.

Ejemplo XXIV.

De lo que hizo un rey moro con tres hijos que tenía por saber cuál de ellos era mejor hombre.

Un día hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, y díjole así:

— Patronio, en la mi casa se crían muchos mozos; unos, de alta alcurnia⁵⁷ y otros que lo no son tanto. Y veo en ellos muchas y muy variadas formas de ser. Y por el gran entendimiento que vos tenéis, os ruego que me digáis, a vuestro entender, de qué modo puedo yo averiguar qué mozo llegará a ser mejor persona.

— Señor Conde –dijo Patronio–, lo que me pide es muy complicado de responder, pues nada se puede predecir con certeza; y lo que me preguntáis sólo puede vislumbrarse por indicios que pueden observarse en la conducta de los mozos, tanto interiores como exteriores. Las señales externas son la expresión del rostro, el donaire, el color y el talle del cuerpo y de los miembros, pues por ellas podemos deducir las cualidades de los miembros principales del cuerpo, que son el corazón, el meollo⁵⁸ y el hígado. Al ser tan sólo señales, poco podemos de ellas deducir con total certeza, pues pocas veces concuerdan todas las señales a una apreciación; pues si unas muestran algo concreto, muestran las otras lo contrario. Pese a todo, habitualmente estas señales nos dan indicios verdaderos. Y estas señales de fuera siempre son muy dudosas para conocer lo que vos me preguntáis. Mas para conocer a los mozos son más adecuadas las señales de dentro. Y a este respecto me placería que supieseis cómo probó una vez un rey a sus tres hijos, por saber cuál de ellos sería mejor persona.

El Conde le rogó que le dijese cómo fuera aquello.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, un rey tenía tres hijos; y como el padre podía elegir por sucesor a quien quisiere de sus tres

⁵⁷ **Alcurnia:** Ascendencia o linaje perteneciente a la nobleza.

⁵⁸ **Meollo:** masa cerebral.

hijos, cuando llegó a la vejez tuvo que señalar al heredero del trono, pues así se lo pedía su pueblo. Y el rey díjoles que dentro de un mes lo diría.

Y pasados unos ocho o diez días, una tarde dijo al hijo mayor que al día siguiente, bien de madrugada, quería cabalgar con él. El infante⁵⁹ mayor así lo hizo, aunque acudió tarde a la cita; y cuando llegó, díjole el rey que se quería vestir, que le hiciese traer sus vestidos. El infante dijo al camarero⁶⁰ que trajese los vestidos; el camarero preguntó que cuáles vestidos quería. El infante volvió al rey y preguntóle que cuáles vestidos quería. El rey díjole que la aljuba⁶¹; y él volvió al camarero y díjole que el rey quería la aljuba. Y el camarero le preguntó que qué almejía⁶² quería, y el infante volvió al rey a preguntárselo. Y así hizo con cada vestidura, que siempre iba y venía con cada pregunta, hasta que el rey tuvo todos los vestidos. Y vino el camarero, y le vistió y lo calzó.

Y una vez vestido y calzado, mandó el rey al infante que hiciese traer el caballo, y él dijo al que guardaba los caballos del rey que le trajese el caballo, y el que los guardaba díjole que cuál caballo traería; y el infante volvió con esto al rey, y así hizo con la silla y con el freno y con el espada y las espuelas; y con todo lo que había menester para cabalgar, con cada cosa fue a preguntar al rey.

Una vez todo preparado, dijo el rey al infante que no podía cabalgar, y que fuese él a pasear por la villa y que observase bien, para informar de todo al rey.

El infante cabalgó y fueron con él todos los caballeros ilustres del rey y del reino, acompañados de música de trompas⁶³ y atabales⁶⁴ y otros instrumentos. El infante paseó por la villa, y cuando volvió al

⁵⁹ **Infante:** Hijo legítimo de un rey.

⁶⁰ **Camarero:** Criado distinguido entre los sirvientes de los reyes y los nobles.

⁶¹ **Aljuba:** Vestidura de estilo morisco, consistente en un cuerpo ceñido en la cintura, abotonado, con mangas y falda que solía llegar hasta las rodillas.

⁶² **Almejía:** Túnica o manto de estilo árabe.

⁶³ **Trompas:** Instrumento musical de viento, que consiste en un tubo de latón enroscado circularmente que va ensanchándose desde la boquilla al pabellón.

⁶⁴ **Atabales:** Timbales.

rey preguntóle qué le parecía lo que había visto durante el paseo. Y el infante respondióle que todo le había parecido bien, salvo el gran ruido de aquellos instrumentos.

Días después, mandó el rey al hijo mediano que acudiese ante él a la mañana siguiente, de madrugada; y el infante hízolo así. Y el rey hizo todas las pruebas que hiciera al infante mayor, su hermano; y el infante hízolo y dijo lo mismo que su hermano mayor.

Y a cabo de otros días, mandó el rey al infante menor, su hijo, que fuese con él de madrugada. Y el infante madrugó antes que el rey despertase, y esperó hasta que despertó el rey. Y cuando despertó, entró el infante y humillósele con la reverencia que debía. Y el rey mandóle que le hiciese traer sus vestidos. Y el infante preguntó qué vestidos quería, preguntando de una sola vez por todo lo que necesitaría de vestir y de calzar, y fue por ello y trájoselo todo. Y no quiso que ningún camarero lo vistiese ni lo calzase, pues deseaba hacerlo él mismo, para dar a entender que se tendría por muy satisfecho si el rey, su padre, pudiera servirse de él, y que pues su padre era, tenía motivos para hacerle cuantos servicios pudiese.

Una vez vestido y calzado, el rey mandó al infante que le hiciese traer el caballo. Y él preguntóle cuál caballo quería, y con cuál silla y con cuál freno, y cuál espada, y preguntó por todas las demás cosas que eran menester para cabalgar, y quién quería que cabalgase con él, y todo lo demás. Y hecho todo esto de una sola vez, trájolo y preparólo todo como el rey lo había mandado.

Una vez todo preparado, dijo el rey que no quería cabalgar, mas que cabalgase él y que le contase lo que viese. Y el infante cabalgó y fueron con él todos, como hicieran con sus otros hermanos. Ni él, ni ninguno de sus hermanos, ni nadie sabía la razón por la que el rey hacía aquello.

Y durante el paseo, el infante mandó que le mostrasen toda la villa, las calles, el sitio donde guardaba el rey sus tesoros, y cuántos podían ser, y todos los edificios nobles de la villa y las gentes que allí moraban. Y después salió fuera y mandó que saliesen allá todos los hombres de armas, de a caballo y de a pie, y mandóles que se ejercitaran y le mostraran sus habilidades con las armas y en los

ejercicios tácticos; y visitó las murallas y las torres y las fortalezas de la villa. Y cuando todo lo hubo visto, volvióse para el rey, su padre.

Y cuando volvió era ya muy tarde. Y el rey le preguntó por las cosas que había visto. Y el infante le dijo que si no le ofendiese, le diría su opinión de cuanto había visto. Y el rey le mandó que le dijese su opinión sin tapujos. Y el infante le dijo, obligado por la lealtad que a su rey debía, que a su parecer no todo estaba tan bien como debía, pues si así fuese, dada su excelente situación, sus enormes riquezas, sus numerosos y bien preparados guerreros, aquel reino debiera ser dueño de todo el mundo.

Al rey gustó mucho aquello que el infante le dijo. Y cuando llegó el momento en que había de dar respuesta a su pueblo, díjole que aquel hijo pequeño les daba por rey.

Y vos, señor Conde, si queréis saber cuál mozo sería mejor, reparad en estas tales cosas, y así podréis intuir qué tipo de persona podrá llegar a ser cada uno.

Al Conde gustó mucho lo que Patronio le dijo.

Y porque don Juan tuvo este por buen ejemplo, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Por obras y maneras podrás conocer
en los mozos qué personas llegarán a ser.

Ejemplo XXV.

De lo que aconteció al conde de Provenza con Saladín, que era sultán de Babilonia.

El conde Lucanor hablaba una vez con Patronio, su consejero, en esta manera:

— Patronio, un vasallo me dijo el otro día que quería casar una parienta suya, y así como él me aconsejaba lo mejor posible cuando así se precisaba, me pedía por merced que le aconsejase en esto lo que entendía que más le convenía, y díjome todos los pretendientes que aquella manceba tenía. Y pues yo querría para éste es hombre lo más acertado, y yo sé que vos sabéis mucho de tales cosas, os ruego que me digáis lo que pensáis sobre el asunto, para yo aconsejarle lo mejor posible.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, para que podáis bien aconsejar a cualquier persona de tenga que casar a alguna parienta, me placería mucho que supieseis lo que aconteció al conde de Provenza con Saladín, que era sultán de Babilonia.

El conde Lucanor le rogó que le dijese cómo fuera aquello.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, un conde hubo en Provenza que fue muy buen hombre y deseaba mucho que Dios salvara su alma y ganase la gloria del Paraíso, haciendo tales obras que aumentasen su honra y sus dominios. Y para que esto pudiese cumplir, preparó un buen número de combatientes y marchó para Tierra Santa de Ultramar, con la ilusión de que, pasara lo que pasara, sería siempre un hombre bienaventurado, pues lo que ocurriera sería en servicio de Dios. Y como los designios de Dios son muy sorprendentes y muy insondables, y Nuestro Señor tiene por bien tentar muchas veces a sus fieles, y si salen triunfantes de aquella tentación, siempre Nuestro Señor procura que los sufrimientos aumenten la honra y el provecho de quienes tienta; por esta razón tuvo Nuestro Señor a bien tentar al conde de Provenza, y consintió que fuese preso en poder del sultán.

Y como quien que estaba preso, sabiendo Saladín la gran bondad del conde, hacíale mucho bien, y todos los grandes hechos que había de hacer, todos los hacía por su consejo. Y tan bien le aconsejaba y tanto confiaba en él el sultán que, aunque estaba preso, tenía el conde tanto poder e influencia en los dominios de Saladín, como en los suyos propios.

Cuando el conde salió de su tierra, dejó una hija muy pequeñuela. Y el conde estuvo tan gran tiempo en la prisión, que le llegó a su hija el tiempo de casarse; y la condesa, su mujer, y sus parientes enviaron a decir al conde cuántos hijos de reyes y otros grandes hombres la demandaban por casamiento.

Y un día, cuando Saladín vino a hablar con el conde, una vez le aconsejó sobre el asunto que Saladín le había planteado, habló con él el conde en esta manera:

— Señor, vos me hacéis a mí tanta merced y tanta honra y confiáis tanto en mí que me tendría por muy afortunado si vos lo pudiese compensar de alguna manera. Y pues vos, señor, tenéis por bien que os aconseje yo en todas las cosas que vos acaecen, abusando de vuestra generosidad y confiando en vuestro entendimiento, os pido por merced que me aconsejéis en una cosa para mí muy importante.

El sultán agradeció mucho al conde aquel detalle, y djóle que le aconsejaría muy gustoso, y además, que le ayudaría todo lo posible para que sus deseos se cumpliesen.

Entonces le dijo el conde las propuestas de casamiento que le habían hecho para su hija y podióle por merced que le aconsejase con quién la casaría.

Y Saladín respondió así:

— Conde, yo sé que tal es el vuestro entendimiento, que con pocas palabras que os diga entenderéis mi consejo. Y así, os quiero aconsejar en esto según yo lo entiendo. Yo no conozco a todos los que demandan a vuestra hija en matrimonio, qué linaje o qué poder tienen, o qué diferencia hay entre los unos y los otros; y por consiguiente no os puedo en esto aconsejar cumplidamente; mas mi consejo es éste: que caséis a vuestra hija con un hombre cabal.

El conde agradeció el consejo, pues entendió muy bien lo que aquello quería decir. Envió recado a la condesa, su mujer, y a sus parientes diciéndoles el consejo que el sultán le diera, y que averiguaran cuantos hombres hidalgos había en todas sus comarcas, y qué cualidades tenía cada uno de ellos, sin tener en cuenta su riqueza ni su poder; pidió que le envasen por escrito decir cómo eran los hijos de los reyes y de los grandes señores que demandaban a su hija y cómo los hidalgos de sus tierras.

Y la condesa y los parientes del conde se extrañaron de esto mucho, pero hicieron lo que el conde les mandó, y pusieron por escrito cuantas cualidades y costumbres, buenas y malas, tenían todos los que demandaban a la hija del conde. Y también escribieron cuáles eran en sí los hombres hidalgos que habitaban en sus dominios, y enviáronlo todo al conde.

Y habiendo visto el conde este escrito, mostrólo al sultán; y cuando Saladín lo vio, aunque todos eran muy buenos, halló algunas tachas en cada uno de los hijos de los reyes y de los grandes señores: o de tener malas costumbres en el comer o en el beber, o en ser sañudos⁶⁵, o huraños, u orgullosos, a amigos de malas compañías, o malhablados, o alguna otra tacha de las muchas que los hombres pueden tener. Y halló que un hijo de un hombre rico que no era muy poderoso, según se decía en aquel escrito, era el mejor hombre, el más cumplido, y más perfecto de todos. Y cuando esto oyó el sultán, aconsejó al conde que casase a su hija con aquel hombre, pues entendió que aunque los otros eran más poderosos y más nobles, que mejor casamiento era aquel y mejor casaba el conde su hija con aquél que con ninguno de los otros en los que encontraron uno o más defectos. Sentenció el sultán que mayor aprecio merecía el hombre por sus obras que no por su riqueza, ni por la nobleza de su linaje.

El conde envió recado a la condesa y a sus parientes ordenando que casasen a su hija con aquel que Saladín había aconsejado. Y aunque se extrañaron mucho de aquello, enviaron por aquel hijo de aquel rico hombre y dijéronle lo que el conde les había ordenado. Y él respondió que bien entendía que el conde era más noble y más rico y

⁶⁵ **Sañudos:** Rencorosos, crueles.

más honrado que él, y que si él tan gran poder hubiese, se casaría con la mujer que quisiera; dando a entender que estaba siendo objeto de burla, por lo que se sintió muy ofendido. Y ellos le respondieron que había sido elegido entre todos los demás pretendientes por consejo del sultán, habiendo quedado en la elección por encima de los hijos de los reyes y de los otros grandes señores. Cuando él esto oyó, comprendió que hablaban con total formalidad y pensó que, pues Saladín lo había escogido, colmando su honra, que no sería él hombre cabal si no aceptase tan generoso ofrecimiento.

Y dijo luego a la condesa y a los parientes del conde que si querían que creyese que se lo decían sinceramente, que le hiciesen entrega de todo el condado, sin antes decirles ninguna cosa de lo que él había pensado de hacer. Ellos se mostraron conformes y le hicieron entrega del condado y de todas sus rentas; y él tomó gran cantidad de dinero y con todo secreto armó unas galeras, guardando también otra gran cantidad de dinero. Y hecho todo esto, mandó preparar sus bodas para un día señalado.

Y celebradas las bodas con todo lujo y opulencia, llegada la noche, cuando el joven esposo se hubo de ir para su casa donde estaba su mujer, antes que se echasen en la cama, llamó a la condesa y a sus parientes y díjoles en gran secreto que bien sabían que el conde lo había preferido frente a otros más nobles porque el sultán le aconsejó que casara a su hija con un hombre, y que, pues el sultán y el conde tanta honra le habían hecho y lo habían elegido por esta razón, no se tendría él por muy hombre si no hiciera lo que era obligado; por ello les dijo que había de partir, dejándoles aquella doncella, que había tomado en matrimonio, así como el gobierno del condado, pues confiaba en que Dios le guiaría de tal manera que todo el mundo pudiese ver que se había portado como un hombre.

Y luego que esto hubo dicho, cabalgó y se fue a la buena ventura. Y se dirigió al reino de Armenia, y moró allí el tiempo necesario para aprender muy bien el lenguaje y todas las costumbres de aquella tierra. Y supo cómo Saladín era muy cazador.

Y él tomó muchas buenas aves⁶⁶ y muchos buenos canes⁶⁷, y se fue en busca de Saladín; y ordenó que cada una de sus galeras se amarrase en un puertos diferente, mandando que ninguna saliese a la mar hasta que él lo dispusiese.

Y cuando llegó al sultán, fue muy bien recibido, pero no le besó la mano ni le hizo ninguna reverencia de las que son debidas por cortesía. Y Saladín mandóle proporcionar todo lo que hubo menester, y él agradecióselo mucho, mas no quiso tomar del ninguna cosa y dijo que no había venido en busca de nada, que sólo había llegado hasta él atraído por su fama. Pidióle poder vivir algún tiempo en su casa, para aprender cuanto pudiera de sus cualidades y de las de sus gentes; y pues sabía que el sultán era muy cazador, que él traía muchas aves y muy buenas, y muchos canes, y si así lo deseaba, que tomase de aquello lo que quisiese, y con lo que le dejara, que iría con él a cazar y se pondría a su disposición para cuanto quisiese.

Esto agradeció mucho Saladín, y tomó lo que tuvo por bien de lo que él traía, mas de ninguna manera logró que el otro tomase de él ninguna cosa, ni le dijese ninguna cosa de sus intenciones, ni adoptase ningún compromiso. Y de este modo vivió en la casa de Saladín un gran tiempo.

Y como Dios, cuando es su voluntad, acarrea las cosas que Él quiere, consintió que se lanzaran los halcones tras unas grullas; y fueron a matar a una de las grullas a un puerto de la mar donde estaba una de las galeras que el yerno del conde allí pusiera. Y el sultán, que montaba un buen caballo, y él otro, alejáronse tanto de las gentes que les acompañaban, que nadie vio por donde iban. Y cuando Saladín llegó donde los halcones peleaban con la grulla, descendió enseguida del caballo para ayudarlos. Y el yerno del conde que venía con él, de que le vio pie en tierra, llamó a los de la galera.

Y el sultán, que estaba concentrado en la pelea de sus halcones, cuando vio la gente de la galera en derredor de sí, se sobresaltó. Y el yerno del conde echó mano a la espada y dio a entender que le quería

⁶⁶ **Aves:** Aquí se refiere a aves de cetrería (halcones, azores, gavilanes...).

⁶⁷ **Canes:** Aquí se refiere a perros de caza.

herir con ella. Y cuando Saladín esto vio, comenzóse a quejar mucho diciendo que esto era muy gran traición. Y el yerno del conde le dijo que no demandase ayuda de Dios, pues bien sabía que nunca él le había reconocido por su señor, ni le debía ninguna lealtad.

Y dicho esto, apresólo en la galera y contóle que él era yerno del conde, y que era aquél que él escogiera, entre otros muchos, por hombre para casarse con la hija del conde. Y pues él por hombre lo escogiera, que bien entendía que no fuera él hombre si esto no hiciera; y que le pedía por merced que pusiese a su suegro en libertad, para que de este modo entendiese que el consejo que él le diera fue bueno y verdadero, y como daba buenos frutos.

Cuando Saladín esto oyó, agradeció mucho a Dios, y alegróse más porque acertó en su consejo más que si le hubiera sucedido cualquier otro buen suceso, por grande que fuese. Y dijo al yerno del conde que lo pondría en libertad enseguida.

Y el yerno del conde confió en el sultán, sacólo de la galera y fuese con él. Y mandó a los de la galera que se alejasen del puerto tanto que no los pudiese ver nadie.

Y el sultán y el yerno del se entretuvieron un buen rato con sus halcones, y cuando las gentes allí llegaron hallaron a Saladín muy alegre. Y nunca dijo a nadie nada de cuanto le había acontecido.

Y una vez que llegaron a la villa, fue Saladín a la casa donde estaba el conde preso y llevó consigo al yerno del conde. Y cuando el sultán vio al conde, comenzóle a decir con muy gran alegría:

— Conde, mucho agradezco a Dios por la merced que me hizo en acertar tan bien como acerté en el consejo que os di en el casamiento de vuestra hija. He aquí a vuestro yerno, que os ha librado de la prisión.

Entonces le contó todo lo que su yerno había hecho, la lealtad y el gran esfuerzo que hiciera en tomarle preso y en confiar luego en él.

Y el sultán y el conde y cuantos esto supieron, loaron mucho la inteligencia y el esfuerzo y la lealtad del yerno del conde. Otrosí⁶⁸,

⁶⁸ **Otrosí:** Asimismo, también.

loaron mucho las bondades de Saladín y del conde, y agradecieron mucho a Dios porque quiso disponerlo todo tan acertadamente.

Entonces dio el sultán muchos obsequios y muy ricos al conde y a su yerno; y en compensación por los días pasados en prisión, dióle dobladas todas las rentas que el conde hubiera ganado en sus dominios en todo aquel tiempo, y devolvióle a su tierra muy rico y muy honrado y muy feliz.

Y todo este bien vino al conde por el buen consejo que el sultán le dio, cuando le propuso que casase a su hija con un hombre cabal.

Y vos, señor conde Lucanor, pues debéis aconsejar a vuestro vasallo en razón del casamiento de aquella parienta suya, aconsejadle que mire y procure principalmente que el novio sea un buen hombre en sí; pues si esto así no fuere, por mucha honra, ni por mucha riqueza, ni por mucha hidalguía que tenga el novio, nunca será la novia bien casada. Y debéis saber que el hombre con bondad acrecienta la honra y alza su linaje y acrecienta las riquezas. Y por ser muy hidalgo ni muy rico, si bueno no fuere, de nada serviría la hidalguía ni la riqueza. Y sobre esto os podría contar muchas historias de muchos hombres de gran posición que les dejaron sus padres muy ricos y mucho honrados, pero pues no fueron tan buenos como debían, perdieron enseguida linaje y riqueza; y otros de gran posición y de pequeña que, con coraje y con bondad, acrecentaron mucho sus honras y sus haciendas, de modo que fueron mucho más loados y apreciados por lo que ellos hicieron y por lo que ganaron, que por todo su linaje. Y así entended que todo el pro⁶⁹ y todo el daño nace y viene de lo que el hombre es por sí mismo, sea noble o plebeyo. Y por lo tanto, la primera cosa que se debe procurar en el casamiento es la bondad, el buen juicio y la buena educación del hombre o la mujer que ha de casar; y esto siendo lo primero, por añadidura cuanto más alto es el linaje y mayor la riqueza, cuanto mayor sea la cercanía entre las familias, tanto mejor para el matrimonio.

El conde gustó mucho de estas razones que Patronio le dijo, y pensó que era verdad cuanto Patronio le había dicho.

⁶⁹ **Pro:** Provecho, ventaja.

Y viendo don Juan que este ejemplo era muy bueno, hízolo escribir en este libro, e hizo estos versos que dicen así:

Todo beneficia al hombre cabal;
y a quien no lo es, todo le va mal.

Ejemplo XXVI.

De la compañía que hicieron la Mentira y la Verdad.

Un día hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, y díjole así:

— Patronio, sabed que estoy muy disgustado con unos hombres que no me aprecian mucho. Son tan farsantes y tan mentirosos que nunca otra cosa hacen sino mentir, a mí y a cualquiera con quien tienen que hacer cualquier cosa. Y las mentiras que dicen, aprovéchanse tanto de ellas, que me causan muy gran daño, pues ellos aumentan su poderío a costa de enfrenar a las gentes contra mí. Yo bien sé que la mentira es mala, y nunca me he valido de ella. Y ahora, por el buen entendimiento que tenéis, os ruego que me aconsejéis el modo de actuar con estos hombres.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, para que actuéis en esto correctamente, placeríame mucho que supieseis lo que aconteció a la Verdad y a la Mentira.

El conde le rogó que le dijese cómo fuera aquello.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, la Mentira y la Verdad decidieron vivir juntas, y de que hubieron estado así un tiempo, la Mentira, que es muy inquieta, dijo a la Verdad que estaría bien que plantasen un árbol del que hubiesen fruta y pudiesen estar a su sombra cuando hiciese calor. Y la Verdad, como es sencilla y de buen talante, dijo que le placía.

Y de que el árbol fue puesto y comenzó a crecer, dijo la Mentira a la Verdad que se repartiesen entre ambas su parte de aquel árbol. Y a la Verdad le pareció bien. Y la Mentira, dándole a entender con lindas razones que la raíz del árbol es la cosa que da la vida al árbol y le mantiene en pie, y que es mejor cosa y más provechosa, aconsejó la Mentira a la Verdad que tomase las raíces del árbol que están bajo tierra, que ella se conformaría con las ramitas que habían de salir y estar sobre tierra, pues aquella parte del árbol corría muy gran peligro, porque estaba a merced de ser talada por los hombres, o roída

por las bestias, o arañada por las aves con las garras y con sus picos, o secada por el sol, o quemada por las heladas; y que de todos estos peligros no corría ninguno la raíz.

Y cuando la Verdad oyó todas estas razones, porque no hay en ella malicia, fióse de la Mentira, su compañera, y creyó que era verdad lo que le decía. Y pensando que la Mentira le animaba a quedarse con la mejor parte, tomó la raíz del árbol y con aquella se dio por satisfecha. Y cuando la Mentira esto hubo acabado, mucho se alegró con el engaño que había hecho a su compañera, diciéndole tan lindas mentiras.

La Verdad metióse bajo tierra para vivir donde estaban las raíces, que eran su parte, y la Mentira vivió sobre tierra donde viven los hombres y todas las otras cosas. Y como es la Mentira es muy simpática, en poco tiempo se ganó la admiración de todos. Y su árbol comenzó a crecer y a echar muy grandes ramos y muy anchas hojas que hacían muy hermosa sombra y aparecieron en él muy vistosas flores de muy hermosos colores.

Y cuando las gentes vieron aquel árbol tan hermoso, reuníanse muy plácidamente bajo sus ramas, celebrando mucho su fresca sombra y sus primorosas flores; y aun las gentes de otros lugares decíanse los unos a los otros que si querían estar cómodos y alegres, que fuesen a reposar a la sombra del árbol de la Mentira.

Y cuando las gentes estaban reunidas bajo aquel árbol, como la Mentira es muy halagüeña y sabia, les hacía pasar muy buenos ratos y mostrábales de su sabiduría; y a las gentes placía mucho aprender de la Mentira sus enseñanzas. Y de esta manera se ganó la confianza de todo el mundo. Mostraba a los más simples mentiras sencillas, y a los más sutiles, mentiras dobladas, y a los más sabios, mentiras triples.

Y debéis saber que la mentira sencilla es cuando un hombre dice a otro: «Don Fulano, yo haré tal cosa por vos», y él miente de aquello que le dice. Y la mentira doble es cuando uno jura y perjura, y mientras garantías y certezas va otorgando y dando, él ya pensado tiene y sabe cómo cuanto dice y afirma por verdad tornará en mentira y en engaño. Y la mentira triple, que es mortalmente engañosa, es la que miente y engaña diciendo la verdad.

Y tanta sabiduría tenía la Mentira en estos asuntos y tan bien sabíala enseñar a los que se congregaban a la sombra de su árbol, que cuantas cosas emprendían todas las acababan con mentiras y engaños, y no había por aquella tierra ningún hombre que el arte de engañar no supiese. Y tanto por la hermosura del árbol como por lo que de la Mentira aprendían, mucho estimaban las gentes estar a aquella sombra y aprender lo que la Mentira les mostraba.

Y estando la Mentira tan feliz, la despreciada Verdad estaba escondida bajo tierra, y la gente nada sabía de ella, ni la apreciaba, ni la quería buscar. Y ella, viendo que no se podía mantener más que de aquellas raíces del árbol, que era la parte que le aconsejara tomar la Mentira, y a falta de otro alimento, no tuvo más remedio que ponerse a roer y comer las raíces del árbol de la Mentira. Y como el árbol tenía muy buenas ramas y muy anchas hojas que hacían muy gran sombra y muchas flores de muy apuestos colores, antes que pudiesen dar frutos, perdió todas sus raíces, pues las hubo de comer la Verdad, ya que no tenía ninguna otra cosa de la que alimentarse.

Y cuando las raíces del árbol de la Mentira fueron todas comidas por la Verdad, estando la Mentira a la sombra de su árbol con todas las gentes que aprendían sus enseñanzas, vino un viento y lo derribó; cayó sobre la Mentira y quebróla de muy mala manera; y todos los que estaban aprendiendo sus enseñanzas, fueron todos muy mal heridos, y acabaron todos muy mal parados.

Y por el lugar donde estaba el tronco del árbol salió la Verdad que estaba escondida, y cuando salió halló que la Mentira y todos los que a ella se habían acercado estaban descalabrados y muy malheridos, y se encontraban tan mal por haberse fiado de las enseñanzas que aprendieron de la Mentira.

Y vos, señor conde Lucanor, daos cuenta que la mentira tiene muy grandes ramas, y que sus flores, que son sus dichos y sus ideas y sus halagos, son muy placenteros y muy apreciados por la gente, pero todo ello no es más que sombra y nunca produce buen fruto. Por consiguiente, si vuestros enemigos usan de las sabidurías y de los engaños de la mentira, guardaos de ellos cuanto pudiereis y no procuréis su compañía, ni tengáis envidia de la felicidad que logran

por usar del arte de la mentira; tened por cierto que poco les durará, y no pueden llegar a buen fin. Y cuando les parezca que mejor les va, todo se les vendrá abajo, como sucedió al árbol de la Mentira y a los que parecían estar felices a su sombra. Por el contrario, aunque la verdad sea menospreciada, abrazaos bien a ella y apreciadla mucho, sed cierto que con ella seréis dichoso, vuestros negocios prosperarán y os granjearéis el favor de Dios, que os proporcionará toda clase de bienes en este mundo y la salvación para vuestra alma en el otro.

Al conde gustó mucho este consejo que Patronio le dio; hízolo así y le fue muy bien.

Y entendiendo don Juan que este ejemplo era muy bueno, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Seguid a la verdad y de la mentira huir,
pues su mal crece en quien gusta de mentir.

Ejemplo XXVII.

De lo que aconteció al emperador Fadrique y a don Alvar Fáñez Minaya con sus mujeres.

Hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, un día y díjole así:

— Patronio, tengo dos hermanos casados que viven cada uno de ellos de modo muy diferente el uno del otro. El uno ama tanto a aquella dueña⁷⁰ con quien está casado, que apenas podemos conseguir que se aparte un día de su lado, y nunca hace nada que ella no quiera que haga, ni toma ninguna decisión sin antes consultarla. Y el otro, por el contrario, no conseguimos convencerle para que vea a su mujer o que entre siquiera en la casa donde ella esté. Y porque esto me produce muy gran pesar, os ruego que me digáis algún modo de remediarlo.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, según esto que decís ambos hermanos vuestros andan muy errados en sus vidas, pues ni el uno ni el otro debían reflejar tan gran amor ni tan gran desamor como muestran a aquellas dueñas con las que están casados; bien puede ser que su error sea consecuencia de la forma de ser de sus mujeres. Y a este respecto querría que supieseis lo que aconteció al emperador Fadrique y a don Alvar Fáñez Minaya con sus mujeres.

El conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, porque estos ejemplos son dos y no os los podría contar como uno solo, contaros he primero lo que aconteció al emperador Fadrique, y después contaros he lo que aconteció a don Alvar Fáñez.

Señor conde, el emperador Fadrique casó con una doncella de muy alta cuna⁷¹, según le correspondía; mas no le fue muy bien, pues no supo antes de casarse el carácter agrio que tenía.

⁷⁰ **Dueña:** Aquí, mujer casada de alto rango.

⁷¹ **Alta cuna:** Linaje muy noble.

Y una vez casados, aunque ella era muy buena y recatada dueña, comenzó a ser la más brava y la más fuerte y la más rebelde del mundo. Si el emperador quería comer, ella decía que quería ayunar; y si el emperador quería dormir, quería ella levantar; y si el emperador apreciaba bien a alguien, ella le aborrecía. ¿Qué os diré más? Todas las cosas del mundo en que el emperador tomaba placer, en todas daba ella a entender que tomaba pesar, y de cuanto el emperador hacía, de aquello hacía ella lo contrario siempre.

Y habiendo el emperador sufrido esta situación un tiempo, y viendo que de ninguna manera la podía corregir, por mucho que él ni otros le dijese, ni por ruegos, ni por amenazas, ni por buen talante ni por malo que le mostrase, y viendo la vida enojosa que había de sufrir, y que le traería muy gran daño para él y para su gente, fuese a ver al Papa. Contóle la mala vida y los sufrimientos que pasaba, y el gran daño que a él y a su reino le venía por el mal carácter de la emperatriz; y pidióle, si podría ser, que los partiese⁷² el Papa. Mas vio que según la ley de los cristianos aquello no se podía hacer, pero de ninguna manera podían seguir viviendo juntos, por el pésimo temperamento que la emperatriz tenía, y sabía el Papa que esto era así.

Y como no pudieron hallar solución al problema, dijo el Papa al emperador que encomendaba al buen juicio y a la habilidad del emperador su solución, pues él no podía dar la penitencia⁷³ antes que el pecado fuese hecho.

Y el emperador despidióse del Papa y fuese para su casa, y trabajó cuanto pudo, por halagos y por amenazas y por consejos y por desengaños y por cuantas maneras él y todos los que con él vivían pudieron pensar para acabar con aquella situación, mas todo fue en vano, pues cuanto más decían a la emperatriz que cambiase de actitud, tanto más se empecinaba ella en su testarudez.

Y como el emperador vio que de ningún modo esto se podía enderezar, díjole un día a la emperatriz que quería ir a la caza de ciervos y que llevaría una poca de yerba de la que ponen en las saetas

⁷² **Que los partiese:** Que permitiera su separación matrimonial.

⁷³ **Dar la penitencia:** Perdonar.

para matar a los ciervos, y que dejaría otra poca para cuando quisiese ir a caza otra vez, avisándola que por nada del mundo se le ocurriera poner de aquella yerba en sarna⁷⁴, ni en postilla⁷⁵, ni en lugar donde saliese sangre, porque aquella yerba era tan fuerte, que no había en el mundo cosa viva que no matase. Y tomó de otro unguento muy bueno y muy eficaz para cualquier llaga, y el emperador untóse con él ante ella en algunas partes de su cuerpo donde tenía heridas. Y ella y cuantos allí estaban vieron que sanaban enseguida con ello. Y díjole que si lo necesitaba, que de aquél unguento se pusiese en cualquier llaga que hubiese. Y esto le dijo ante algunas personas. Dicho lo cual, tomó aquella yerba que había menester para matar los ciervos y fuese a su caza, tal y como había dicho.

Y luego que el emperador fue ido, comenzó ella a ensañarse⁷⁶ y a enfurecer, y comenzó a decir:

— ¡Ved el falso del emperador, lo que me fue decir! Porque él sabe que la sarna que yo tengo no es como la suya, díjome que me untase con aquel unguento que se él untó, porque sabe que no podría curarme con él, mas de aquel otro unguento bueno con que él sabe que sanaría, dijo que no tomase de él de ningún modo. Mas por fastidiarle, yo me untaré con él, y cuando él venga, me hallará sana. Y bien cierta estoy que nada le podría disgustar más, y por esto lo haré.

Los caballeros y las dueñas que con ella estaban intentaron persuadir a la emperatriz que no lo hiciese, y comenzónle a rogar, con lágrimas en los ojos, que se guardase de hacer lo; que si lo hiciese, con toda seguridad moriría.

Y aún así no hizo caso; tomó la yerba y untó con ella las llagas, y a poco rato comenzóle a tomar la rabia de la muerte⁷⁷. Ella se habría arrepentido si pudiera, mas ya no había tiempo para nada, y murió por su mal carácter, rebelde e insolente.

⁷⁴ **Sarna:** Afección en la piel producida por picadura de ácaros.

⁷⁵ **Postilla:** Costra de una herida.

⁷⁶ **Ensañarse:** Montar en cólera, irritarse, actuar con saña.

⁷⁷ **Tomar la rabia de la muerte:** Aparecer los síntomas de muerte.

A don Alvar Fáñez aconteció todo lo contrario. Y para que sepáis como fue, os contaré cómo acaeció.

Don Alvar Fáñez era muy buen hombre y muy honrado. Pobló⁷⁸ Íscar y moraba allí. Y el conde don Pero Ansúrez pobló Cuéllar y moraba en ella. Y el conde don Pero Ansúrez tenía tres hijas.

Y un día, inesperadamente, entró don Alvar Fáñez a casa del conde don Pedro Ansúrez; y el conde le agradeció su visita. Después que hubieron comido, preguntóle a qué se debía visita tan imprevista. Y don Alvar Fáñez díjole que venía a demandar una de sus hijas en matrimonio, mas que quería que le mostrase las tres y que le dejase hablar con cada una de ellas, que después escogería cuál quisiese. Y el conde, viendo que le hacía Dios mucho bien en ello, dijo que le placía mucho de hacer cuanto don Alvar Fáñez le pedía.

Y don Alvar Fáñez apartóse con la hija mayor y díjole si quería casarse con él; pero antes que hablasen más del asunto, que le quería contar algo sobre su vida. Que supiese, lo primero, que él no era demasiado joven y que por las muchas heridas que recibiera en las guerras tenía tan afectada la cabeza que por poco vino que bebiese, le hacía perder enseguida el conocimiento; y quedando fuera de sí, no sabía lo que decía ni lo que hacía; y que a veces hería a la gente en modo tal, que se arrepentía mucho después que volvía en sí; y aún, cuando se echaba a dormir, cuando yacía en la cama hacía muchas cosas de las que después se arrepentía, pues no controlaba su vientre. Y tantas cosas más le dijo, que cualquier mujer, aunque poco juiciosa fuere, al punto entendería que aquel matrimonio no le convendría.

Y cuando todo esto le hubo dicho, respondióle la hija del conde que este casamiento le correspondía a ella decidirlo, sino a su padre y a su madre. Y así, despidióse de don Alvar Fáñez y fuese con su padre.

Y cuando el padre y la madre le preguntaron qué le parecía que se debía hacer, pues ella no fue tan sensata como le era menester, dijo a su padre y a su madre que tales cosas le había dicho don Alvar Fáñez, que antes quería ser muerta que casar con él.

⁷⁸ **Pobló:** Fundó.

Y el conde no quiso decirle esto a don Alvar Fáñez, mas díjole que su hija no tenía por el momento voluntad de casarse.

Y habló don Alvar Fáñez con la hija mediana; y conversaron él y ella en los mismos términos en los que transcurrió la conversación con la hermana mayor.

Y después habló con el hermana menor y díjole todas aquellas cosas que dijera a sus otras hermanas. Y ella respondióle que agradecía mucho a Dios que don Alvar Fáñez quisiera casar con ella; y en lo que le decía sobre el mal que el vino le hacía, que si, por aventura, alguna vez aquellos males le afectaran, que ella le apartaría de la gente y lo encubriría de modo que nadie lo notaría. Y sobre el decir que era viejo, que por tal motivo ella nunca le repudiaría y que sería muy feliz por el mucho bien y la mucha honra que le acarrearía el ser casada con don Alvar Fáñez; y de lo que decía que era muy iracundo y que hería a las gentes, que cuanto por esto no se preocupara, pues nunca ella le daría motivos para que la hiriese, y si lo hiciese, que lo sabría muy bien sufrir.

Y a todas las cosas que don Alvar Fáñez le dijo, a todas le supo tan bien responder, que don Alvar Fáñez quedó muy contento y agradeció mucho a Dios haber encontrado mujer de tan buen entendimiento.

Y dijo al conde don Pero Ansúrez que con aquella quería casar. Al conde gustó mucho aquel matrimonio e hicieron las bodas al poco tiempo, y fuese luego con su mujer. Y esta dueña había por nombre doña Vascañana.

Y después que don Alvar Fáñez llevó a su mujer a su casa, fue ella tan buena dueña y tan sensata, que don Alvar Fáñez se tuvo por muy bien casado y mandó que se hiciese todo lo que ella ordenase.

Y esto hacía él por dos razones. La primera, porque le hizo Dios a ella tan buena, porque tanto amaba a don Alvar Fáñez y porque tanto apreciaba su buen juicio, porque todo lo que don Alvar Fáñez decía y hacía, todo lo veía ella conveniente; y placíale mucho cuanto decía y de cuanto hacía, y nunca en toda su vida contradijo cosa alguna que entendiese que a él le agradaba. Y no entendáis que hacía esto por

adularle, ni por halagarle, sino que hacíalo porque verdaderamente creía y entendía que todo lo que don Alvar Fáñez quería y decía y hacía, en ninguna forma podría equivocarse, ni lo podría ningún otro mejorar. Y la segunda porque era el mayor bien que podía conseguir, y porque ella era de tan buen entendimiento y de tan buenas obras, que siempre acertaba en lo mejor. Y por estas cosas amábala y apreciábala tanto don Alvar Fáñez que tenía por costumbre hacer todo lo que ella quería, pues siempre ella quería y le aconsejaba lo que más beneficiaba su situación y su honor. Y nunca reclamó nada a don Alvar Fáñez, en modo alguno; y siempre prefirió el provecho y la honra de su marido antes que su propio provecho y honra.

Y acaeció que una vez, estando don Alvar Fáñez en su casa, que vino un so sobrino suyo que vivía en la casa del rey, y agradóle mucho a don Alvar Fáñez su visita. Y habiendo morado con don Alvar Fáñez algunos días, díjole un día que era muy buen hombre y que no podía poner en él ninguna tacha⁷⁹ sino una. Y don Alvar Fáñez preguntóle que cuál era. Y el sobrino díjole que no hallaba tacha que ponerle sino que hacía mucho caso a su mujer y que la tenía dueña y señora de su hacienda. Y don Alvar Fáñez respondióle que a esto le respondería dentro de unos días.

Y sin decirle nada don Alvar Fáñez a doña Vascuñana, cabalgó y fuese a otro lugar y anduvo allá algunos días y llevó allá a su sobrino consigo. Y después envió por doña Vascuñana, e hizo don Alvar Fáñez que se encontraran en el camino, pero no hablaron entre sí, ni hubo tiempo aunque lo quisiesen hacer.

Y don Alvar Fáñez fuese adelante, e iba con él su sobrino. Y doña Vascuñana venía tras ellos. Y después que hubieron andado así un buen rato don Alvar Fáñez y su sobrino, hallaron un grupo de vacas. Y don Alvar Fáñez comenzó a decir:

— ¿Viste, sobrino, qué hermosas yeguas hay en esta nuestra tierra?

⁷⁹ **Tacha:** Defecto.

Cuando su sobrino esto oyó, extrañóse mucho, y pensó que se lo decía en broma y díjole que cómo decía tal cosa, que no eran sino vacas.

Y don Alvar Fáñez se respondióle asombrado que había perdido el juicio, pues se vio claramente que eran yeguas y no vacas.

Y de que el sobrino vio que don Alvar Fáñez porfiaba tanto sobre esto, y que lo decía convencido de ello, acabó pensando que don Alvar Fáñez había perdido el juicio.

Y don Alvar Fáñez se mantuvo en aquella porfía, hasta que asomó doña Vascañana que venía por el camino. Y de que don Alvar Fáñez la vio, dijo a su sobrino:

— ¡Ea, don sobrino, he aquí a doña Vascañana, ella pondrá fin a nuestra discusión!

Al sobrino le pareció bien, y cuando doña Vascañana llegó, díjole:

— Señora, don Alvar Fáñez y yo estamos discutiendo, pues él dice que estas vacas son yeguas, y yo digo que son vacas; y tanto hemos porfiado, que él me tiene por loco, y yo pienso que él no está bien en su seso⁸⁰. Decidnos, señora, quién de nosotros está en lo cierto.

Y cuando doña Vascañana esto vio, como quiera que ella tenía por cierto que aquéllas eran vacas, pero pues su sobrino le dijo que decía don Alvar Fáñez que eran yeguas, pensó que ambos estaban equivocados. Mas como don Alvar Fáñez no podía errar en ninguna manera y pues decía que eran yeguas, doña Vascañana dijo que aquellas eran yeguas y no vacas.

Y comenzó a decir al sobrino y a cuantos allí estaban:

— Por Dios, sobrino, lamento mucho que digáis que son vacas; sabe Dios que, puesto que venís de casa del rey donde tanto tiempo habéis vivido, esperaba que actuaras con mayor cordura y con mayor

⁸⁰ **Bien en su seso:** En su sano juicio.

entendimiento; pero veo que no sólo os falta sensatez, sino que os falta también vista, pues veis yeguas en lo que son vacas.

Y comenzóle a explicar que por el color, por las formas, como por otras cosas muchas, que aquellos animales eran yeguas y no vacas, y que era verdad lo que don Alvar Fáñez decía, pues su tío nunca podría errar. Y tanto le afirmó esto, que tanto el sobrino como todos los demás comenzaron a dudar que ellos erraran, y que don Alvar Fáñez decía verdad, que las que ellos tenían por vacas, eran yeguas. Y poco después, fuéronse don Alvar Fáñez y su sobrino adelante y hallaron una manada de yeguas.

Y don Alvar Fáñez dijo a su sobrino:

— ¡Ahá, sobrino! Estas son vacas, y no las que vos decíais antes, que decía yo que eran yeguas.

Cuando el sobrino esto oyó, dijo a su tío:

— Por Dios, don Alvar Fáñez, si vos verdad decís, el diablo me trajo a mí a esta tierra; pues ciertamente, si éstas son vacas, yo he perdido la cabeza, pues éstas yeguas son y no vacas, se mire como se mire.

Don Alvar Fáñez comenzó a porfiar muy convencido que eran vacas. Duró esta porfía hasta que llegó doña Vascuñana. Y cuando ella llegó y le contaron lo que decía don Alvar Fáñez y decía su sobrino, aunque a ella le parecía que el sobrino llevaba razón, no pudo creer en manera alguna que don Alvar Fáñez pudiese errar, ni que pudiese ser verdad aquello, sino lo que él decía. Y comenzó a dar razones para probar que era verdad lo que decía don Alvar Fáñez, y tantas razones y tan buenas dijo, que su sobrino y todos los demás pensaron que su entendimiento y su vista erraban; mientras que lo que don Alvar Fáñez decía, que era verdad. Y esto acabó así.

Y fuéronse don Alvar Fáñez y su sobrino adelante y anduvieron hasta que llegaron a un río en cuya orilla había unos molinos. Y mientras bebían las bestias, comenzó a decir don Alvar Fáñez que aquel río corría en dirección a la parte donde naciera, y que a aquellos molinos les llegaba el agua de la parte contraria.

Y el sobrino de don Alvar Fáñez le tuvo por loco cuando esto le oyó; pues así como había errado en lo de las vacas y las yeguas, también erraba ahora en pensar que aquel río venía al revés de como decía don Alvar Fáñez. Y porfiaron sobre ello hasta que doña Vascañana llegó.

Y cuando le dijeron esta nueva porfía, aunque le parecía que el sobrino decía verdad, no se fió de su entendimiento y mantuvo que era verdad lo que don Alvar Fáñez decía. Y por tantas maneras supo razonar aquello, que su sobrino y cuantos lo oyeron, creyeron todos que aquella era la verdad. Y desde aquel día hasta ahora quedó como refrán que, si el marido dice que corre el río aguas arriba, la buena esposa así lo debe creer y debe decir que es verdad.

Y cuando el sobrino de don Alvar Fáñez vio que con los argumentos que doña Vascañana decía se probaba que era verdad lo que decía don Alvar Fáñez, y que erraba él en no conocer las cosas así como eran, túvose por un pobre desgraciado, creyendo que había perdido el juicio.

Y de que anduvieron así un gran tramo del camino, y don Alvar Fáñez vio que su sobrino iba muy triste y preocupado, díjole así:

-Sobrino, ahora os he dado la respuesta a lo que el otro día me dijiste sobre que tenía la gente por gran tacha mía mi constante entrega a doña Vascañana, mi mujer; bien creed que todo esto que ha ocurrido hoy, todo lo provoqué para que entendieseis quién es ella, y que lo que yo por ella hago, lo hago con razón; bien creed que entendía yo que las primeras vacas que encontramos, y que decía yo que eran yeguas, que vacas eran, así como vos decíais. Y cuando doña Vascañana llegó y os oyó que yo decía que eran yeguas, bien cierto estoy que entendía que vos decíais verdad; pero, tanto confió ella en mi juicio, que piensa que por nada del mundo no podría yo errar, pensó que vos y ella errabais en no lo reconocer como era. Y dijo tantas razones y tan buenas, que hizo entender a vos y a cuantos allí estaban que lo que yo decía era verdad; y eso mismo hizo después en lo de las yeguas y del río. Y os digo de verdad que desde el día que con migo casó, nunca un día le vi hacer ni decir cosa que me desagradase, ni le vi enojarse nunca de ninguna cosa que yo hiciese. Y

siempre considera que cualquier cosa que yo haga, es lo mejor; y lo que ella ha de hacer por su propia iniciativa o yo le recomiendo que haga, sábelo muy bien hacer, y siempre lo hace buscando mi provecho y salvaguardando mi honor, y dando a entender a las gentes que yo soy el señor, y que mi voluntad y mi honra ha de cumplirse en todo. Y no quiere para sí más beneficio ni fama que el que todos sepan que actúa en mi provecho, buscando siempre mi mayor satisfacción. Creo que si un moro del otro lado del mar esto hiciese, que debía amarle y apreciarle mucho y estimar sus consejos; cuánto más siendo su marido y teniéndome como me tengo por muy bien casado. Y ahora, sobrino, os he dado repuesta a la tacha que el otro día me dijiste que tenía.

Cuando el sobrino de don Alvar Fáñez esto oyó mucho le satisfizo y entendió que, pues doña Vascuñana era como era, hacía muy bien don Alvar Fáñez de amarla y confiar en ella y hacer por ella cuanto hacía y aun mucho más, si más hiciese.

Y así fueron muy contrarias la mujer del emperador y la mujer de don Alvar Fáñez.

Y, señor conde Lucanor, si vuestros hermanos son tan diferentes, que el uno hace todo cuanto su mujer quiere y el otro todo lo contrario, esto es porque sus mujeres se comportan con ellos como la emperatriz y doña Vascuñana. Y si ellas son así, no debéis extrañaros ni culpar a vuestros hermanos; mas si ellas no son tan buenas ni tan malvadas como estas dos de que os he hablado, sin duda vuestros hermanos cargar deberían con gran parte de la culpa; pues, aunque ese hermano vuestro que ama mucho a su mujer, hace bien en quererla, debemos pensar que su estima ha de que limitarse a sus justos términos y no más. Porque si el hombre, por tener gran amor a su mujer, quiere estar con ella tanto por que deje de ir a los lugares y a los negocios en que puede hacer progresar su hacienda y su honor, comete muy gran error. Y también, si por complacerla y satisfacerla, el marido no cumple lo que pertenece a su clase o a su honra, está igualmente muy equivocado. Pero, exceptuadas estas cosas, cuanta honra, estima y confianza demuestre el marido a su mujer, le están permitidas y así deberá tratar el esposo a la esposa. También, en asuntos de poca monta, debe evitarle contratiempos y enojos a su mujer y, por encima de todo, no debe inducirla al pecado, pues de él

nacen muchos daños: lo uno, por la propia maldad del pecado; y lo otro, porque, para apaciguarla y complacerla, el marido habrá de hacer cosas perjudiciales para su fama y hacienda. Además, quien para su desgracia tuviera una esposa rebelde e incorregible como la del emperador, si no sabe o no puede poner remedio al principio, no le queda más que sufrir y soportar su desgracia hasta que Dios quiera. Sabed, señor conde, que para evitar lo uno y lograr lo otro, desde el primer día que el hombre casa debe dar a entender a su mujer que él es el señor y cómo habrá de comportarse en el matrimonio.

Y vos, señor conde Lucanor, con estas enseñanzas bien podéis aconsejar a vuestros hermanos en qué manera vivan con sus mujeres.

Y al conde agradaron mucho estas cosas que Patronio le dijo y túvolas por muy verdaderas y juiciosas.

Y entendiendo don Juan que estos ejemplos eran muy buenos, hízolos escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

En el comienzo debe el hombre mostrar
a su mujer cómo se debe comportar.

Ejemplo XXVIII.

De lo que aconteció a don Lorenzo Suárez Gallinato.

El conde Lucanor hablaba un día con Patronio, su consejero, de este modo:

— Patronio, un hombre vino a mí buscando mi protección; yo sé que se trata de un hombre cabal, pero algunos dícneme que ha hecho algunas cosas desaguisadas⁸¹; y por el buen entendimiento que vos tenéis, ruégooos que me aconsejéis lo que os parece en este caso.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, para que os hagáis idea sobre lo que yo pienso que en este asunto más os conviene, placeríame que supieseis lo que aconteció a don Lorenzo Suárez Gallinato.

El conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, don Lorenzo Suárez vivía con el rey moro de Granada, y cuando después se puso al servicio del rey cristiano don Fernando, preguntóle el rey un día que pues él tanto desprecio había hecho a Dios favoreciendo a los moros contra los cristianos, que si pensaba que le habría Dios merced de salvar su alma; y él djíjole que nunca había hecho nada por lo que Dios le pudiera condenar, salvo por haber matado una vez a un clérigo misacantano⁸².

Al rey le pareció chocante aquella respuesta y preguntóle cómo había sido aquello. Y él le explicó que cuando con el rey de Granada vivía perteneció a su guardia personal, pues el rey en él tenía mucha confianza; y yendo un día con el rey, oyó ruido de hombres que daban voces; temiendo que la seguridad del rey estuviera en peligro, dio espuelas al caballo en dirección hacia donde procedía aquel ruido, y halló allí un clérigo que estaba revestido⁸³.

⁸¹ **Desaguisadas:** Contrarias a la ley o al buen juicio.

⁸² **Clérigo misacantano:** Sacerdote que dice o canta la primera misa.

⁸³ **Revestido:** Aquí, vestido con los ornamentos apropiados para decir misa.

Debéis saber que este clérigo cristiano había renegado de su fe y se había convertido al islamismo. Y aquel día, por complacer a los moros, díjoles que si querían él les daría al Dios en quien los cristianos creían y al que tenían por Dios único y verdadero. Y los moros le rogaron que se lo diese. Y entonces, el clérigo traidor hizo unas vestimentas, hizo un altar y dijo una misa y consagró una hostia; y una vez consagrada, diola a los moros, y los moros andábanla arrastrando por el lodo y haciéndole muchos escarnios.

Y cuando don Lorenzo Suárez esto vio, como él vivía con los moros pero mantenía su fe cristiana, recordando sus creencias y creyendo sin duda que aquel era verdaderamente el cuerpo de Dios, Cristo que murió por redimir nuestros pecados, pensó que sería él muy afortunado si muriese por vengar aquella ofensa y por evitar tan dolorosa deshonra que aquella gente hacían a la sagrada hostia. Y muy apesadumbrado por los que sus ojos veían, enfiló hacia el traidor clérigo renegado⁸⁴ que aquella traición hacía, y cortóle la cabeza. Y descendió del caballo, hincó los hinojos⁸⁵ en el suelo y adoró el cuerpo de Dios. Y la hostia, que estaba de él bastante alejada, saltó del lodo donde estaba hasta la falda de don Lorenzo Suárez.

Y cuando los moros esto vieron, montaron en cólera y metieron mano a las espadas y a palos y piedras, y vinieron contra don Lorenzo Suárez a matarlo; y él metió mano a la espada con la que descabezó al mal clérigo, y comenózose a defender. Y cuando el rey moro oyó este ruido y vio que querían matar a don Lorenzo Suárez, mandó que no le hiciesen ningún mal, y preguntó qué fuera aquello. Y los moros, muy furiosos y alterados, explicáronle lo sucedido.

Y el rey montó en cólera y preguntó muy airadamente a don Lorenzo Suárez por qué hiciera aquello. Y don Lorenzo Suárez le dijo que bien sabía que él no era de su religión; y aunque el rey esto sabía, confiaba en él y con lealtad era correspondido, y que estaba dispuesto a perder su vida por asegurar la suya, como guardia personal suyo que era; y pues si él tan leal era con su rey, que era moro, igualmente debía ser leal cristiano y proteger el cuerpo de Dios, que es rey de los

⁸⁴ **Renegado:** Quien por propia voluntad ha abandonado su religión o sus creencias.

⁸⁵ **Hinojos:** Rodillas. (Hincó los hinojos: se arrodilló.).

reyes y señor de los señores, y que si por esto le mandase matar, dispuesto estaba a morir aquel mismo día muy honrado por ello.

Y cuando el rey moro esto oyó, agradóle mucho lo que don Lorenzo Suárez hiciera y aprecióle e hizo por él mucho bien desde entonces.

Y vos, señor conde Lucanor, si sabéis que aquel hombre que pretende vuestra protección es un hombre cabal y podéis confiar en él, no estaría bien que por aquellas cosas desaguisadas que os dicen que hizo, le apartéis de vuestra compañía; pues puede que, como ocurrió al rey moro con don Lorenzo Suárez, cuando hiciera desaguisado matando a aquel clérigo, aquello que la gente piensa que fue sin razón no lo fue realmente. Mas si vos supieseis que lo que él hizo fue verdadero desaguisado, haríais bien de no quererlo en vuestra compañía.

Y al conde gustó mucho lo que Patronio le dijo; hízolo así y le fue bien.

Y entendiendo don Juan que este ejemplo era muy bueno, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Muchas cosas parecen sin razón,
y en verdad muy buenas son.

Ejemplo XXIX.

De lo que aconteció a un raposo que se hizo el muerto.

Otra vez hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, y díjole así:

— Patronio, un pariente mío vive en una tierra donde no tiene poder suficiente como para impedir las ofensas y escatimas⁸⁶ que le hacen, y a los verdaderamente poderosos en aquellas tierras mucho les complacería que hiciese él alguna cosa que les sirviese de excusa para ir contra él. Y aquel pariente mío piensa que le es muy grave cosa tener que soportar las terrorías⁸⁷ que le hacen, y está dispuesto a arriesgarlo todo antes que aguantar tanto sufrimiento cada día. Y porque yo querría que él acertase en lo mejor, os ruego que me digáis en qué manera lo aconseje.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, para que podáis aconsejarle en esto, me gustaría explicaros lo que aconteció una vez a un raposo que se hizo el muerto.

El conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde –dijo Patronio–, un raposo entró una noche en un corral donde había gallinas; y habiéndose dado un gran festín con las gallinas, cuando acordó marcharse era ya de día y las gentes andaban ya por las calles. Y como vio que no se podía esconder, salió sigilosamente a la calle, y tendióse como si estuviese muerto. Cuando las gentes lo vieron, creyeron que estaba muerto, y nadie reparó en él.

Al cabo de un rato pasó por allí un hombre, y dijo que los pelos de la frente del raposo eran buenos para ponérselos en la frente de los

⁸⁶ **Escatimas:** Agravios, insultos, injurias.

⁸⁷ **Terrorías:** Amenazas terroríficas.

niños pequeños, para evitar que les aojen⁸⁸. Y trasquiló con unas tijeras los cabellos de la frente del raposo.

Después vino otro, y dijo eso mismo de los pelos del lomo; y otro, de los de las ijadas. Y así, hasta que lo trasquilaron completamente. Y a pesar de todo, nunca se movió el raposo, porque entendía que perder el pelo no le acarrearía ningún daño irreparable.

Después vino otro y dijo que la uña del pulgar del raposo era buena para prevenir los panarizos⁸⁹; y sacóselo. Y el raposo no se movió.

Y después vino otro que dijo que el diente del raposo era bueno para el dolor de muelas; y sacóselo. Y el raposo no se movió.

Y después, al cabo de otro rato, vino otro que dijo que el corazón del raposo era bueno para el dolor del corazón, y echó mano a un cuchillo para sacarle el corazón. Y cuando el raposo vio que le querían sacar el corazón, sabiendo que si se lo sacaban el daño sería irreparable y su vida correría peligro, pensó que era mejor aventurarse a perderlo todo antes que perder la vida; y aventuróse a escapar y escapó muy bien.

Y vos, señor conde, aconsejad a vuestro pariente que si Dios le puso en tierra donde no puede evitar los agravios que le hacen, que si aquellos no son tan graves que no los pueda soportar sin por ello sufrir demasiado, que cuando así le ofendan les dé a entender que aquello no le preocupa y que tolere pacientemente tales impertinencias, pues de este modo no se sentirá avergonzado; porque si da a entender que se da por ofendido y no pone remedio en ello, será cada vez más injuriado y perderá su honor. Y así, conviene dejar pasar las ofensas leves, si no se pueden evitar de forma contundente; mas si llegare la afrenta a cosa que mucho perjudique, en tal caso conviene aventurarse y defenderse a toda costa, pues más vale morir defendiendo su

⁸⁸ **Aojen:** Echen mal de ojo. (Mal de ojo: superstición según la cual alguien puede lograr que una persona enferme o sufra cualquier otra desgracia, simplemente mirándole con malas intenciones.).

⁸⁹ **Panarizos:** Inflamación de los dedos.

derecho y su honra, que vivir deshonradamente sufriendo humillación de continuo.

El conde tuvo éste por buen consejo.

Y don Juan hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Sufre las cosas mientras puedas,
y defiéndete sólo cuando debas.

Ejemplo XXX.

De lo que aconteció al rey Benavid de Sevilla con la reina Romaiquía, su mujer.

Un día hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, en esta manera:

— Patronio, esto me sucede con un hombre: que muchas veces me ruega y me pide que le ayude y que le dé algo de lo mío; y como quiera que cuando hago aquello que él me ruega, da a entender que me lo agradece, luego que otra vez me pide alguna cosa, si no lo hago así como él quiere, inmediatamente se ensaña y da a entender que no me lo agradece y que ha olvidado todo lo que hice por él. Y por el buen entendimiento que tenéis, os ruego que me aconsejéis en qué manera actúe con este hombre.

— Señor conde Lucanor —dijo Patronio—, me parece que os sucede con este hombre como aconteció al rey Benavid de Sevilla con Romaiquía, su mujer.

El conde preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde —dijo Patronio—, el rey Benavid estaba casado con Romaiquía y amábala más que a nada en el mundo; y ella era muy buena mujer y tenía entre los suyos muy buena fama; pero había algo en lo que no era muy buena: y es que a veces era muy antojadiza.

Y acaeció que un día, estando en Córdoba en el mes de febrero, cayó una nevada; y cuando Romaiquía la vio, comenzó a llorar. Y preguntóle el rey por qué lloraba. Y ella díjole que por que nunca la dejaba estar en tierra donde viese nieve.

Y el rey, por agradarla y hacerle perder el deseo de la viene, ya que Córdoba es tierra caliente y no nieva allí casi nunca, hizo poner almendrales por toda la sierra para que cuando en febrero florecieran los almendrales, pareciera que había nevado.

Otra vez, estando Romaiquía paseando junto al río, vio una mujer descalza pisando lodo para hacer adobes; y cuando Romaiquía

lo vio, comenzó a llorar; y el rey preguntóle por qué lloraba. Y ella díjole que porque nunca podía vivir a su antojo, siquiera haciendo lo que aquella mujer hacía.

Entonces, para complacerla, mandó llenar de agua de rosas un gran lago que hay en Córdoba; luego ordenó que lo vaciaran de tierra y lo llenaran de azúcar, canela, espliego, clavo, almizcle, ámbar y algalia, y de cuantas especias desprenden buenos olores. Por último, mandó arrancar la paja, con la que hacen los adobes, y plantar allí caña de azúcar. Cuando el lago estuvo lleno de estas cosas y el lodo era lo que podéis imaginar, dijo el rey a su esposa que se descalzase y que pisara aquel lodo e hiciese con él cuantos adobes quisiera.

Otro día, porque se le antojó otra cosa, comenzó a llorar Romaiquía. El rey le preguntó por qué lloraba y ella le contestó que cómo no iba a llorar si él nunca hacía nada por darle gusto.

El rey, viendo que ella no apreciaba tanto como había hecho por complacerla y no sabiendo qué más pudiera hacer, le dijo en árabe estas palabras: «Wa la mahar aten?», que significa: «¿Ni siquiera el día de lodo?»; para darle a entender que, si se había olvidado de tantos caprichos en los que él la había complacido, debía recordar siempre el lodo que él había mandado preparar para contentarla.

Y vos, señor conde, si veis que ese hombre olvida y no agradece cuanto por él habéis hecho, simplemente porque no lo hicisteis como él quisiera, os aconsejo que no hagáis nada por él que os perjudique. Y también os aconsejo que, si alguien hiciese por vos algo que os favorezca, pero después no hace todo lo que vos quisierais, no por eso olvidéis el bien que antes os hizo.

El conde tuvo este por buen consejo; hízolo así y le fue muy bien.

Y teniendo don Juan éste por buen ejemplo, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

A quien no reconoce tus buenos hechos,
no dejes por él tus grandes provechos.

Ejemplo XXXI.

De lo que aconteció a los de la iglesia catedral y a los frailes menores en París.

Otro día hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, de esta forma:

— Patronio, un amigo mío y yo queríamos hacer una cosa en provecho y honra de ambos; yo podría hacer aquella cosa por mi cuenta, pero no me atrevo a hacerla hasta que él llegue. Y por el buen entendimiento que Dios os dio, ruégoos que me aconsejéis en esto.

— Señor conde –dijo Patronio–, para que hagáis lo que me parece más oportuno, me agradaría que supieseis lo que aconteció a los clérigos de la catedral y a los frailes menores en París.

El conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde –dijo Patronio–, los de la catedral decían que pues ellos eran cabeza de la iglesia, que ellos debían tañer las campanas antes que nadie en la ciudad. Los frailes decían que ellos debían estudiar y para que no perdiesen tiempo en su estudio, no tenían por qué esperar a nadie, y debía ellos ser los primeros en tañer.

Y sobre esto hubo muy grande contienda, y mucho gastaron en abogados en aquel pleito ambas partes.

A cabo de mucho tiempo, un Papa que vino encomendó este asunto a un cardenal y mandóle que lo resolviese. El cardenal hizo traer ante sí el proceso, y era tan grande que espantaba solamente a la vista. Y cuando el cardenal tuvo todos los escritos ante sí, púsoles plazo para que viniesen otro día a oír sentencia.

Y cuando fueron ante él, hizo quemar todos los escritos y díjoles así:

— Amigos, este pleito ha durado mucho, y gran costa y gran daño ha tenido para todos. Yo no quiero que siga el pleito, y os doy por sentencia que el que antes despertare, antes taña las campanas.

Y vos, señor conde, si el asunto es provechoso para ambos y por vos mismo lo podéis resolver, yo os aconsejo que lo hagáis sin más tardanza; pues muchas veces se pierden las cosas que bien se podrían culminar por darles largas y después, cuando se quieren resolver, no siempre se pueden acabar favorablemente.

El conde se tuvo de este modo por bien aconsejado e hízolo así, y le fue muy bien.

Y entendiendo don Juan que este ejemplo era bueno, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Si muy gran provecho te pudieres hacer,
no dejes que aquello se pueda perder.

Ejemplo XXXII.

De lo que aconteció a un rey con tres hombres burladores.

Hablaba otra vez el conde Lucanor con Patronio, su consejero, y decíale:

— Patronio, un hombre vino a mí y me propuso algo que me dio a entender que sería de gran utilidad para mí; pero me pidió que nadie, por muy de mi confianza que fuere, se enterase del asunto. Me recomendó guardar secreto, pues dijo que si a alguien se lo dijera pondríase en peligro toda mi hacienda y aun mi vida. Y pues yo sé que nadie os podría decir cosa alguna sobre la que vos no entendáis, ya sea con buena o con mala intención, os ruego que me digáis vuestra opinión en este asunto.

— Señor conde Lucanor —dijo Patronio—, para que vos entendáis lo que más os conviene hacer en esto, me gustaría que supieseis lo que aconteció a un rey con tres pícaros que vinieron a él.

El conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde —dijo Patronio—, tres pícaros vinieron a un rey y dijéronle que eran muy buenos maestros de hacer paños, y especialmente que hacían un paño excepcional, que sólo podía verlo aquel que fuese hijo de quien decía ser su padre; mas el que no fuese hijo de quien decía ser su padre, no podría ver aquel paño.

Al rey gustó mucho aquello, pues pensó que por aquel paño podría saber cuáles hombres de su reino eran hijos de aquellos que debían ser sus padres y cuáles no. Y de inmediato mandóles dar un palacio en donde hiciesen aquel paño.

Y ellos dijéronle que para que viese que no le querían engañar, que les mandase cerrar en aquel palacio hasta que el paño fuese hecho. Aquello gustó mucho al rey. Y después que hubieron tomado para hacer el paño mucho oro y plata y seda y otras cosas que el rey les proporcionó para que hiciesen el paño, entraron en aquel palacio, y encerráronlos allí.

Y ellos pusieron sus telares y daban a entender que todo el día estaban ocupados tejiendo el paño. Y al cabo de algunos días, ordenó uno de ellos decir al rey que el paño ya se había comenzado y que era la más hermosa cosa del mundo. Y díjole con qué técnicas y de qué forma lo habían iniciado, y que si le parecía bien, que lo fuese a ver, pero que no entrase nadie con él. Aquello gustó mucho al rey.

Y el rey queriendo probar aquello antes en otra persona, envió un sirviente que lo viese.

Y una vez que el sirviente del rey vio a los maestros y escuchó lo que decían sobre su labor, no se atrevió a decir que no veía paño alguno. Cuando regresó ante el rey, dijo que había visto el paño. Y después envió otro, y díjole eso mismo. Y cuando todos los que el rey envió le dijeron que habían visto el paño, fue el rey a verlo.

Y cuando entró en el palacio quedó muy sorprendido, al ver que aquellos que se decían maestros tejedores no tejían, y sin embargo no paraban de hacer comentarios sobre la manera en que estaban trabajando y sobre las características de aquel supuesto paño. Y él, viendo que no lo veía y sabiendo que lo habían visto los otros, se disgustó muy fieramente. Enseguida pensó que aquello le ocurría porque no era verdadero hijo del rey que él tenía por su padre, y por eso no podía ver el paño. Y temió que si dijese que no veía el paño, perdería el reino. Y así, comenzó a ensalzar mucho el paño y elogió mucho la manera como decían aquellos maestros que estaban fabricando el paño.

Y cuando regresó a su casa, comenzó a decir maravillas de cuánto bueno y cuánto maravilloso era aquel paño, y decía las figuras y las cosas que había en el paño. Al cabo de dos o de tres días, mandó a su alguacil que fuese ver aquel paño. Y el rey mandóle anotar las maravillas y extrañezas que viera en aquel paño. El alguacil fue allá.

Y cuando entró y vio a los maestros que tejían y decían las figuras y las cosas que había en el paño y oyó al rey cómo lo había visto, y que él no lo veía, lo achacó a que él no era verdadero hijo de aquel padre que él cuidaba, y que por eso no lo veía, y pensó que si

aquello trascendía, que perdería toda su honra. Y por ende⁹⁰ comenzó a elogiar el paño tanto como el rey o más.

Y volvió a presencia del rey y le dijo que había visto el paño y que era la más noble y la más apuesta cosa del mundo, sintióse el rey más desdichado aún, pensando que, pues el alguacil había visto el paño y él no, que ya no había duda que él no era verdadero hijo del anciano rey que él cuidaba. Y por ende, comenzó más a ensalzar el paño y a reafirmar más y más su bondades y la maestría de los maestros que tal cosa sabían hacer.

Y otro día, envió el rey otro criado suyo y acontecióle como al rey y a los otros. ¿Qué vos diré más? De esta forma y por estos recelos, fueron engañados el rey y todos sus súbditos, pues ninguno se atrevía a decir que no veía el paño.

Y así siguió este asunto, hasta que vino una gran fiesta y dijeron todos al rey que vistiese aquellos paños para la fiesta.

Y los maestros trajéronlos envueltos en muy buenas sábanas, y dieron a entender que desenvolvían el paño y preguntaron al rey qué piezas quería que le cortasen de aquel paño. Y el rey dijo cuáles vestiduras quería. Y ellos daban a entender que cortaban y que medían los patrones que habían de tener las vestiduras, para después coser las piezas y confeccionar el traje.

Cuando llegó el día de la fiesta, vinieron los maestros al rey, con sus vestidos ya acabados, e hiciéronle entender que le vestían y que alisaban los pliegues de la tela. Y así lo hicieron hasta que el rey consideró que ya estaba vestido, pues él no se atrevía a decir que no veía el paño por ninguna parte.

Y una vez que fue vestido tan bien como habéis oído, cabalgó para pasear por la villa. ¡Menos mal que era verano!

Las gentes lo vieron así venir; sabían que el que no veía aquel paño, era porque no era hijo de aquel padre que por tal tenía; viendo que todos decían verlo, nadie osaba decir que no lo veía, por temor a quedar muy en deshonra ante los demás. Y así se mantuvo aquel

⁹⁰ **Por ende:** Por tanto, por consiguiente.

engaño, pues ninguno se atrevió a descubrirlo, hasta que un negro que cuidaba el caballo del rey y que nada tenía que pudiese perder, llegó al rey y díjole:

— Señor, a mí no me importa que me tengáis por hijo de aquel padre que dice ser mi padre, ni de otro cualquiera, y por ende os digo que o yo soy ciego, o vos desnudo vais.

El rey le comenzó a insultar diciendo que como no era hijo de aquel que tenía por su padre, por eso no veía sus vestidos.

En el momento en que el negro esto dijo, otro que lo oyó dijo eso mismo, y así lo fueron diciendo unos y otros hasta que el rey y todos los demás perdieron el miedo de conocer la verdad y comprendieron el engaño que los pícaros habían hecho. Y cuando los fueron a buscar, no los hallaron, pues ya se habían marchado, llevándose consigo cuanto el rey les había dado para fabricar el engaño que habéis oído.

Y vos, señor conde Lucanor, pues aquel hombre os dice que ninguno de vuestra confianza debe saber nada de lo que él os propone, estad seguro y tened por cierto que os pretende engañar, pues bien debéis entender que no tiene él razones para querer más vuestro provecho, pues apenas os conoce; no ocurre así con todos los que con vos conviven, que mucho os deben pues mucho han recibido de vos y por ello deben querer vuestro beneficio y permanecer a vuestro servicio.

El conde tuvo éste por buen consejo; hízolo así y le fue muy bien.

Y viendo don Juan que éste era buen ejemplo, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

A quien te aconseje a tus amigos abandonar,
no le hagas caso, te quiere engañar.

Ejemplo XXXIII.

De lo que aconteció a un halcón sacre que era del infante don Manuel.

Hablaba otra vez el conde Lucanor con Patronio, su consejero, en esta manera:

— Patronio, he tenido muchas veces contienda con muchos hombres; y cada vez que finalizo una, algunos aconséjanme que inicie otra, pero otros aconséjanme que descanse y esté en paz, mientras que otros aconséjanme que comience guerra contra los moros. Y porque sé que ningún otro me podría aconsejar mejor que vos, por ello os ruego que me aconsejéis lo que debo hacer en estas cosas.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, para que vos en esto acertéis en lo mejor, estaría bien que supieseis lo que aconteció a unos muy buenos halcones garceros, y señaladamente lo que aconteció a un halcón sacre que era del infante don Manuel.

El conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde–dijo Patronio–, el infante don Manuel andaba un día a caza cerca de Escalona, y lanzó un halcón sacre⁹¹ a una garza, y estando persiguiendo el halcón a la garza, vino al halcón una águila. El halcón, por miedo al águila, dejó la garza y comenzó a huir; y el águila cuando vio que no podía alcanzar al halcón, fuese. Y una vez que el halcón vio ida el águila, volvió a acosar a la garza hasta que casi la tenía a punto para acabar con ella definitivamente.

Y estando acosando el halcón a la garza regresó de nuevo el águila al halcón, y el halcón comenzó a huir como la otra vez; y el águila fuese, y volvió el halcón a la garza. Y esto fue así tres o cuatro veces; cada vez que el águila se iba, luego el halcón tornaba a la garza; y cada vez que el halcón tornaba a la garza, luego venía el águila para matarle.

⁹¹ **Halcón sacre:** Un tipo de halcón muypreciado para la cetrería.

Cuando el halcón vio que el águila no le quería dejar matar la garza, dejóla, y se decidió a acosar al águila, y vino a ella tantas veces, hiriéndola, hasta que la hizo abandonar aquella tierra. Y desde que la hubo desterrado, tornó a la garza, y andando con ella muy alto, volvió el águila otra vez para matarlo.

Cuando el halcón vio que nada de lo que hacía le valía para espantar al águila, lo sobrevoló muy por encima y lanzóse a ella y dióle tan gran golpe, que le partió un ala. Y al verla caer con el ala quebrantada, tornó el halcón a la garza y matóla. Así actuó porque tenía claro que, una vez resuelto el impedimento que el águila le ponía, debía cumplir con su propósito y rematar la caza que había iniciado.

Y vos, señor conde Lucanor, pues sabéis que vuestra caza y vuestra honra y todo vuestro bien consiste en servir a Dios, y sabéis que, de acuerdo con vuestro estado⁹², en nada podéis servirle tanto como en guerrear contra los moros, para ensalzar así la santa y verdadera fe católica, os aconsejo que una vez que tengáis resueltas vuestras contiendas con vuestros vecinos y gocéis de paz y seguridad, que emprendáis guerra con los moros. Y en esto haréis muchos bienes: lo primero, haréis servicio a Dios; y lo segundo, procuraréis vuestra honra y obrareis de acuerdo con vuestra misión de caballero, y no estaréis comiendo el pan de balde, que es cosa que no es propia de ningún gran señor: pues los señores, cuando estáis ociosos, no apreciáis a vuestros vasallos tanto como debéis, ni hacéis por ellos todo lo que debíais hacer, y os dedicáis a cosas impropias de vuestra noble condición. Y pues a los señores os es bueno y provechoso no estar ociosos y ocuparos en vuestros menesteres, cierto es que de aquellos vuestros menesteres ninguno es tan bueno y tan honrado y tan provechoso para el alma y el cuerpo, como guerrear contra los moros. Recordad a este propósito el ejemplo tercero que os dije en este libro, el del salto que hizo el rey Ricardo de Inglaterra, y cuánto ganó por él. Pensad también que habéis de morir y que en vuestra vida muchas ofensas a Dios habéis hecho, y que Dios es derechurero⁹³ y

⁹² **Estado:** Estamento social (en el caso que nos ocupa, el estado noble).

⁹³ **Derechudero:** Recto, severo, estricto.

justiciero y que no podréis libraros del castigo por los males que habéis hecho. Sabed que, si en la guerra de los moros morís, estando en verdadera penitencia, seréis mártir y muy bienaventurado. logrando el beneficio del perdón de todos vuestros pecados; y aunque por armas no muráis, las buenas obras y la buena intención os salvará.

El conde tuvo éste por buen ejemplo y deseó ferviente hacerlo, y rogó a Dios que se lo procurase como Él sabe que le convenía.

Y entendiendo don Juan que este ejemplo era muy bueno, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Si Dios te procura camino para andar,
no lo desprecies en tu caminar.

Ejemplo XXXIV.

De lo que aconteció a un ciego con otro.

Otra vez hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, de este modo:

— Patronio, un pariente y amigo mío, del cual yo me fío mucho y tengo por cierto que me estima verdaderamente, me aconseja que vaya a un lugar en el que temo que algo malo nos puede ocurrir. Y él dice que me no tenga miedo, que antes perdería él la vida que consentir que a mí me ocurriera ningún daño. Os ruego que me aconsejéis en esto.

— Señor conde Lucanor —dijo Patronio—, antes de daros este consejo, querría que supieseis lo que aconteció a un ciego con otro.

El conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde —dijo Patronio—, un hombre moraba en una villa, y perdió la vista de los ojos y quedó ciego. Y estando así ciego y pobre, vino a él otro ciego que moraba en aquella villa, y díjole que fuesen ambos a otra villa cerca de aquella y que pedirían por Dios y que así tendrían de qué mantenerse.

Y aquel ciego le dijo al otro que él conocía bien el camino de aquella villa, y que había allí muy peligrosos barrancos y muy fuertes pasadas⁹⁴; y que temía mucho que les pasase algún percance en el viaje. Y el otro ciego le dijo que no hubiese miedo, pues él le conduciría y le libraría de cualquier peligro. Y tanto le aseguró y tanto beneficio le dijo que aquel viaje les proporcionaría, que el ciego creyó al otro ciego y fuéronse.

Y cuando llegaron a los sitios arriesgados y peligrosos, cayó el ciego que guiaba al otro y arrastró en su caída a su compañero.

⁹⁴ **Pasadas:** Puertos de montaña.

Y vos, señor conde, si tenéis motivos razonables para temer que correréis riesgos, pues aquel asunto que os hace poner en camino es peligroso, mi consejo es que no corráis riesgos innecesarios, por mucho que vuestro pariente y amigo os asegure que esté dispuesto a morir antes que sufráis vos ningún daño, pues nada os aprovecharía a vos que él muriese y vos sufrieseis daño y murieseis.

El conde tuvo éste por buen consejo; hízolo así y le fue muy bien.

Y entendiendo don Juan que este ejemplo era bueno, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Nunca te metas en peligro,
aunque te ampare un amigo.

Ejemplo XXXV.

De lo que aconteció a un buen mancebo⁹⁵ el día que se casó.

Otra vez hablaba el conde Lucanor con Patronio, y díjole:

—Patronio, un criado mío me dijo que le quieren casar con una mujer muy rica y más distinguida que él; también me dijo que aquel casamiento será muy bueno para él, aunque hay un inconveniente, pues díjome que le dijeron que aquella mujer era la más fuerte y más brava del mundo. Y ahora os ruego que me aconsejéis si le aconsejo que se case con aquella mujer, pues conoce su forma de ser, o si le aconsejo que lo no haga.

— Señor conde —dijo Patronio—, si él es tal como fue un hijo de un hombre bueno que era moro, aconsejadle que case con ella, mas si no fuere tal, no se lo aconsejéis.

El conde le rogó que le dijese cómo fuera aquello.

Patronio le explicó que en una villa había un hombre bueno que tenía un hijo, un mozo excelente, pero no tan rico como para poder cumplir con todo lo que su corazón le daba a entender que debía cumplir. Y por esto siempre se mostraba preocupado, pues le sobraba buena voluntad, pero escaseábale el poder y los medios necesarios para sacar adelante sus planes.

En aquella villa misma, había otro hombre muy más honrado y más rico que el padre de aquel mancebo, y tenía una hija no más. Pero ella era muy distinta, pues cuanto al mozo le sobraba en buenas intenciones y buena voluntad, a ella le escaseaba, por lo que nadie quería casarse con aquella endiablada mujer.

Aquel tan buen mancebo vino un día a su padre y díjole que bien sabía que él no era tan rico como para poderle dar lo necesario para vivir honradamente, y que o se marchaba de aquella tierra, o estaría condenado a la pobreza y a vivir míseramente. Y le insinuó que, si a bien lo tuviese, que le parecía lo mejor, procurar casarse con

⁹⁵ **Mancebo:** Mozo, joven.

alguien que le ayudara a mejorar su vida. Y el padre le dijo que mucho le complacería aquello, si pudiese hallar para él casamiento que le cumpliera⁹⁶.

Entonces le dijo el hijo que si él quisiese, que podría intentar que aquel hombre bueno que tenía aquella hija que se la diese para él. Cuando el padre esto oyó, asombróse mucho y díjole que cómo pensaba en tal cosa: que no había hombre que la conociera, por pobre que fuera, que quisiera casar con ella. El hijo le dijo que le pedía encarecidamente que le concertase aquel casamiento. Y tanto insistió que, a pesar de que el padre no era gustoso, dio su consentimiento.

Fue en busca de aquel hombre bueno, del que era muy buen amigo, y díjole todo lo que con su hijo tenía hablado y rogóle que, pues su hijo se atrevía a casarse con su hija, que se la diese para él. Cuando el hombre bueno esto oyó de aquel su buen amigo, díjole:

— Por Dios, amigo, si yo tal cosa hiciese, sería vuestro peor amigo, pues vos tenéis muy buen hijo, y pienso que os haría muy gran daño si yo consintiese su mal ni su muerte; y bien cierto es que si con mi hija casase, sería su muerte o más le valdría la muerte que la vida. Y no entendáis que os digo esto por no cumplir vuestro deseo, pues si la quisierais, para mí será un placer darla a vuestro hijo, o a quienquiera que me la saque de casa.

Su amigo le respondió que le agradecía mucho cuanto le decía, y que pues su hijo quería aquel casamiento, que tuviera a bien en consentirlo.

El casamiento se hizo, y llevaron a la novia a casa de su marido. Y los moros han por costumbre que preparan la cena a los novios y pónenles la mesa y déjanlos en su casa hasta otro día. Así hicieron aquellos; pero estaban los padres y las madres y parientes del novio y de la novia muy temerosos, pensando que al día siguiente hallarían el novio muerto o muy maltrecho.

⁹⁶ **Casamiento que le cumpliera**: una boda que favoreciera su situación.

Luego que los novios quedaron solos en casa, sentáronse a la mesa, y antes que ella dijera nada, miró el novio a un lado y a otro, y vio un perro y díjole con voz airada:

-¡Perro, danos agua para las manos!

El perro no lo hizo. Y él comenzó a enfurecerse y díjole más airadamente que les diese agua para las manos. Y el perro no lo hizo. Y cuando vio que lo no hacía, levantóse muy fiero de la mesa y echó mano a la espada y se dirigió al perro. Cuando el perro lo vio venir contra sí, comenzó a huir, y él corrió en pos él, saltando ambos por la mesa, y no cesó en la persecución hasta que lo alcanzó. Y cortóle la cabeza y las patas y los brazos, e hízolo todo pedazos, dejando ensangrentada toda la casa, la mesa y los manteles.

Y así, muy enfurecido y todo ensangrentado, volvió a sentarse a la mesa y miró alrededor, y vio un gato y díjole que le diese agua para manos; y porque no lo hizo, díjole:

-¡Cómo, don falso traidor, gato ingrato!, ¿no viste lo que sucedió al perro porque no quiso hacer lo que le mandé yo? Prometo a Dios que si no me obedeces haré contigo lo que hice con el perro.

El gato no lo hizo, porque tampoco es su costumbre de dar agua para las manos, al igual que el perro. Y porque no lo hizo, levantóse y tomólo por las patas y dio con él en la pared e hizo de él más de cien pedazos, mostrando mayor crueldad aún que con el perro.

Y así, muy bravo y furioso, tornóse a la mesa y miró a todas partes. La mujer, que le vio esto hacer, creyó que estaba loco o fuera de sí, y no decía nada.

Y mirando por todas partes vio a su caballo y aunque no tenía más que aquél, díjole muy bravamente que les diese agua para las manos. El caballo no lo hizo; y cuando vio que no lo hizo, díjole:

— ¡Cómo, don caballo!, ¿pensáis que porque no tengo otro caballo, por eso os libraréis si no hacéis lo que yo os mandare? No os fiéis de eso, porque si por vuestra mala ventura no hicieréis lo que yo os ordenare, juro a Dios que acabaré con vos igual que acabé con el

perro y con el gato, y no hay cosa viva en el mundo que quede con vida si no hace lo que yo le mande.

El caballo estuvo quedado⁹⁷. Y como vio que no cumplía su mandado, fue a él y cortóle la cabeza con la mayor brutalidad que podía mostrar, y despedazólo todo.

Cuando la mujer vio que mataba al caballo no habiendo otro y que decía que esto haría a cualquiera que sus órdenes no cumpliera, pensó que esto ya no lo hacía en broma, y tuvo tanto miedo que no sabía si estaba muerta o viva.

Y así, bravo y sañudo y ensangrentado, volvió el novio a la mesa, jurando que si mil caballos y hombres y mujeres hubiese en su casa que desobedeciesen sus órdenes, a todos daría muerte. Y sentóse y miró a un lado y a otro, teniendo la espada ensangrentada sobre sus piernas; y después de mirar a una parte y a otra y no ver cosa viva, volvió los ojos a su mujer muy bravamente y díjole con mucha furia, cogiendo la espada en la mano:

— Levantaos y dadme agua para las manos.

La mujer, que no esperaba otra cosa sino que la despedazaría toda, levantóse muy aprisa y dióle agua para las manos. Y díjole él:

— ¡Ah!, ¡cómo agradezco a Dios que obedecieras lo que os mandé, porque de otra manera, lo mismo os hubiera hecho a vos que a ellos hice!

Después mandóle que le sirviese lo que les habían preparado para cenar; y ella hízolo. Y cuando le decía alguna cosa, tan bravamente se lo decía y con voces tales, que ella ya imaginaba que su cabeza rodaría por el suelo.

Así transcurrió aquella noche; nunca ella habló, y obedeció siempre en todo lo que su marido le mandó. Cuando hubieron dormido un rato, díjole él:

⁹⁷ **Quedo.** Quieto, inmóvil.

— Con tanta furia como gasté en esta noche, no pude bien dormir. Procurad que nadie me despierte y tenedme preparada la comida.

Aquella mañana, muy temprano, los padres y las madres y parientes llegaron a la puerta de la casa de los novios y como no hablaba ninguno, temieron que el novio estaba muerto o herido. Y cuando vieron por entre las puertas a la novia y no al novio, temieronlo más.

Cuando ella los vio a la puerta llegó muy sigilosa y con gran miedo, y comenzóles a decir:

— ¡Locos, traidores!, ¿qué hacéis? ¿Cómo osáis llegar a mi puerta a hablar? ¡Callad, sino todos seremos muertos!

Cuando todos esto oyeron, quedaron asombrados; y una vez que supieron lo ocurrido, apreciaron mucho el mozo porque supo actuar muy cabalmente, haciéndose con el gobierno de su casa y con el respeto de su esposa.

Y de aquel día en adelante, fue su mujer muy bien mandada y tuvieron muy buena vida.

Y pocos días después, su suegro quiso imitar a su yerno. Agarró un gallo y lo mató, y díjole su mujer:

— ¡Tarde es ya para ir donde quieres, esposo mío! ¡De nada os serviría ya que matarais no uno, sino cien caballos! Antes lo hubierais tenido que hacer, pues ya bien nos conocemos.

Y vos, señor conde, si aquel vuestro criado quiere casar con tal mujer, si fuere él tal como el mancebo del ejemplo, aconsejadle que se case cuando le plazca, pues él sabrá cómo gobernar en su casa. Mas si no fuere tal que entienda lo que debe hacer y lo que le conviene, mejor será que siga soltero. Y aun os aconsejo a vos que con cualquiera que hubiereis de tratar, que siempre les deis a entender en qué manera ha de comportarse con vos desde el principio.

El conde hubo éste por buen consejo; hízolo así y le fue muy bien en ello.

Y porque don Juan lo tuvo por buen ejemplo, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Si al comienzo no muestras quien eres,
nunca podrás después cuando quisieres.

Ejemplo XXXVI.

De lo que aconteció a un mercader que fue a comprar sesos⁹⁸.

Un día hablaba el conde Lucanor con Patronio, estando muy sañado⁹⁹ por una cosa que le dijeron, que consideraba que era muy gran deshonra. Díjole que quería tomar tal venganza sobre ello, que siempre sería recordada.

Y como Patronio lo vio tan enfadado, díjole:

— Señor conde, mucho querría que supieseis lo que aconteció a un mercader que fue un día a comprar sesos.

El conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde –dijo Patronio–, en una villa moraba un gran sabio que tenía por oficio y ocupación vender consejos. Y aquel mercader fue un día a visitar al sabio que vendía consejos; díjole que le vendiese uno, y el sabio díjole que de cuál precio lo quería, pues según quisiese el consejo, así debía pagar por él. Y el mercader pidióle un consejo de un maravedí. Y el sabio tomó el maravedí¹⁰⁰, y díjole:

— Amigo, cuando alguno os convide, si no supiereis los manjares que hubiereis de comer, hartaos bien del primero que os sirviere.

El mercader le dijo que no le había dado muy gran consejo. Y el sabio le respondió que él no le pagó por un gran consejo. El mercader le dijo que le diese consejo que valiese una dobla¹⁰¹, y dióselo.

El sabio le dijo que, cuando estuviese muy sañado y quisiese hacer algo airadamente, que no se precipitase ni se dejase llevar por la ira, hasta que averiguase toda la verdad.

⁹⁸ **Sesos:** Consejos.

⁹⁹ **Sañudo:** enojado, enfadado.

¹⁰⁰ **Maravedí:** Aquí, moneda de escaso valor.

¹⁰¹ **Dobla:** Ver nota XXX.

El mercader guardó este consejo en lo más profundo de su corazón y no quiso seguir escuchando al sabio, pues pensó que había de perder cuantas doblas traía si seguía comprando consejos.

Sucedió que el mercader partió por mar a tierras lejanas, y cuando se fue dejó a su mujer en cinta. El mercader anduvo en sus negocios hasta que aquel su hijo había cumplido más de veinte años. Y la madre, como no tenía otro hijo y pensaba que su marido había muerto, consolábase con aquel hijo y amábalo como a hijo, y por el gran amor que tenía a su padre, llamábalo marido. Y comía siempre con ella y dormía con ella, como cuando era pequeñuelo; y así pasaba su vida como muy buena mujer, y con muy gran cuita¹⁰² porque no recibía noticias de su marido.

Y acaeció que el mercader logró vender todas sus mercancías y regresó a casa con una enorme fortuna. Y el día que llegó al puerto de aquella villa donde moraba, no dijo nada a nadie, marchó sigilosamente para su casa y escondióse en un lugar a propósito por ver lo que pasaba.

Al atardecer llegó el hijo de la buena mujer, y la madre preguntóle:

— Di, marido, ¿de dónde vienes?

El mercader, que oyó a su mujer llamar marido a aquel mancebo, pesóle mucho, pues creyó que su mujer estuviera amancebada¹⁰³ con aquel hombre, o a lo mejor que era casada con él. Pensó matarlos enseguida, pero acordándose del consejo que compró por una dobla, no se dejó llevar por la ira hasta saber con detalle qué estaba ocurriendo.

Después llegó la hora de la cena y sentáronse a cenar. Cuando el mercader los vio así estar, volvió a sentir deseos de matarlos, pero no se dejó dominar por la cólera que sentía, recordando aquel consejo que le costó una dobla.

¹⁰² **Cuita:** Aflicción, enfado, desconsuelo.

¹⁰³ **Amancebada:** Que convive con un hombre sin estar casada con él, haciendo vida matrimonial.

Mas cuando vino la noche y los vio echarse en la cama, no pudo soportar más y se dispuso decididamente a matarlos. Y yendo a ello muy sañado, acordándose del consejo que comprara, reconsideró su decisión.

Y antes que matasen la candela, comenzó la madre a decir al hijo, llorando muy fuerte:

— ¡Ay, marido y hijo! Señor, dijéronme que ha acabado de llegar una nave al puerto y decían que venía de aquellas tierras donde marchó vuestro padre. Por amor de Dios, id allá mañana muy temprano, por ver si por ventura quiere Dios que os enteréis de algunas buenas nuevas de él.

Cuando el mercader aquello oyó, acordándose que había dejado en cinta a su mujer, entendió que aquél era su hijo.

Y así, aquel buen hombre púsose muy contento y agradeció mucho a Dios haberle frenado en sus deseos de matarlos, y tuvo por muy bien empleada la dobla que pagó por aquel consejo.

Y vos, señor conde, aunque pensáis que sufrir tal injuria os resulta insoportable, no os precipitéis hasta saber la verdad completa del asunto que tanto os preocupa. Hasta entonces os aconsejo que por saña¹⁰⁴ ni por ira no os precipitéis a hacer nada –pues esto no es cosa que no pueda esperar–, hasta que sepáis toda la verdad; así, no perdéis nada, pero si os precipitáis os podríais después arrepentir.

Al conde gustó mucho este consejo que Patronio le dio; hízolo así y le fue muy bien.

Y entendiendo don Juan que este ejemplo era muy bueno, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Si con ira y saña cosa alguna hacéis,
tened por cierto que os arrepentiréis.

¹⁰⁴ **Saña:** Intención rencorosa y cruel.

Ejemplo XXXVII.

De la repuesta que dio una vez el conde Fernán González a sus vasallos.

Una vez venía el conde de una hueste¹⁰⁵ muy cansado y muy maltrecho y pobre, y antes que pudiese holgar¹⁰⁶ ni descansar, llególe aviso muy apresurado de otro conflicto que se movía de nuevo; y los más de su gente aconsejaronle que descansase algún tiempo y después que hiciera lo que tuviera por conveniente. Y el conde preguntó a Patronio lo que debería hacer en aquellas circunstancias. Y Patronio díjole:

— Señor, para aconsejaros en esto lo mejor, mucho querría que supieseis la repuesta que dio una vez el conde Fernán González a sus vasallos.

El conde preguntó a Patronio cómo fuera aquello.

— Señor conde –dijo Patronio–, cuando el conde Fernán González venció al Rey Almozerre en Facinas, murieron allí muchos de los suyos; y él y todos los demás que salvaron la vida resultaron muy mal heridos; y antes que curasen de sus heridas, supo el conde que el rey de Navarra estaba a punto de invadir sus dominios, por lo que mandó a los suyos que se preparasen para lidiar¹⁰⁷ con los navarros. Y todos los suyos dijéronle que tenían muy cansados los caballos, y aun los cuerpos; y por si fuere poco, que tanto él como todos los suyos estaban aún muy mal heridos; por todo ello le rogaron que esperase hasta que fuesen guaridos¹⁰⁸ él y los suyos.

Cuando el conde vio que todos querían eludir aquel compromiso, más movido por las exigencias del honor que por su maltrecho cuerpo, díjoles:

¹⁰⁵ **Hueste:** Aquí, campaña militar.

¹⁰⁶ **Holgar:** Reposar tras un esfuerzo; estar ocioso.

¹⁰⁷ **Lidiar:** Luchar, batallar, enfrentarse y pelear con armas.

¹⁰⁸ **Guaridos:** Curados, sanados.

— Amigos, por las heridas no lo dejemos, pues estas heridas nuevas que ahora nos causarán, nos harán que olvidemos las que nos dieron en la anterior batalla.

Y cuando los suyos vieron que no se dolía del cuerpo por defender su tierra y su honra, fueron con él; y venció y fue muy bien andante¹⁰⁹.

Y vos, señor conde Lucanor, si queréis cumplir con vuestro deber, como viereis que es vital para defensa de lo vuestro y de los vuestros, y de vuestra honra, que nunca os eche atrás por fatigoso ni por peligroso que os resulte; y actuad de modo que el peligro y la fatiga nueva os haga olvidar los peligros y las fatigas pasadas.

El conde tuvo éste por buen consejo; hízolo así y le fue muy bien.

Y entendiendo don Juan que este ejemplo era bueno, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Esto tened por cierto, pues es verdad probada:
que la honra y el vicio no moran la misma morada.

¹⁰⁹ **Bien andante:** Dichoso, satisfecho, venturoso.

Ejemplo XXXVIII

De lo que aconteció a un hombre que llevaba una cosa muy preciada al cuello y pasaba un río.

Un día dijo el conde a Patronio que deseaba viajar a una villa en la que le habían de dar unos dineros que le vendrían muy bien, pero que temía que si allí se detuviese que le podría venir muy gran peligro. Y le rogó que le aconsejase lo que debía hacer.

— Señor conde —dijo Patronio—, a mi parecer, para que vos hagáis en esto lo que más os conviene, os vendría bien saber lo que aconteció a un hombre que llevaba una carga muy valiosa al hombro y vadeaba un río.

El conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde —dijo Patronio—, un hombre llevaba a costas una gran cantidad de piedras preciosas. Tantas eran que se le hacían muy pesadas de llevar. Y acaeció que hubo de vadear un gran río. Y como él llevaba gran carga, se afondaba¹¹⁰ más que si aquella carga no llevase. Y cuando estaba en medio del río, comenzó a hundirse mucho.

Y un hombre que estaba a la orilla del río comenzóle a dar voces diciéndole que si no tiraba la carga, que sería muerto. Y el mezquino loco no comprendió que si se ahogaba en el río, perdería la vida y la carga que llevaba; y si la tiraba, aunque perdiese la carga, que no perdería la vida. Y por la gran codicia de lo que valían las piedras preciosas que llevaba, no las quiso tirar y murió en el río, y perdió la vida y perdió la carga que llevaba.

Y vos, señor conde Lucanor, aunque los dineros y las ganancias que podríais conseguir en aquella villa os puedan producir mucho beneficio, os aconsejo que si por aquello tenéis que poner en riesgo vuestra vida, que no os pueda la codicia. Pues, el que poco se estima y por codicia arriesga su vida, tened por seguro que no

¹¹⁰ **Afondaba:** hundía.

alcanzará grandes logros en la vida, porque quien mucho aprecia su vida, debe actuar de modo que las gentes mucho le aprecien; y no es el hombre tenido en mucho por tenerse él en mucho, sino que lo es por hacer cosas que mucho aprecien los demás. Y quien así fuere, tened por cierto que apreciará mucho su vida y no la arriesgará por codicia, ni por cosa por la que no haga crecer su honor.

El conde tuvo esto por buen consejo; hízolo así y le fue muy bien.

Y porque a don Juan gustó este ejemplo, hízolo poner en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Quien por codicia de poseer se aventure,
raro será que el bien mucho le dure.

Ejemplo XXXIX.

De lo que aconteció a un hombre con un pardal y con una golondrina.

Otra vez hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, en esta forma:

— Patronio, yo no puedo excusar de ninguna manera enfrentarme con uno de mis dos vecinos. Sucede que mi vecino más cercano no es muy poderoso, y el otro más alejado es muy poderoso. Y ahora os ruego que me aconsejéis lo que me conviene que haga en esto.

— Señor conde –dijo Patronio–, para que sepáis lo que más os interesa en este asunto, estaría bien que supieseis lo que aconteció a un hombre con un pardal y con una golondrina.

El conde le preguntó que cómo fuera aquello.

— Señor conde –dijo Patronio–, un hombre flaco tomaba gran enojo con el ruido de los cantos de las aves y rogó a un amigo que le diese algún remedio, pues no podía dormir por el ruido que hacían los pardales y las golondrinas.

Y aquel su amigo le dijo que él sabía un escanto¹¹¹ con que lo libraría de uno de ellos: o del pardal o de la golondrina.

Y el hombre flaco respondióle que aunque la golondrina da mayores voces, prefería que le diera el remedio para librarse del pardal, pues éste siempre está en casa, mientras que la golondrina va y viene, según la época del año.

Y vos señor conde, como quiera que aquel que vive más lejos es más poderoso, yo os aconsejo que tengáis antes contienda con él, que no con el que vive más cerca, aunque no sea tan poderoso.

El conde tuvo esto por buen consejo; hízolo así y le fue muy bien.

¹¹¹ **Escanto:** Fórmula mágica, encantamiento.

Y porque a don Juan agradó mucho este ejemplo, hízolo poner en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Cuando sin remedio contienda hayas de haber,
ataca al más lejano, aunque tenga más poder.

Ejemplo XL.

De lo que aconteció a un senescal¹¹² de Carcasona.

Hablaba otra vez el conde Lucanor con Patronio, y díjole:

— Patronio, porque yo sé que nadie puede evitar la muerte, querría hacer alguna buena obra de modo que después de mi muerte ayudase a la salvación de mi alma y a que mi recuerdo quedase en la memoria de todos. Y os ruego que me aconsejéis en qué manera lo podría hacer mejor.

— Señor conde –dijo Patronio–, se haga como se haga y se haga con una intención o con otra, siempre el bien hacer es bien; pero para que comprendáis cómo debe hacer quien quiera hacer bien por su alma, me gustaría mucho que supieseis lo que aconteció a un senescal de Carcasona.

El conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde –dijo Patronio–, un senescal de Carcasona enfermó de muy gran enfermedad. Y como entendió que no podía escapar de la muerte, envió por el prior de los frailes predicadores y por el guardián de los frailes menores, y ordenó con ellos hacienda de su alma¹¹³. Y mandó que luego que él fuese muerto, que ellos cumpliesen todo lo que él mandaba.

Y ellos hicieronlo así. Y él había mandado muchas misas y sufragios por su alma, en pago de los cuales había dejado gran parte de los bienes de su herencia. Por ello estaban los frailes contentos y con gran esperanza de que aquel senescal lograría su salvación.

Acaeció que pocos días después, acudió una mujer endemoniada a la villa, y decía muchas cosas asombrosas, porque el diablo, que hablaba en ella, sabía todas las cosas hechas e incluso las dichas.

¹¹² **Senescal:** Noble que tiene asignado el mando de un ejército.

¹¹³ **Ordenó con ellos hacienda de su alma:** Dispuso en su testamento las mandas del alma (misas y otros sufragios y memorias para rogar su eterno descanso y la salvación de su alma).

Cuando los frailes que asistieron al senescal supieron las cosas que aquella mujer decía, decidieron que convenía ir a ver, para preguntarle si sabía alguna cosa del alma del senescal; y así lo hicieron. Y luego que entraron a la casa donde estaba la mujer endemoniada, antes que ellos le preguntasen ninguna cosa, díjoles ella que bien sabía por qué venían, y que supiesen que aquella alma por la que ellos querían preguntar, hacía muy poco que había ingresado en el Infierno.

Cuando los frailes esto oyeron, dijéronle que mentía; pues el senescal había muy bien confesado y había recibido los sacramentos de Santa Iglesia, y pues la fe de los cristianos era verdadera, que no podía ser que fuese verdad lo que ella decía.

Y ella díjoles que sin duda la fe y la ley de los cristianos toda era verdadera, y si él hubiera muerto y hubiera hecho lo que debía de hacer un verdadero cristiano, que habría salvado su alma; mas él no actuó como verdadero ni buen cristiano, pues aunque mucho mandas misas y sufragios había mandado hacer por su alma, no lo hizo como debía ni tuvo buena intención, porque él mandó cumplir aquello después que fuese muerto, y su intención era que si muriese, lo cumpliesen, pero si viviese, que no hiciesen nada de ello. Y mandó cumplir después que muriese, cuando no podía tener ni llevar consigo su hacienda, pues para nada le servía ya. Y además, dejó aquellas misas y sufragios para perpetuar su memoria y para que su fama y su recuerdo permanecieran en este mundo. Y por todo ello, aunque él hizo buena obra, no la hizo bien, pues Dios no galardona¹¹⁴ solamente las buenas obras, sino las que se hacen bien. Y este bien hacer radica en la intención, y porque la intención del senescal no fue buena, pues se hizo cuando no debía ser hecha, por eso no mereció buen galardón.

Y vos, señor conde, pues me pedís consejo, os digo que, a mi entender, el bien que quisiereis hacer, que lo hagáis en vida. Y para que hayáis de ello buen galardón, conviene, lo primero, que deshagáis los tuertos que habéis hecho¹¹⁵, pues de poco valdría robar el carnero y

¹¹⁴ **Galardona:** Premia, recompensa.

¹¹⁵ **Que deshagáis los tuertos que habéis hecho:** Que reparéis los daños que habéis causado.

dar las patas en limosna a los mendigos. Y a vos poco os valdría tener mucho robado y hurtado, y hacer luego en limosnas lo que os es ajeno. Y más, para que la limosna sea buena, conviene que haya en ella estas cinco cosas: la una, que se haga con bienes ganados legítimamente; la otra, que la haga como acto de verdadera penitencia; la otra, que sea en tal cantidad, que quien la dé compruebe que su riqueza disminuye por lo que da, y que sea cosa de la que le cueste desprenderse a quien la da; la otra, que se haga en vida; la otra, que se de limosna simplemente por el amor de Dios y no por vanagloria ni por vanidad. Y, señor, cumpliendo estas cinco cosas, serían todas las limosnas y buenas obras intachables, y se alcanzaría de todas muy gran galardón. Pero vos ni otro ninguno que tan cumplidamente¹¹⁶ no las pudiese hacer, no debe por eso dejar de hacer buenas obras, pensando que por no poder cumplir todos estos cinco requisitos no alcanza provecho alguno haciéndolas, pues ésta sería muy gran equivocación y sería como tentar a Dios; porque cierto es que en cualquier manera que el hombre haga el bien, que siempre es un bien, ya que las buenas obras ayudan al hombre a salir de pecado y a hacer penitencia y a una vida con salud, y a que ser rico y honrado, y a gozar de buena fama entre las gentes, y a lograr todos los bienes temporales. Y así, todo bien que el hombre haga con cualquier intención siempre es bueno, pero sería mucho mejor para la salvación y el provecho de su alma si cumple las cinco cosas dichas.

El conde reconoció que era verdad lo que Patronio le decía y deseó fervientemente hacerlo así, y rogó a Dios que le permitiera poderlo hacer en la manera que Patronio le decía.

Y entendiendo don Juan que este ejemplo era muy bueno, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Haz bien con intención buena en tu vida,
si alcanzar quieres la gloria cumplida.

¹¹⁶ **Cumplidamente:** Correcta y adecuadamente.

Ejemplo XLI.

De lo que aconteció a un moro rey de Córdoba.

Un día hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, en esta forma:

— Patronio, vos sabéis que yo soy muy gran amante de la caza y en ella he hecho muchas cosas nuevas que nunca hizo otro hombre; y he reformado en las pihuelas¹¹⁷ y en los capirotos¹¹⁸ algunas cosas muy provechosas. Y ahora, los que quieren hablar mal de mí y despreciarme, igual que cuando se ensalza al Cid Ruy Díaz o al conde Fernán González por las muchas batallas en que vencieron, o al santo y bienaventurado rey don Fernando por cuantas buenas conquistas hizo, a mí me exaltan diciendo que hice muy grandes hechos porque hice reformas muy importantes en las caperuzas y en las pihuelas. Y porque yo entiendo que en esta alabanza más es insulto que en alabanza, os ruego que me aconsejéis de qué manera deberé actuar para que no me insulten por la buena obra que hice en el arte de la cetrería.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, para que vos sepáis lo que más os convendría hacer en esto, me placería que supieseis lo que aconteció a un moro que fue rey de Córdoba.

Y el conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde –dijo Patronio–, en Córdoba hubo un rey que tenía por nombre Alhaquem. Mantenía bastante bien su reino, pero no se preocupaba de hacer otras cosas honradas ni de gran fama de las que suelen y deben hacer los buenos reyes. pues no tan solamente son los reyes obligados de guardar sus reinos. Los que buenos reyes quieren ser conviene que hagan obras por las que con derecho acrecienten su reino y actúen en su vida de modo que sean muy loados de las gentes, y después de su muerte se recuerden las hazañas y las

¹¹⁷ **Pihuelas:** Correas con las que se sujeta por las patas a los halcones y a otras aves.

¹¹⁸ **Capirotos:** Caperuzas de cuero que se pone para tapar lo ojos a las aves de cetrería.

buenas obras que ellos hubieron hecho. Y este rey no se ocupaba de esto, sino de comer y dormir y estar en su casa ocioso.

Y acaeció que estando un día holgazaneando, tañían ante él un instrumento muy apreciado por los moros, de nombre albogón¹¹⁹. Y el rey entendió que no hacía tan buen son como era menester, y tomó el albogón y añadió en él un forado¹²⁰ en su parte inferior, a continuación de los otros forados de su parte superior, y desde entonces hace el albogón muy mejor sonido que hasta entonces hacía.

Y como quiera que aquello fue un buen adelanto para el albogón, pero no tan importante como para ser atribuido a un rey, las gentes, en tono de escarnio, comenzaron a ensalzar aquel hecho diciendo: «Wa he de ziat Alhaquim», que quiere decir: «Este es el añadimiento el rey Alhaquem.»

Y el dicho fue tan sonado por aquellas tierras, que llegó a oídos del rey, y preguntó por qué decían las gentes aquello. Y aunque se lo quisieran ocultar, tanto insistió que se lo tuvieron que decir.

Y cuando lo oyó, tomó muy gran pesar; pero como era muy buen rey, no quiso hacer mal quienes decían aquello, mas ideó hacer otro añadimiento al que por fuerza las gentes hubiesen de alabar con todo merecimiento.

Entonces, porque la mezquita de Córdoba no estaba acabada, añadió en ella aquel rey toda la obra que aun faltaba y acabóla.

Ésta es la mayor y más espléndida y más noble mezquita que los moros tenían en España, y gracias a Dios, es ahora iglesia y llámanla Santa María de Córdoba, y ofrecióla el santo rey don Ferrando a Santa María cuando ganó Córdoba a los moros.

Y desde que aquel rey hubo acabado la mezquita y hecho aquel tan buen añadimiento, dijo que pues hasta entonces lo loaban burlándose del añadimiento que hiciera en el albogón, que estaba bien

¹¹⁹ **Albogón:** Antiguo instrumento de madera, a modo de flauta, con siete orificios para los dedos.

¹²⁰ **Forado:** Agujero de forma circular.

seguro que de allí adelante lo habían de loar con razón del añadimiento que hiciera en la mezquita de Córdoba.

Y fue después muy loado. Y la alabanza que hasta entonces le hacían como verdadera burla, acabó siendo luego verdadera alabanza, y hoy en día dicen los moros cuando quieren alabar algo bien hecho: «Esto es el añadimiento de Alhaquem».

Y vos, señor conde, si os molestáis o sospecháis que os alaban con intención de burlarse de vos por el añadimiento que hicisteis en los caperuzas y en las pihuelas y en las otras cosas de caza que vos hicisteis, mirad la forma de hacer algunos hechos grandes y buenos y nobles, propios de los grandes hombres. Y por fuerza las gentes tendrán que loar vuestros buenos hechos, así como loan ahora en tono de burla el añadimiento que hicisteis en las cosas de la caza.

El conde tuvo éste por buen consejo; hízolo así y le fue muy bien.

Y entendiendo don Juan que este ejemplo era bueno, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Si algún bien hicieres
que muy grande no fuere,
hazle grande si pudieres,
porque el bien nunca muere.

Ejemplo XLII.

De lo que aconteció al diablo con una mujer beguina¹²¹.

Otra vez hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, en esta guisa:

— Patronio, preguntábamosenos yo y otras muchas gentes que estábamos hablando sobre el modo en que un hombre malo podría actuar, para hacer a las gentes cosa por la que les causase mucho mal. Y los unos decían que por ser hombre revoltoso, y los otros decían que por ser hombre muy peleador, y los otros decían que por ser un malhechor; y los otros decían que la cosa por la que el hombre malo podría hacer más mal a todas las otras gentes era por ser difamador y asacador¹²². Y por el buen entendimiento que vos tenéis, os ruego que me digáis de cuál mal de éstos podría venir más mal a las gentes.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, para que comprendáis esto, mucho querría que supieseis lo que aconteció al diablo con una mujer de estas que se hacen beguinas¹²³.

El conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde –dijo Patronio–, en una villa había un muy buen hombre que estaba casado con una mujer con la que vivía muy buena vida, pues nunca entre ellos había desavenencias.

Y porque el diablo se molesta siempre de las buenas cosas, hubo de esto muy gran pesar, y aunque anduvo muy gran tiempo procurando meter mal entre ellos, nunca lo pudo lograr.

Y un día, viniendo muy triste el diablo de aquel lugar donde vivían aquel hombre y aquella mujer, porque no podía poner allí ningún mal, topó con una beguina. Y una vez que se conocieron, preguntóle que por qué venía triste. Y él díjole que venía triste porque hacía muy gran tiempo que intentaba poner a mal a un hombre y una

¹²¹ **Beguina:** Beata, religiosa. Aquí, falsa devota.

¹²² **Asacador:** Calumniador, cizañero.

¹²³ **Beguina:** Beata, religiosa. Aquí, falsa devota.

mujer casados de aquella villa, pero nunca lo había logrado; y desde que su mayoral¹²⁴ se había enterado de tan rotundo fracaso, le había dicho que si no lo conseguía le retiraría su confianza.

Y ella díjole que le extrañaba que, siendo tan sabio, no pudiera conseguirlo. Y le dijo que si hiciese lo que ella le indicara, le ayudaría a resolver aquella situación.

Y el diablo le dijo que haría cuanto ella quisiese, con tal que le dijera cómo enemistar a aquel hombre y aquella mujer.

Y una vez el diablo y la beguina acordaron aquello, fuese la beguina a la villa donde vivían aquel hombre y aquella mujer. Allí hizo todo lo posible hasta darse a conocer con aquella mujer, e hízole entender que fue criada de su madre, y por la gran estima que le tenía, le dijo que estaría encantada de servirla y que la serviría cuanto pudiese.

Y la buena mujer, fiándose de aquello, tívola en su casa y tanto ella como su marido la confiaron todas sus cosas. Y pasado un gran tiempo, estando un día muy triste, dijo a la mujer:

— Hija, mucho me pesa lo que acabo de oír: que vuestro marido que se paga¹²⁵ más de otra mujer que no de vos. Os recomiendo que le tratéis con mucho mimo y con mucho cariño, para que él no se pague más de otra mujer que de vos, pues por esto os podría venir más mal que de otra cosa ninguna.

Cuando la buena mujer esto oyó, aunque no lo creía, tuvo muy gran pesar y se entristeció mucho. Y cuando la mala beguina la vio tan triste, fuese en busca de su marido. Cuando se encontró con él, díjole que le pesaba mucho lo que estaba haciendo, amando más a otra mujer que a la suya, teniendo como tenía tan buena mujer. Díjole que ya lo sabía su esposa, y que había entristecido mucho cuando se enteró y había dicho que estaba dispuesta a buscar a otro hombre que la amase a ella tanto como él o más. Dicho todo lo cual, la mala beguina le pidió por Dios que no supiera su mujer que había sido ella quien le había informado de aquello, pues si de ello se enterase, la mataría.

¹²⁴ **Mayoral:** Aquí, jefe o encargado directo.

¹²⁵ **Se paga:** Estima, aprecia, prefiere.

Cuando el marido esto oyó, aunque no lo creyó, tuvo muy gran pesar y se entristeció mucho.

Hecho lo cual, la falsa beguina fue después a la mujer y, mostrándole muy gran pesar, díjole:

— Hija, no sé qué desgracia se avecina, pues creo que vuestro marido está con vos muy enfadado. Y para que veáis que es verdad lo que os digo, ahora veréis cómo viene, indignado y triste, muy al contrario de cómo solía venir.

Y habiéndola dejado con aquella preocupación, fuese para su marido y díjole eso mismo. Y cuando el marido llegó a su casa y halló a su mujer triste, y que no le mostraba los cariños que solía, quedaron ambos muy preocupados.

Y cuando el marido marchó, dijo la mala beguina a la buena mujer que si ella quisiese, que buscaría algún encantador que le hiciese alguna cosa para arrancar de su marido aquel mal talante que había contra ella.

Y la mujer, queriendo recuperar la amistad y el cariño de su marido, díjole que le parecía bien y que se lo agradecería mucho.

Y al cabo de algunos días, tornó a ella y díjole que había hallado un encantador que le había dicho que si tuviese unos pocos cabellos de la barba de su marido, de los que están en la garganta, que haría con ellos una maestría¹²⁶ con la que arrancaría del marido todo el rencor que le tenía, y que vivirían en buena armonía y concordia como solían, o por ventura mejor. Y le rogó que cuando viniese su marido, hiciera lo posible para hacerlo dormir en su regazo. Y dióle una navaja con que le cortase los cabellos.

Y la buena mujer, por el gran amor que tenía a su marido, pesándole mucho la discordia que entre ellos había caído y codiciando más que nada del mundo tornar a la concordia que entre ambos solían tener, díjole que le placía y que lo haría así. Y tomó la navaja que la mala beguina trajo para lo hacer.

¹²⁶ **Maestría:** Encantamiento, conjuro.

Y la beguina falsa buscó al marido y díjole que temía mucho por su vida; que debía saber que su mujer le quería matar e irse con un amigo. Y porque entendiese que le decía verdad, díjole que su mujer y aquel su amigo habían acordado que lo matarían en esta manera: que cuando llegase a su casa, que procuraría dormirle la esposa en su regazo, para, una vez dormido, asesinarle con una navaja que tenía.

Y cuando el marido esto oyó, quedó aterrado, y como ya estaba muy preocupado por las falsas palabras que la mala beguina le había dicho días antes, por lo que ahora le dijo mucho más inquieto quedó y se propuso estar muy alerta. Y para comprobar la verdad de todo ello, fuese para su casa.

Y cuando su mujer lo vio, recibiólo mejor que los días anteriores, y díjole que siempre andaba trabajando y que le vendría muy bien reposar y descansar, invitándole luego a echarse con ella, con su cabeza recostada en su regazo.

Cuando el marido esto oyó, tuvo por cierto lo que le dijera la falsa beguina, y para probar lo que su mujer haría, echóse a dormir en su regazo y al rato dio a entender que dormía. Y de que su mujer le creyó bien dormido, sacó la navaja para cortarle los cabellos, según la falsa beguina le había dicho. Cuando el marido vio la navaja en la mano de su esposa tan cerca de su garganta, dando por cierto lo que la falsa beguina le había dicho, arrebatóla la navaja de las manos y matóla con ella.

Y al ruido que hizo cuando la asesinaba, acudieron el padre y los hermanos de la mujer. Y cuando vieron que la mujer había sido asesinada y que nunca hasta aquel día oyeron a su marido ni a nadie ninguna cosa mala de ella, por el gran pesar que hubieron, enfilaron todos al marido y matáronlo.

Y a este ruido acudieron los parientes del marido y mataron a aquellos que mataron a su pariente. Y de tal modo se revolvió el asunto, que se mataron aquel día la mayor parte de cuantos moraban en aquella villa.

Y todo esto vino por las falsas palabras que supo decir aquella falsa beguina. Pero porque Dios nunca quiere que quien mal hace

acabe sin castigo, procuró que fuese sabido que todo aquel mal había venido por aquella falsa beguina, y la ajusticiaron y diéronle muy mala muerte.

Y vos, señor conde Lucanor, si queréis saber cuál es el peor hombre del mundo y de qué mal puede venir más daño a las gentes, sabed que es el que se muestra por buen cristiano y por hombre bueno y leal, pero su intención es falsa y anda asacando falsedades y mentiras por meter mal entre las gentes. Y os aconsejo que siempre os guardéis de los que viereis que se hacen gatos religiosos¹²⁷, que los más de ellos siempre andan con mal y con engaño, y para que los podáis conocer, tomad el consejo del Evangelio que dice: «A fructibus eorum cognoscetis eos», lo que quiere decir: «por sus obras los conoceréis». Porque tened por cierto que no hay hombre en el mundo que por mucho tiempo pueda encubrir las maldades que desea hacer, pues aunque las pueda encubrir algún tiempo, no lo podrá luengamente¹²⁸.

Y el conde pensó que era verdad esto que Patronio le dijo y puso en su corazón de hacerlo así. Y rogó a Dios que le guardase a él y a todos sus amigos de personas tan indeseables.

Y entendiendo don Juan que este ejemplo era muy bueno, hízolo escribir en este libro, e hizo estos versos que dicen así:

Fíjate en las obras, no confíes en las palabras
si evitar quieres engaños y artimañas.

¹²⁷ **Gatos religiosos:** Falsos devotos, hipócritas.

¹²⁸ **Luengamente:** Largamente. Por mucho tiempo. Largamente.

Ejemplo XLIII.

De lo que aconteció al Bien y al Mal, y de lo que aconteció a un hombre con un loco.

El conde Lucanor hablaba con Patronio, su consejero, en esta manera:

— Patronio, tengo dos vecinos. El uno es hombre a quien yo estimo mucho, por muchos y muy buenos motivos, pero muchas veces, no sé por qué, me hace algunas ofensas de que tomo yo muy gran enojo. Y el otro no es hombre con quien haya gran confianza ni gran estima, ni hay entre nos grandes razones por las que le deba mucho apreciar; y éste también háceme a veces algunas cosas bastante inadmisibles. Y por el buen entendimiento que vos tenéis, os ruego que me aconsejéis en qué manera he de portarme con estos dos hombres.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, para que vos podáis en esto obrar como os interesa, placeríame que supieseis lo que aconteció al Bien y al Mal.

El conde le preguntó cómo fuera aquello:

— Señor conde –dijo Patronio–, el Bien y el Mal acordaron vivir en compañía. Y el Mal, que es más acucioso¹²⁹ y siempre anda de un lado para otro y no puede reposar, pues siempre anda tramando engaños y maldades, dijo al Bien que estaría bien que criasen algún ganado con que se pudiesen mantener. Al Bien gustó la idea y acordaron de criar ovejas.

Y luego que las ovejas fueron paridas, dijo el Mal al Bien que escogiese en el esquilmo¹³⁰ la parte que quisiera.

El Bien, como es bueno y mesurado, no quiso escoger, y el Bien dijo al Mal que escogiese él. Y el Mal, porque es malo y

¹²⁹ **Acucioso:** Presuroso, diligente.

¹³⁰ **Esquilmo:** Conjunto de los provechos y ganancias del ganado.

derranchado¹³¹ propuso que tomase el Bien los corderuelos recién nacidos, que él tomaría la leche y la lana de las ovejas. Y el Bien dio a entender que se conformaba con aquella partición.

Y el Mal dijo que estaría bien que criasen puercos; y al Bien le pareció bien. Y cuando parieron, dijo el Mal que pues el Bien tomaba los hijos de las ovejas y él la leche y la lana, que tomase ahora la leche y la lana de las puercas, y que tomaría él los hijos. Y el Bien tomó aquella parte.

Después dijo el Mal que plantasen alguna hortaliza; y pusieron nabos. Y cuando nacieron, dijo el Mal al Bien que no sabía qué tendría el nabo enterrado bajo la tierra, mas, porque el Bien viese lo que tomaba, que tomase las hojas de los nabos que estaban a la vista sobre tierra, y que tomaría él lo que estaba bajo tierra; y el Bien tomó aquella parte.

Después pusieron coles; y cuando nacieron, dijo el Mal que pues el Bien tomara la otra vez de los nabos lo que estaba sobre tierra, que tomase ahora de las coles lo que estaba bajo tierra; y el Bien tomó aquella parte.

Después dijo el Mal al Bien que estaría bien que tuviesen una mujer para que los sirviese. Y al Bien le pareció bien. Y cuando la hubieron, dijo el Mal que tomase el Bien desde la cintura hasta la cabeza, y que él que tomaría desde la cintura hasta los pies; y el Bien tomó aquella parte. Y fue así: que la parte del Bien hacía las tareas de la casa, y la parte del Mal era casada con él y dormía con su marido.

La mujer quedó encinta y dio a luz un hijo. Y cuando nació quiso la madre dar al hijo de mamar; y cuando el Bien esto vio, dijo que no lo hiciese, pues la leche de la su parte era, y que no lo consentiría en ninguna manera. Cuando el Mal vino alegre a ver a su hijo recién nacido, halló que estaba llorando, y preguntó a su madre que por qué lloraba. La madre le dijo que porque no mamaba. Y díjole el Mal que le diese de mamar. Y la mujer le dijo que el Bien no se lo permitía, diciendo que la leche era de su parte.

¹³¹ **Derranchado:** Desordenado, desvergonzado.

Cuando el Mal esto oyó, fue al Bien y dájole, riendo y burlando, que permitiese dar la leche a su hijo. Y el Bien dijo que la leche era de su parte y que no lo haría. Y cuando el Mal esto oyó, comenzóle a insistir. Y una vez que el Bien vio el apuro en que estaba el Mal dájole:

— Amigo, no creas que yo tan ignorante era que no entendía cuáles partes escogisteis vos siempre y cuáles dejasteis para mí. Pero nunca os pedí nada de las vuestras partes, y padecí muy sufridamente con las partes que vos me dabais, y vos nunca os compadecisteis de mí. Pues si ahora Dios ha permitido que tengáis necesidad de algo de lo mío, no os asombréis si no os lo quiero dar, y acordaos de lo que me hicisteis, y sufrid ahora por todo el daño que me habéis hecho.

Cuando el Mal entendió que el Bien decía verdad y que su hijo moriría, afligido y desolado, comenzó a rogar y pedir al Bien que, por amor de Dios, hubiese piedad de aquella criatura, y que no tuviera en cuenta las sus maldades, y que de allí adelante siempre haría cuanto mandase.

Cuando el Bien esto vio, pensó que Dios le hacía mucho bien obligando a comprender al Mal que no podía encontrar ayuda más que en la bondad del Bien, y consideró que de este modo el Mal escarmentaría. Y dijo el Bien al Mal que si quería que consintiese que diese la mujer leche a su hijo, que tomase al niño a costas y que anduviese por la villa pregonando para que lo oyesen todos, y que dijese: «Amigos, sabed que con bien vence el Bien al Mal»; y haciendo esto, que consentiría que le diese la leche. Aquello le pareció bien al Mal, que pensó que la vida de su hijo le había resultado muy barata; y el Bien, por su parte, pensó que aquel escarmiento sería una buena penitencia para el Mal. E hízose así, y supieron todos que siempre el Bien vence con bien al mal.

Y vos, señor conde Lucanor, con vuestros vecinos comportaos así: con el que tanto tenéis que agradecerle, mantened siempre su amistad y hacedle siempre buenas obras, y aunque alguna vez os cause algún perjuicio, no se lo tengáis en cuenta y auxiliarle siempre en sus necesidades, pero siempre dándole a entender que lo hacéis por el cariño que le tenéis, no por obligación; pero con el otro, con quien

no tenéis tanta obligación ni compromiso, no le aguantéis nada y dadle a entender que os vengaréis de cualquier cosa que os haga, pues tened por cierto que los malos amigos más aseguran la amistad por temor y por recelo, que por buena voluntad.

El conde tuvo éste por muy buen consejo; hízolo así y le fue muy bien.

Y porque don Juan tuvo éstos por buenos ejemplos, hízolos escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Pues el Bien al Mal con bien siempre le vence,
consentir nada al hombre malo poco convence.

Ejemplo XLIV.

De lo que aconteció a don Rodrigo el Franco.

Otra vez hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, y dájole:

— Patronio, me ha sucedido hallarme en guerras tan grandes, que mi hacienda en muy gran peligro ha estado; y cuando en mayor necesidad yo estaba, algunos de aquellos que yo crié y a quien hiciera mucho bien, dejáronme, y aun destacaron entre los que más daños me causaron. Y tales cosas hicieron ante mi, que bien os digo que me hicieron tener peor opinión de las gentes que la que había antes que aquellos actuaran contra mí. Y por el buen seso¹³² que Dios os dio, os ruego que me aconsejéis lo que os parece que debo hacer en esto.

— Señor conde –dijo Patronio–, si los que así actuaron contra vos fueran como fueron don Pero Núñez de Fuente Almejir y don Ruy González de Cevallos y don Gutierre Rodríguez de Languiella y supieran lo que les aconteció, no hicieran lo que hicieron.

El conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde –dijo Patronio–, el conde don Rodrigo el Franco fue casado con una dueña¹³³ fija de don García de Azagra, y fue muy buena dama y el conde, su marido, levantó contra ella falso testimonio. Y ella, quejándose de esto, hizo su oración a Dios pidiendo que si ella era culpable, que Dios mostrase su milagro en ella; y si el marido le hubiera levantado falso testimonio, que lo mostrase en él.

Luego que la oración fue acabada, por el milagro de Dios, engafeció¹³⁴ el conde, su marido, y ella lo abandonó. Y después, envió

¹³² **Buen seso:** Sabiduría, entendimiento.

¹³³ **Dueña:** Ver nota x.

¹³⁴ **Engafeció:** Enfermó de la lepra.

el rey de Navarra sus mandaderos¹³⁵ a la dama y casó con ella, y fue reina de Navarra.

El conde, siendo gafo¹³⁶, y viendo que no podía sanar de aquella enfermedad, fuese para la Tierra Santa en romería para morir allá. Y aunque él era muy gran señor y había muchos buenos vasallos, no fueron con él sino estos tres caballeros antes dichos, y moraron allá tanto tiempo que gastaron todo lo que llevaron de su tierra y acabaron en tan gran pobreza, que no habían cosa que dar al conde, su señor, para comer. Tanta necesidad padecían que tuvieron que ponerse a trabajar dos de ellos, mientras el tercero quedaba al cuidado del conde; y de lo que ganaban de su trabajo se sustentaban los cuatro.

Y cada noche bañaban al conde y limpiábanle las llagas de su lepra. Y acaeció que lavándole una noche los pies y las piernas, necesitaron escupir, y escupieron. Cuando el conde vio que todos escupieron, creyendo que todos lo hacían por asco que de él tenían, comenzó a llorar amargamente.

Y para que el conde viese que no tenían asco de su dolencia, tomaron con las manos de aquella agua que estaba llena de podre¹³⁷ y de aquellas postillas¹³⁸ que salían de las llagas de la lepra que el conde tenía, y bebieron de ella muy gran trago. Y pasando con el conde su señor tal vida, permanecieron con él hasta que el conde murió.

Y porque ellos consideraron que no debían volver a Castilla sin su señor, vivo o muerto, no quisieron regresar sin él. Les dijeron que le hiciesen cocer y que llevasen sus huesos, pero ellos dijeron que no consentirían que ninguno pusiese la mano en su señor, ni vivo ni muerto, y no consintieron que le cociesen; mas enterráronle y esperaron el tiempo necesario hasta que fue toda la carne deshecha. Y luego metieron los huesos en una arqueta y trajéronlo a cuestras. Y así iniciaron el regreso, pidiendo limosna durante el viaje, trayendo a su señor a cuestras, y trayendo testimonio escrito de todo lo que les había acontecido. Y viniendo ellos tan pobres, aunque dichosos, llegaron a

¹³⁵ **Mandaderos:** Recaderos, mensajeros.

¹³⁶ **Gafo:** Leproso.

¹³⁷ **Podre:** Pus.

¹³⁸ **Postillas:** Costras.

tierra de Tolosa; y entrando en una villa, toparon con muy gran gentío que llevaban a quemar una dueña muy honrada, acusada por un hermano de su marido. Y decían que si algún caballero no la salvase, que no se libraría del suplicio. Y no hallaban caballero que la salvase.

Habiendo entendido don Pero Núñez el Leal que, por no haber caballero que la auxiliara, aquella dueña ardería en la hoguera, dijo a sus compañeros que si él supiese que la dueña era inocente, que él la salvaría.

Y fuese luego para la dueña y preguntóle la verdad de aquel hecho. Y ella díjole que era inocente de aquello que la acusaban, aunque le hubiera gustado ser verdaderamente culpable de aquello que la acusaban.

Y como don Pero Núñez comprendió que aquella dueña no había hecho aquello de lo que la acusaban, dijo que él la salvaría. Los acusadores intentaron impedir la intercesión de don Pero, diciendo que no era caballero, pero desde que mostró el testimonio que traía, no lo pudieron desechar. Y los parientes de la dueña diéronle caballo y armas, y antes que entrase en el campo¹³⁹, dijo a sus parientes que, con la gracia de Dios, él cumpliría con honor y salvaría a la dueña, mas que no se salvaría él de sufrir algún daño, pues la dueña se había confesado culpable de haber deseado hacer lo que no hizo y por lo que se le acusó y se le pretendía quemar en la hoguera.

Desde que entraron en el campo, ayudó Dios a don Pero Núñez, y venció la lid¹⁴⁰ y salvó a la dueña, pero perdió allí don Pero Núñez un ojo, y así se cumplió cuanto don Pero Núñez había dicho antes que entrase en el campo.

La dueña y los parientes agradecieron tan generosamente a don Pero Núñez su favor, que en adelante hicieron el viaje y llevaron los huesos del conde, su señor, ya sin las penalidades de antes.

Cuando llegaron noticias al rey de Castilla de cómo aquellos venturosos caballeros venían y traían los huesos del conde, su señor, y cómo venían tan felices, mucho se alegró y agradeció mucho a Dios

¹³⁹ **Campo:** Aquí, escenario del combate, lugar designado para desafiarse.

¹⁴⁰ **Lid:** Liza, pelea, combate.

por ser de su reino los hombres que tal hazaña habían hecho. Y envióles recado el rey que siguieran su marcha a pie y así mal vestidos como venían. Y el día que entraron en el reino de Castilla, saliólos a recibir el rey a pie, cinco leguas antes que llegasen a su reino, e hizoles tantas mercedes y dioles tantos privilegios que hoy en día gozan de aquello que el rey les dio los herederos de sus linajes.

Y el rey, y todos cuantos eran con el, por honrar al conde, y principalmente a sus tres caballeros, fueron con los huesos del conde hasta Osma, donde lo enterraron. Y una vez que fue enterrado, fuéronse los caballeros para sus casas.

Y el día que don Ruy González llegó a su casa, estando a la mesa con su mujer, cuando la buena mujer vio la comida ante sí, alzó las manos a Dios, y dijo:

— ¡Señor!, ¡bendito seas tú que me dejaste ver este día, pues tú sabes que después que don Ruy González marchó de esta tierra, que ésta es la primera carne que yo como y el primer vino que yo bebo!

A don Ruy González le disgustó aquello y preguntóle por qué lo había hecho. Y ella díjole que bien sabía él que, cuando partió con el conde, le había dicho que él nunca tomaría sin el conde y que ella viviese como buena esposa, pues así nunca le faltaría pan ni agua en su casa; y pues él esto le había dicho, que ella cumplió su voluntad de principio a fin, razón por la que sólo había comido pan y no había bebido sino agua.

Otrosí¹⁴¹, cuando don Pero Núñez llegó a su casa, una vez quedaron solos él y su mujer y sus parientes, la buena dueña y sus parientes comenzaron a reír, contentos y satisfechos por su regreso. Y creyendo don Pero Núñez que se estaban burlando de él por haber perdido el ojo, echóse un manto por la cabeza y marchóse muy triste en la cama. Y cuando la buena dueña lo vio así tan triste, quedó muy afligida, e insistió hasta que don Pero le explicó la causa de su enfado, y le dijo que era por pensar que se habían burlado de él, por el ojo que perdiera.

¹⁴¹ **Otrosí:** Ver nota X.

Cuando la buena dueña esto oyó, metióse una aguja en su ojo y quebrólo, y dijo a don Pero Núñez que aquello lo hacía para que si alguna vez riese, nunca él creyese que reía por burlarse de él.

Y así premió Dios a todos aquellos buenos caballeros, por el bien que ellos hicieron.

Y pienso que si los que traicionaron su lealtad a vuestro servicio hubieran sido como estos tres caballeros, y supieran la recompensa que por su lealtad lograrían, seguro estoy que nunca os habrían traicionado. Mas vos, señor conde, por seos desleales algunos que nunca lo debían haber sido, no por eso dejéis de hacer bien a vuestros vasallos, pues los que faltan a la lealtad que os deben, más pecan contra sí mismos que contra vos. Y tened en cuenta que si algunos os traicionaron, fueron muchos más los que os sirvieron con lealtad; y más os benefició su leal servicio que vos perjudicó la traición de vuestros desleales. Y no creáis que os han de servir cumplidamente todos a los que mantenéis y hacéis el bien; aún así, sabed que uno solo hará por vos tal servicio que daréis por muy bien empleado cuanto bien hacéis a los otros.

El conde tuvo éste por buen consejo y por verdadero.

Y entendiendo don Juan que este ejemplo era muy bueno, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Aunque algunos te hayan traicionado,
nunca dejes de actuar cual hombre honrado.

Ejemplo XLV

De lo que aconteció con el Diablo al hombre bueno que fue hecho rico y después fue pobre.

Hablaba una vez el conde Lucanor con Patronio, su consejero, y le decía:

— Patronio, un hombre me dice que sabe muchas maneras, tanto agüeros¹⁴² como otras cosas, para conocer de antemano el porvenir y para hacer grandes negocios. Y yo estoy convencido que todo esto debe ser de escaso fiar. Y por la confianza que tengo en vos, os ruego que me aconsejéis en esto.

— Señor conde –dijo Patronio–, para que en esta materia acertéis lo que a vos más interesa, placeríame que supieseis lo que aconteció a un hombre con el Diablo.

El conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde –dijo Patronio–, un hombre muy rico llegó a tanta gran pobreza, que no había cosa de que mantenerse. Y porque no hay en el mundo tan gran desventura como ser muy desdichado quien muy dichoso solía ser, por ello, aquel hombre dichoso y rico que había terminado en la peor indigencia se sentía hundido en la mayor tristeza y desesperación. Y un día que iba andando solo por un monte, muy triste y apenado, encontróse con el Diablo.

Y aunque el Diablo conoce todo lo que pasa y ha pasado, y sabía la gran desgracia que sufría aquel hombre, preguntóle por qué venía tan triste. Y el hombre díjole que para qué se lo iba a decir, si él nada podría hacer para remediar la tristeza que tenía.

Y el Diablo díjole que si él quisiese hacer lo que él le propondría, pondría remedio a todos sus males. Y para que viese que lo podía hacer, que le diría la razón por la que estaba tan triste.

¹⁴² **Agüeros**: fórmulas para adivinar el futuro mediante la interpretación del canto o vuelo de las aves, fenómenos meteorológicos, etc.

Entonces le contó toda su vida y la razón de su tristeza, con todo lujo de detalles. Y díjole que si quisiese hacer lo que él le diría, le sacaría de toda necesidad y lo haría más rico que nunca fuera él ni nadie de su familia; pues él era el Diablo y tenía poder para hacerlo.

Cuando el hombre oyó decir que era el Diablo, le entró mucho miedo, pero por la gran pena y gran necesidad que sufría, dijo al Diablo que si él le ofrecía la manera de volver a ser rico, haría cuanto él quisiese.

Entonces formalizaron el contrato y aquel hombre quedó como vasallo del Diablo. Y al acordar las condiciones del trato, dijo el Diablo al hombre que en adelante podría ir a hurtar cuando quisiese, pues nunca hallaría puerta ni casa, por bien cerrada que estuviese, que él no la abriese enseguida; y si por casualidad en alguna apretura se viese o fuese preso, que lo invocase enseguida diciendo: «Acorredme¹⁴³, don Martín», que de inmediato se presentaría y lo libraría de cualquier peligro en que estuviese.

Y así acordado todo esto entre ellos, partiéronse.

Y el hombre enderezó¹⁴⁴ a casa de un mercader, bien de noche, pues los que mal quieren hacer siempre aborrecen la luz. Y luego que legó a la puerta, el diablo abriósela, y eso mismo hizo a las arcas, de modo que consiguió al momento un gran botín.

Otro día hizo otro hurto muy grande, y después otro, hasta que fue tan rico que no se acordaba de la pobreza que había pasado. Y el infeliz, no dándose por satisfecho con haber dejado la miseria en que vivía, comenzó a hurtar aun más y más, hasta que, por su avaricia, fue preso.

Y cuando lo prendieron llamó a don Martín que lo acorriese; y don Martín llegó muy de prisa y librólo de la prisión. Y como vio que don Martín cumplía con su palabra, comenzó a hurtar de nuevo e hizo muchos hurtos, hasta lograr ser muy rico.

¹⁴³ **Acorredme:** Socorredme, auxiliadme.

¹⁴⁴ **Enderezó:** Se encaminó, se dirigió.

Y en uno de los hurtos fue otra vez preso. Llamó a don Martín, mas don Martín no vino tan presto¹⁴⁵ como él quisiera. Los alcaldes del lugar en donde ocurrió el hurto comenzaron a hacer pesquisas¹⁴⁶. Y estando así el asunto, llegó don Martín; y el hombre díjole:

— ¡Ay, don Martín! ¡Qué susto me has dado! ¿Por qué tanto tardabais?

Y don Martín le dijo que andaba ocupado en otras urgencias, y que por eso había tardado; y sacólo luego de la prisión. El hombre volvió de nuevo a hurtar y después de muchos hurtos fue hecho preso. Y hecha la pesquisa, dictaron sentencia contra él. Y después de la sentencia dada, llegó don Martín y sacólo.

Y él volvió a hurtar porque veía que siempre le acorría don Martín en los apuros. Y otra vez fue preso y llamó a don Martín, pero no vino. Tanto tardó esta vez, que dio tiempo a juzgarle y a condenarle a muerte. Y siendo juzgado, llegó don Martín y librólo de la prisión.

Después volvió a hurtar y volvió a ser preso. Llamó a don Martín, pero no vino hasta que le juzgaron y le condenaron a la horca. Y estando al pie de la horca, llegó don Martín; y el hombre le dijo:

— ¡Ay, don Martín, sabed que esto no era broma, que bien os digo que gran miedo he pasado!

Y don Martín le dijo que le traía quinientos maravedíes en una limosnera¹⁴⁷, para que los diese al alcalde, y que luego sería libre. El alcalde había mandado ya que lo ahorcasen, pero no encontraban una sogá para ahorcarlo. Y cuando buscando estaban la sogá, llamó el hombre al alcalde y dióle la limosnera con los dineros. Cuando el alcalde vio que le daba los quinientos maravedíes, dijo a las gentes que allí estaban:

¹⁴⁵ **Tan presto:** Con tanta rapidez.

¹⁴⁶ **Pesquisas:** Indagaciones, investigaciones para averiguar la verdad de unos hechos.

¹⁴⁷ **Limosnera:** Bolsa con dinero para dar limosnas.

— Amigos, ¡cuándo se ha visto que no haya a mano una sogá para ahorcar a un hombre! Ciertamente este hombre no es culpable y Dios no quiere que muera, y por eso nos falta la sogá; mas tengámoslo en la cárcel hasta mañana, para revisar el caso, pues si el reo es culpable, tiempo habrá para ejecutar la sentencia.

Y esto hacía el alcalde con intención de ponerlo en libertad, por los quinientos maravedíes que le había dado. Y habiendo esto así acordado, apartóse el alcalde y abrió la limosnera, y pensando hallar los quinientos maravedíes, no nos halló; mas halló una sogá en la limosnera. Y cuando esto vio, mandóle ahorcar. Y poniéndolo en la horca, vino don Martín y el hombre le dijo que le acorriese. Pero don Martín le dijo que siempre él acorría a todos sus amigos hasta verlos en aquel lugar.

Y así perdió aquel hombre el cuerpo y el alma, creyendo al Diablo y confiando en él. Y cierto sed que nunca nadie que en él creyó ni de él se fió que no acabase perjudicado.

Y vos, señor conde Lucanor, si el bien queréis hacer tanto a vuestro cuerpo como a vuestra alma, fiaos derechamente en Dios y poned en Él toda vuestra esperanza, y ayudaos a vos mismo cuanto pudiereis, y Dios os ayudará. Y no creáis ni os fiéis de agüeros, ni de cosas tales.

El conde tuvo éste por buen consejo; hízolo así y hallóse muy bien.

Y porque don Juan tuvo este por buen ejemplo, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

El que en Dios no pone su esperanza,
morirá de mala muerte, habrá mala andanza¹⁴⁸.

¹⁴⁸ **Mala andanza:** Infelicidad, desventura.

Ejemplo XLVI.

De lo que aconteció a un filósofo con una enfermedad que había.

Otra vez hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, en esta manera:

— Patronio, vos sabéis que una de las cosas por las que más se debe trabajar es por tener buena fama y por evitar que nadie la pueda desacreditar. Y como sé que en esto, como en todo lo demás, nadie me podría mejor aconsejar que vos, os ruego que me aconsejéis sobre la mejor forma de acrecentar y preservar mi fama.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, mucho me place cuanto decís. Y para que obréis en esto como os conviene, mucho me gustaría que supieseis lo que aconteció a un muy gran filósofo que era muy anciano.

El conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde –dijo Patronio–, un muy gran filósofo tenía una enfermedad: que cuando necesitaba evacuar las cosas sobejanas¹⁴⁹ que resultaban de la vianda¹⁵⁰ que había tomado, no lo podía hacer sino con muy gran dolor y con muy gran esfuerzo, y tardaba muy gran tiempo antes que pudiese descargar.

Y mandábanle los físicos¹⁵¹ que en el momento en que sintiese ganas de evacuar aquellas cosas sobejanas, que lo intentase sin tardanza; porque cuanto aquella materia más tardase en ser expulsada, más se desecaría y más se endurecería, de modo que sería peor para la salud del cuerpo. Y pues esto le mandaron los físicos, hacíalo y le resultaba muy bien.

Y acaeció que un día, yendo por una calle de la villa donde moraba y donde tenía muchos discípulos, sintió repentinamente la

¹⁴⁹ **Sobejanas:** Sobrantes. (Evacuar las cosas sobejanas: defecar, hacer de cuerpo.).

¹⁵⁰ **Vianda:** Comida que se sirve a la mesa.

¹⁵¹ **Físicos:** Médicos.

necesidad de defecar. Y por hacer lo que los físicos le aconsejaban, entró en una calleja para hacer aquello que no podía excusar.

Y casualmente, en aquella calleja donde él entró moraban allí las mujeres que públicamente viven en las villas haciendo daño de sus almas y deshonor de sus cuerpos. Y el filósofo no sabía que tales mujeres moraban en aquel lugar. Cuando por fin salió del apuro en que la necesidad le había puesto, abandonó aquella calleja. Todas las gentes que le vieron salir de aquella calleja pensaron que había visitado aquel lugar por negocio nada usual en sus costumbres. Y fue muy criticado que aquel filósofo tan honrado y tan anciano entrase en aquel lugar que le era tan dañoso para el alma y para el cuerpo y para la fama.

Y estando en su casa, vinieron a él sus discípulos y, con muy gran dolor de sus corazones y con gran pesar, comenzáronle a decir que aquel proceder deshonesto había tirado por los suelos la fama y el honor de su maestro, hasta entonces el más honrado hombre del mundo.

Cuando el filósofo esto oyó, quedó muy asombrado y preguntóles que por qué decían aquello, y qué mal era aquel que él hiciera o cuándo o en qué lugar. Ellos le dijeron que por qué disimulaba de aquel modo, si ya, para su desgracia y la de todos ellos, no había nadie en aquella villa que no supiera lo que había hecho cuando entró en aquella calleja donde aquellas tales mujeres moraban.

Cuando el filósofo esto oyó, se entristeció mucho y díjoles que pasados ocho días les daría repuesta de aquellas habladurías.

Y metióse luego en su estudio, y escribió un librete pequeño y muy bueno y muy provechoso. Y entre muchas cosas buenas que en él se contienen, habla allí sobre la buena ventura y de la mala ventura¹⁵²; y a modo de conversación con sus discípulos, dice así:

— Hijos, en la buena ventura y en la mala ventura sucede de este modo: unas veces es hallada y buscada, y otras veces es hallada y no buscada. La hallada y no buscada es cuando alguien, no haciendo

¹⁵² Buena ventura y mala ventura: Buena y mala suerte.

nada para ello, le viene algún bien: por ejemplo, si alguien va por algún lugar y se encuentra algo valioso sin haber hecho nada para conseguirlo. Y lo mismo cuando, sin haber hecho nada para merecerlo, a alguien le viene algún mal o algún daño. Por ejemplo, si alguien va por la calle y otro hubiera lanzado una piedra a un pájaro y le descalabrara a él en la cabeza. Esta es la mala ventura hallada y no buscada, pues en este caso aquella persona nunca hizo nada por lo cual se mereciera tal pedrada.

Además, en la ventura buena o mala, hallada y no buscada, son necesarias otras dos cosas: la una, evitar en lo posible ser objeto de sospechas que puedan acarrear desgracias o mala fama; la otra, es rogar a Dios que nos proteja y evite que nuestra fama sea injustamente ultrajada. Tal me sucedió a mí el otro día, que entré en una calleja por hacer lo que no podía excusar para la salud del mi cuerpo, que era sin malicia ni motivo de deshonra, y como para mi desdicha moraban allí tales compañías¹⁵³, aunque yo ninguna culpa tenía en nada ni por nada, acabé muy mal difamado.

Y vos, señor conde Lucanor, si queréis acrecentar vuestra buena fama, conviene que hagáis tres cosas. La primera, que hagáis muy buenas obras que agraden a Dios y, si fuere posible, que agraden también a las gentes, salvaguardando vuestra honra y vuestro honor; y que no penséis que por buena fama que tengáis, que no la podréis perder si dejáis de hacer buenas obras e hicieréis las contrarias; pues muchos obraron bien un tiempo y porque después no siguieron en esa costumbre, perdieron el crédito que habían logrado y acabaron al fin con muy mala fama. La otra es que roguéis a Dios que os encarrile para que vuestra buena fama se acreciente y que os guarde de hacer ni de decir cosa por la que la perdáis. La tercera cosa es que por hecho, ni por dicho, ni por apariencia, nunca hagáis nada por lo que las gentes puedan tomar sospecha, para que vuestra fama os sea respetada como es debido. Porque muchas veces se hacen buenas obras, pero por razones poco justificables, las gentes las malinterpretan y a la vista de los demás aunque en sí son buenas obras se tienen por malas.

¹⁵³ **Compañías:** Compañías (aquí se refiere a las prostitutas).

Y debéis saber que en lo tocante a la fama, tanto aprovecha o perjudica lo que las gentes opinan como lo que es verdad en sí.

Y el conde tuvo éste por buen ejemplo y rogó a Dios que le permitiese hacer tan solo aquello que sea para provecho de la salvación de su alma y para salvaguarda de su fama y de su honra y de su estado¹⁵⁴.

Y porque don Juan tuvo éste por muy buen ejemplo, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Haz siempre bien y evita la sospecha,
para que tu fama camine derecha.

¹⁵⁴ **Estado:** Posición social.

Ejemplo XLVII.

De lo que aconteció a un moro con una hermana suya que se espantaba de cualquier cosa que veía.

Un día hablaba el conde Lucanor con Patronio en estos términos:

— Patronio, sabed que yo tengo un hermano que es mayor que yo, y somos hijos de un padre y de una madre, y porque es mayor que yo, debo respetarlo como respeto a mi padre. Y él tiene fama de muy buen cristiano y muy juicioso. Pero quiso Dios que sea yo más rico y más poderoso que él, aunque él no quiere reconocerlo así; y estoy convencido que me envidia. Cuando preciso su ayuda y que haga por mí alguna cosa, dame a entender que no puede porque sería pecado, y de ese modo excusa su ayuda. Y cuando él necesita mi ayuda, dame a entender que debo responder generosamente, pase lo que pase. Y porque a mí todo esto me hace sufrir y me apena mucho, os ruego que me aconsejéis lo que viereis que debo en esto hacer y lo que más me conviene.

— Señor conde –dijo Patronio–, a mí me parece que la manera en que vuestro hermano os trata se parece mucho al de un moro con su hermana.

El conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde –dijo Patronio–, un moro tenía una hermana que era tan regalada¹⁵⁵, que de cualquier cosa que veía o que la hacían, daba a entender que le daba miedo y se atemorizaba por todo. Y tanto era así, que cuando bebía del agua en unas tarrazuelas¹⁵⁶ que suelen usar los moros, que suena el agua cuando beben, cuando aquella mora oía aquel ruidito que hacía el agua en la tarrazuela, daba a entender que tan gran miedo le daba aquel ruidito que se desmayaba.

¹⁵⁵ **Regalada:** Delicada, fina, exquisita, melindrosa.

¹⁵⁶ **Tarrazuelas:** Vasijas pequeñas de barro en forma de tarro.

Y aquel su hermano era muy buen mancebo, mas era muy pobre; y porque la gran pobreza hacer a las personas lo que hacer no quieren, no podía excusar tener que ganarse el sustento de modo muy vergonzante. Y hacía así: que cuando alguien moría, iba de noche al cementerio y robaba al muerto su mortaja¹⁵⁷ y todo lo que enterraban con él; y de esto se mantenía él y su hermana y su familia. Y su hermana lo sabía.

Y acaeció que murió un hombre muy rico, y enterraron con él muy ricos paños y otras cosas que valían mucho. Cuando la hermana esto supo, dijo a su hermano que ella quería acompañarle aquella noche para ayudarlo.

Llegada la noche, fueron el mancebo y su hermana a la fosa del muerto y abrieronla, y cuando intentaron arrebatarle al cadáver los ricos paños que tenía puestos, no pudieron; para poder quitárselos debían romperlos, o bien arrancar la cabeza al muerto, para así poder desprenderle de ellos.

Cuando la hermana vio que si no rebanaban el pescuezo del muerto, tendrían que romper los paños, con lo que perderían mucho valor, agarró con sus manos la cabeza del muerto, muy sin compasión y sin piedad, y descoyuntólo del todo, y sacó los ricos paños que tenía vestidos, y tomaron cuanto tenía, y fuéronse con ello.

Y luego, al día siguiente, cuando se sentaron a comer, al disponerse a beber de la tarrazuela, comenzó a sonar el agua y, como solía, dio a entender la mora que estaba a punto de desmayarse, por el miedo que le daba aquel ruidito que hacía la tarrazuela. Cuando el hermano aquello vio, recordando cómo sin miedo y sin contemplación su hermana había descoyuntado la cabeza del muerto, díjole en algarabía¹⁵⁸:

— Aha ya ohti, tafza min bocu bocu, va liz tafza min fotuh encu.

¹⁵⁷ **Mortaja:** Ropas o sábana con que se viste o envuelve al cadáver para enterrarlo.

¹⁵⁸ **Algarabía:** Lengua árabe.

Y esto quiere decir: «Ahá, hermana, os espanta el ruidito de la tarrazuela que hace boc boc, y no os espantabais del descoyuntamiento del pescuezo.»

Y este proverbio es ahora muy repetido entre los moros.

Y vos, señor conde Lucanor, si vuestro hermano mayor veis que rehúsa ayudaros cuando pedís su ayuda, según tenéis dicho, dando a entender que considera gran pecado lo que vos le pedís, cuando no es así; y, luego, cuando él os pide algo para su servicio, aunque sea gran pecado y os pueda acarrear muy gran daño, os exige que lo hagáis sin excusas, entended que actúa de modo igual al de la mora aquella que se espantaba del ruidito de la tarrazuela y no se espantaba de descoyuntar la cabeza del muerto. Y pues vuestro hermano quiere que hagáis vos por él lo que sería vuestro daño si lo hicierais, haced vos a vuestro hermano lo que él os hace a vos: decidle buenas palabras y mostráros muy cortés; y en lo que no os perjudique, haced por él cuanto podáis, pero en lo que os pueda perjudicar, excusaos siempre muy cortésmente, y en todo caso, por una manera o por otra, evitad lo que os pueda causar daño.

El conde tuvo éste por buen consejo; hízolo así y le fue muy bien.

Y teniendo don Juan este ejemplo por bueno, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Por quien no quiere lo que te conviene hacer,
tú no quieras lo tuyo por él perder.

Ejemplo XLVIII.

De lo que aconteció a un buen hombre con un hijo suyo que decía que tenía muchos amigos.

Otra vez hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, en esta manera:

— Patronio, a mi parecer, tengo muchos amigos que me dan a entender que, aún a riesgo de perder su vida o su hacienda, no dejarían de hacer por mí cuanto me conviniera; que por nada del mundo se apartarían de mí, ni me abandonarían. Y por el buen entendimiento que vos tenéis, os ruego que me digáis en qué manera podré saber si estos amigos míos harían por mí tanto como dicen.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, los buenos amigos son la mejor cosa del mundo, y bien creed que cuando vienen malos tiempos, se encuentran muy pocos, muchos menos de los que se necesitan. Y por otra parte, cuando la necesidad no es mucha, difícil es comprobar quién sería el amigo verdadero en caso de fatalidad. Y para que podáis saber cuál es el amigo verdadero, placeríame que supieseis lo que aconteció a un hombre bueno con un hijo que decía tener muchos amigos.

El conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, un hombre bueno tenía un hijo, y aconsejábale siempre que puñase¹⁵⁹ tener muchos y buenos amigos. El hijo hízolo así, y comenzó a rodearse de muchos hombres con los que compartía cuanto tenía, con tal de tenerlos como amigos. Y todos le decían que eran sus amigos y que harían por él cuanto necesitara, y también que arriesgarían por él sus vidas y cuanto tuvieran cuando fuere menester.

Un día, estando aquel mancebo con su padre, preguntóle si había ganado muchos amigos, según le había aconsejado. Y el hijo díjole que sí, que tenía muchos, y que de todos ellos tenía diez de los

¹⁵⁹ **Puñase:** Procurase con mucho ahínco.

que estaba seguro que ni por miedo a la muerte ni por nada en el mundo le abandonarían, pasara lo que pasara.

Cuando el padre esto oyó, díjole que estaba admirado de cómo en tan poco tiempo había podido hacer tantos y tan cabales amigos, pues él, que era muy anciano ya, en toda su vida no había logrado tener más de un amigo y medio.

El hijo comenzó a porfiar diciendo que era verdad lo que él decía de sus amigos. Cuando el padre vio que tanto porfiaba el hijo, dijo que los probase. Para ello le sugirió esta prueba: que matase un puerco y que lo metiese en un saco, y que se fuese a casa de cada uno de sus amigos, y que les dijese que aquél era un hombre que él había muerto, y que era cierto; y si aquello fuese sabido, que no había forma de salvar la vida él ni los que aquello supiesen; y que les rogase que, pues sus amigos eran, encubriesen aquel crimen y, si fuere menester, que acudiesen en su defensa.

El mancebo hízolo y fue a probar a sus amigos según su padre le mandara. Y cuando llegó a casa de sus amigos y les contó el suceso, todos le dijeron que en cualquier cosa estarían dispuestos a ayudarle, pero no en aquella ocasión, porque podrían ser condenados y perderían sus vidas y todos sus bienes; y todos le dijeron que no se atrevían a ayudarle y que, por amor de Dios, que procurase que nadie supiese que había ido a sus casas. Pero de estos amigos, algunos le dijeron que sólo estarían dispuestos a acudir en su defensa y que irían a rogar por él; y otros le dijeron que cuando le llevasen a la muerte, que no lo desampararían hasta que se hubiese ejecutado en él la justicia, y que lo enterrarían como corresponde a un bien amigo.

Cuando el mancebo hubo probado así a todos sus amigos, no habiendo encontrado ayuda en ninguno de ellos, volvió a encontrarse con su padre y díjole todo lo que le había ocurrido. Cuando el padre así lo vio venir, díjole que bien podía darse cuenta que más saben los que mucho han vivido, que los que tienen todavía mucho por vivir. Entonces le recordó que él no tenía más que un amigo y medio, y le mandó que los fuese a probar.

El mancebo fue a probar al que su padre tenía por medio amigo. Llegó a su casa de noche, llevando el puerco muerto a cuestras. Llamó

a la puerta de aquel medio amigo de su padre y contóle el problema que tenía y cómo todos sus amigos le habían fallado, y rogóle que por la amistad que tenía con su padre, que le protegiera en aquel aprieto.

Cuando el medio amigo de su padre aquello vio díjole que con él no le unía ninguna amistad como para arriesgarse tanto, pero que lo encubriría por la amistad que tenía con su padre. Entonces tomó el saco con el puerco auestas, pensando que era un hombre, y llevólo a su huerta y enterrólo en un surco de coles; y puso luego las coles en el surco tal como antes estaban, y despidió al mancebo deseándole mucha suerte.

Y cuando regresó con su padre, contóle todo lo ocurrido con aquel su medio amigo. El padre le mandó que otro día, cuando estuviesen en concejo¹⁶⁰ tratando sobre cualquier asunto, que comenzase a porfiar con aquel su medio amigo, y, en plena discusión, que le diese una puñada¹⁶¹ en el rostro, la mayor que pudiese.

El mancebo hizo lo que le mandó su padre y cuando se la dio, el hombre bueno díjole:

— Verdaderamente, hijo, has hecho mal; mas dígotte que por éste ni por otro mayor tuerto¹⁶² no descubriré las coles del huerto.

Y cuando el mancebo esto contó a su padre, mandóle que fuese a probar a aquel que era su amigo entero. Y el hijo hízolo.

Y una vez que llegó a casa del amigo de su padre y le contó todo lo que le había sucedido, dijo el hombre bueno, amigo de su padre, que él le encubriría y no correría ningún riesgo.

Sucedió, casualmente, que en aquel tiempo habían matado a un hombre en aquella villa, y no lograban saber quién lo habría matado. Y como algunos vieron que aquel mancebo había ido con aquel saco auestas muchas veces de noche, pensaron que él lo había matado.

¿Para qué alargarse en el relato? El mancebo fue juzgado y condenado a muerte. El amigo de su padre había hecho cuanto pudo

¹⁶⁰ **Estuviesen en concejo:** Estuviesen reunidos en el ayuntamiento.

¹⁶¹ **Puñada:** Bofetada, puñetazo.

¹⁶² **Tuerto:** Agravio, ofensa.

por liberarlo, pero cuando vio que de ninguna manera lo pudiera librar de muerte, dijo a los alcaldes que no quería cargar con la muerte de aquel mancebo, ya que sabía que él no había matado a aquel el hombre, pues había sido su hijo único quien lo había dado muerte. Hizo que su hijo así lo reconociera; el hijo reconociólo y matáronlo. Y de este modo escapó de la muerte el hijo del hombre bueno que era amigo de su padre.

Ahora, señor conde Lucanor, os he contado cómo se prueban los amigos, y tengo por cierto que este ejemplo es bueno para saber en este mundo cuáles son los verdaderos amigos, para probarlos antes de exponernos a un peligro grave confiados en su amistad y saber hasta dónde estarían dispuestos a socorrernos si fuere menester. Porque tened por cierto que algunos son buenos amigos, mas muchos, y quizás los más, son amigos de la fortuna, que, cuando tu fortuna es grande su amistad crece y cuando tu fortuna mengua su amistad desaparece.

Y ahora, señor conde, pensad cuáles de estos amigos son mejores y más verdaderos y a cuáles debíamos considerar por amigos.

Al conde agradaron mucho todas estas razones y las tuvo por muy buenas.

Y entendiendo don Juan que este ejemplo era muy bueno, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Nunca nadie tan buen amigo podría hallar
como Dios, que lo quiso por su sangre salvar.

Ejemplo XLIX.

De lo que aconteció a un hombre que hicieron señor de una gran tierra.

Otra vez hablaba el conde Lucanor con Patronio, y díjole:

— Patronio, muchos me dicen que, pues yo soy tan honrado y tan poderoso, que haga cuanto pueda por aumentar mi riqueza y mi poder y mi honra, pues esto es lo que más me conviene e interesa. Y porque yo sé que siempre me aconsejáis lo mejor y que también lo haréis ahora, os ruego que me aconsejéis lo que viereis que más me interesa en esto.

— Señor conde –dijo Patronio–, este consejo que me demandáis es grave de dar por dos razones: lo primero, porque tendré que deciros cosas que no os gustarán; y lo otro, porque es muy grave tener que aconsejaros algo que parecerá que va contra lo que os favorece y es contrario a vuestros intereses. Y porque en este consejo hay estas dos cosas, me es muy grave de decir, pero, porque todo consejero, si leal es, no debe procurar sino dar el mejor consejo, sin considerar el perjuicio o el daño que le pueda acarrear, ni si le place al señor, ni si le pesa, sino decirle lo mejor que se entendiere, en consecuencia yo no dejaré de deciros en este consejo lo que entiendo que más os interesa y más os conviene. Y por consiguiente, os digo que los que esto os dicen, en parte, os aconsejan bien, pero no es el consejo adecuado ni bueno del todo para vos. Para ser del todo adecuado y bueno, estaría muy bien y placeríame mucho que supieseis lo que acaeció a un hombre que le hicieron señor de una gran tierra.

El conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, en una tierra tenían por costumbre nombrar cada año a un señor¹⁶³. Y mientras aquel año duraba, hacían todas las cosas que él mandaba; y luego que el año

¹⁶³ **Señor:** Dueño del gobierno de una tierra, gobernador y juez.

acababa, quitábanle cuanto tenía y desnudábanle y echábanle en una isla solo, sin nadie que lo acompañara.

Y acaeció que gobernó una vez aquel señorío¹⁶⁴ un hombre que fue de mejor entendimiento y más sagaz que los que lo fueron antes. Y porque sabía que cuando el año pasase le habían de hacer lo que a los otros, antes que se acabase el año de su gobierno, mandó, en gran poridad¹⁶⁵, hacer en la isla donde sabía que lo habían de echar, una morada muy buena y muy espaciosa, en donde puso todas las cosas que necesitaría para el resto de su vida. Y mandó hacer la morada en lugar bien escondido, para que nunca se la pudieran descubrir.

Y dejó algunos amigos en aquella tierra para que, si por casualidad algunas cosas necesitase, se las enviasen ellos para que no le faltase ninguna cosa.

Y cuando el año fue cumplido y le echaron desnudo en la isla, tal y como hicieron a los otros que fueron antes que él, como había sido previsor, fue a morar en su casa escondida, donde pasó sus días muy feliz y dichoso.

Y vos, señor conde Lucanor, si queréis ser bien aconsejado, procurad que el tiempo que tenéis que vivir en este mundo, pues sabéis que le debéis dejar y que os marcharéis desnudo de él y no habéis de llevar del mundo sino las obras que hicieréis, tratad que sean tales y de tal calidad que cuando de este mundo saliereis, tengáis hecha morada en el otro, para que cuando salgáis desnudo de este mundo halléis buen aposento para toda vuestra vida eterna. Y sabed que la vida del alma no se cuenta por años, sino que dura para siempre, sin fin; pues el alma es cosa espiritual y no se puede corromper, y dura para siempre. Y sabed que las obras buenas o malas que el hombre en este mundo hace, todas las tiene Dios guardadas para dar de ellas galardón en el otro mundo, según sus merecimientos. Y por todas estas razones, os aconsejo que hagáis tales obras en este mundo que cuando de él hubiereis de salir, halléis buena posada en aquél donde iréis para siempre. Y no queráis perder aquello que es

¹⁶⁴ **Señorío:** Territorio perteneciente a un señor.

¹⁶⁵ **Poridad:** Secreto.

cierto que ha de durar para siempre sin fin, por ansiar los bienes y los honores de este mundo, que son vanos y fallecederos. Y estas buenas obras hacedlas sin vanagloria, para que aunque vuestras buenas obras sean conocidas por los demás, nunca parezca que las habéis hecho simplemente por orgullo. Además, dejad acá buenos amigos que hagan en provecho de vuestra alma lo que vos no hayáis podido dejar hecho en su beneficio. Y, una vez cumplido todo esto, considero que es bueno y estaría bien que hagáis cuanto podáis por acrecentar vuestros bienes y vuestros señoríos y vuestro honor.

El conde tuvo este por buen ejemplo y por buen consejo, y rogó a Dios que le guisase para que lo pudiese así hacer como Patronio decía.

Y entendiendo don Juan que este ejemplo era bueno, hízolo escribir en este libro, e hizo estos versos que dicen así:

Por este mundo fallecedero,
no pierdas el que es duradero.

Ejemplo L

De lo que aconteció a Saladín con una dueña, mujer de un caballero vasallo suyo.

Hablaba el conde Lucanor un día con Patronio, su consejero, en esta guisa:

— Patronio, tengo por cierto que tenéis mejor entendimiento que ninguno de cuantos sabios habitan ahora esta tierra, y que nadie como vos podría mejor responder a cualquier cosa sobre la que se preguntase. Y por ello os ruego que me digáis qué cualidad es la mejor que una persona puede tener. Y esto os pregunto porque entiendo que las personas necesitan muchas para saber acertar cuando hay que decidir lo que conviene hacer y también para llevarlo a cabo. Y porque las cualidades son tantas, querría saber cuál es la que nunca debo olvidar y siempre debo poner en práctica.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, me halaga mucho vuestra merced cuando decís que tengo muy gran entendimiento; pero mucho me temo, señor conde, que os engañéis. Tened siempre muy presente que nada es más fácil para la gente como equivocarse cuando dan su opinión sobre una persona y sobre las capacidades que tiene. Para conocer y opinar sobre alguien hay que fijarse en sus obras, en las que hace para Dios y en las que hace para el mundo. Muchos parece que hacen buenas obras y no lo son, ya que todo el bien que se granjea es para este mundo, cuyos bienes son perecederos. Otros hacen buenas obras para servicio de Dios, sin preocuparse del mundo; éstos escogen mejor, pues lo que a Dios se dedica nunca se pierde ni se consume y nadie lo roba.

Y para andar por los caminos de Dios y del mundo es menester tener muy grande inteligencia y también acertar en hacer muy buenas obras, lo cual es tan difícil como meter la mano en el fuego y no sentir su calentura; pero, ayudándole Dios, y ayudándose el hombre, todo se puede hacer; y ejemplos nos dieron muchos buenos reyes y otros hombres santos; pues ambos buenos fueron ante Dios y ante el mundo.

Por otro lado, saber quién tiene buen entendimiento es asunto enredado. Muchos dicen muy buenas palabras y grandes ideas, pero no llevan una vida que les satisfaga y les haga dichosos. Otros tienen muy buena vida, pero sin embargo no saben o no quieren o no pueden decir tres palabras a derechas. Otros hablan muy bien y tienen muy buena vida, pero muy malas intenciones; obran en su beneficio, pero perjudican a las demás gentes. De éstos dice la Escritura que son como el loco que tiene la espada en la mano, o como el mal príncipe que tiene gran poder.

Para conocer y escoger a los más capaces, a los que son buenos para Dios y para el mundo, a los que son juiciosos y domina la palabra y tiene también buena intención, os conviene que miréis y juzguéis sólo mirando sus obras, pero no ya las que en un corto tiempo puedan hacer, sino las que han sido capaces de hacer a lo largo de mucho tiempo, para comprobar así si sus vidas han mejorado o empeorado.

Y esto os digo ahora, ya que tanto me halagáis y tanto alabáis mi entendimiento; estoy convencido que cuando todo esto que os he dicho lo meditéis, no me alabaréis tanto. Y a lo que me preguntaste que os dijera cuál era la mejor cualidad que una persona podía tener, para saber sobre esto la respuesta, querría que supieseis lo que aconteció a Saladín con una muy buena dama, mujer de un caballero, su vasallo.

Y el conde le preguntó cómo fuera aquello.

— Señor conde Lucanor —dijo Patronio—, Saladín era sultán de Babilonia. Un día que estaba visitando sus dominios, fue a posar¹⁶⁶ a casa de un caballero. Y cuando vio el caballero a su poderoso señor en casa, hízole cuantos agasajos pudo, y él y su mujer y sus hijos y sus hijas servíanle cuanto podían. Pero el Diablo, que siempre se afana en procurar el mal y el pecado de los hombres, hizo que Saladín se enamorase de la esposa de su anfitrión, olvidando el respeto que debía al dueño de la casa y a su familia.

Y aquel amor fue tan grande, que solicitó el consejo de un mal consejero suyo que con su séquito viajaba, para mirar en qué manera

¹⁶⁶ **Posar:** Hospedarse, aposentarse.

podría alcanzar lo antes posible el favor de aquella noble dama. Y aquel mal consejero aconsejóle que pusiera al marido al frente de un ejército y lo enviase a guerrear a alguna tierra lejana, para que, en cuanto el caballero marchase allá, hiciera él cuanto su voluntad fuera.

Esto pareció muy bien a Saladín, e hízolo así. Y cuando el caballero partió feliz y contento, pensando que el sultán le hacía un gran honor poniéndole como jefe de su hueste, fuese Saladín para su casa. Desde¹⁶⁷ la buena esposa supo que Saladín venía a su casa, recibiólo muy bien e hízole muchos agasajos, tanto ella como toda su familia y sus criados, para agradecer al sultán tanto honor como había hecho a su marido. Sirvieron a Saladín una opulenta comida y cuando la dio por concluida, pasó a una sala a reposar y mandó llamar a la noble dama. Y ella, acudió enseguida. Y Saladín le dijo que la amaba mucho.

Y luego que ella esto oyó, comprendiólo muy bien, pero no se quiso dar por enterada, y djóle al sultán que le diese Dios buena vida y que agradecía mucho aquellas amables palabras, pues mucho estimaba a su gran señor; y añadió que siempre rogaría a Dios por él, como correspondía, pues era su señor y, también, por agradecerle la mucha merced que había hecho a su marido.

Saladín insistió y le dijo que la amaba más que a ninguna otra mujer en el mundo. Y ella volvió a agradecer aquellas palabras, dando a entender que las había tomado como un cortés cumplido.

¿Y para qué alargar más el relato? Saladín aclaró a la dama que estaba enamorado de ella y explicóle con qué intenciones la había ido a ver. Cuando la buena mujer aquello oyó, como era muy buena y muy juiciosa, respondióle así a Saladín:

— Señor, yo soy una modesta mujer, pero bien sé que el amor no está en manos del hombre, antes al contrario, es el hombre quien está en manos del amor. Y bien sé yo que si vos me tenéis tan gran amor como decís, será verdad; pero también sé que cuando los hombres, y particularmente los más nobles, os enamoráis de alguna mujer, dais a entender que haréis cuanto ella quisiere; pero luego, una

¹⁶⁷ **Desde:** Desde que, cuando.

vez empañáis su honor, termina siendo vilipendiada y escarnida¹⁶⁸, y entonces apreciáisla poco y, naturalmente, acaba siendo aborrecida. Y yo, señor, temo que así acaecerá conmigo.

Saladín dijo que no sería así y prometióle que haría cuanto ella quisiera con tal que fuera muy dichosa. Desque Saladín esto le dijo, repondióle la buena mujer que si él le prometiese cumplir lo que ella le pediría, antes de que le deshonrase ni se burlase de ella, que ella le prometía que, luego que se lo hubiese cumplido, haría ella todo lo que él mandase.

Saladín le dijo que temía que le pediría que no le hablase más de aquel asunto. Y ella díjole que no le demandaría eso, ni cosa que él muy bien no pudiese hacer. Y Saladín se lo prometió. La dama le besó la mano y el pie y díjole que lo que de él quería era que le dijese cuál era la mejor cualidad que una persona podía tener, que era madre y cabeza de todas las bondades.

Cuando Saladín esto oyó, comenzó muy concienzudamente a pensar, pero no pudo hallar respuesta. Y como había prometido que no le tocaría ni se aprovecharía de ella hasta que cumpliese lo que le había prometido, díjole que quería reflexionar sobre esto. Y ella díjole que prometía que en cuanto hallara respuesta a su pregunta, ella cumpliría todo lo que él mandase. Y así acabó el asunto por el momento.

Saladín fuese a palacio y preguntó a todos sus sabios por esto. Y unos decían que la mejor cualidad de una persona era tener buen alma¹⁶⁹. Y otros decían que aquello sería bueno para el otro mundo, pero que tener buen alma no aprovechaba mucho en este mundo. Otros decían que lo mejor era la lealtad. Otros decían que, aunque ser leal es muy buena cosa, que se podía ser leal y ser muy cobarde, o muy ingenuo, o muy torpe, o mal acostumbrado, y así, que aun siendo muy leal, podían faltarle muchas otras cualidades. Y de este modo hablaron largo rato, sin acertar en la respuesta que Saladín les pedía.

¹⁶⁸ **Escarnida:** burlada, ofendida, escarnecida.

¹⁶⁹ **Tener buen alma:** Ser persona de buenos sentimientos.

Viendo Saladín que nadie era capaz de aconsejarle cómo resolver aquella pregunta mandó venir consigo a dos juglares, con la idea de marchar con ellos a recorrer mundo. Y muy en secreto cruzó la mar y fue a la corte del Papa. Y preguntó allí por aquella cuestión, pero nunca halló quien le diese respuesta. Después fue a casa del rey de Francia y a todos los reyes, pero nunca halló la respuesta. Y tanto tiempo pasó en sus viajes que acabó arrepintiéndose de la torpeza que había cometido.

Aún así, no ya por el desafío de aquella buena dama, sino porque siendo quien era temía que no sería honroso para él si dejase de indagar en aquella intrigante cuestión que tenía planteada, decidió continuar su búsqueda. Pues, sin duda, el gran noble en gran deshonra cae si no acaba lo que comienza, salvo cuando lo que ha comenzado es malo o es pecado. Por todo ello, Saladín no quería dejar la empresa emprendida y decidió seguir buscando la respuesta a la pregunta que le hizo salir de su tierra.

Y acaeció que un día, andando por su camino con sus juglares, toparon con un escudero que venía de correr monte¹⁷⁰ y había matado un ciervo. Y aquel escudero tenía un padre muy viejo, que fue el mejor caballero que en toda aquella tierra jamás hubiera. Y por la gran vejez, no veía y no podía salir de su casa, pero tenía su mente muy despejada y gozaba de muy buen juicio, a pesar de su vejez. El escudero, que venía de su caza muy alegre, preguntó a aquellos hombres de dónde venían y quiénes eran. Ellos le dijeron que eran juglares.

Alegróse de esto mucho y díjoles que él venía muy contento de su caza y para completar su dicha, que pues eran ellos muy buenos juglares, que fuesen con él esa noche a su casa. Y ellos le dijeron que tenían mucha prisa, pues hacía muy gran tiempo que habían partido de su tierra por saber una cosa y que no pudieron hallar de ella respuesta y que querían regresar, y que por eso no podían ir con él esa noche.

El escudero les insistió tanto, que no tuvieron más remedio que explicarle qué pregunta era aquella cuya respuesta buscaban y no

¹⁷⁰ **Correr monte:** Montería, caza.

habían hallado. Cuando el escudero escuchó la pregunta misteriosa, díjoles que si su padre no les diese la respuesta que buscaban, que nadie en todo el mundo se lo daría, y contóles qué clase de hombre era su padre.

Cuando Saladín, a quien el escudero tenía por juglar, oyó esto, se puso muy contento. Y fuéronse con él.

Y desde que llegaron a casa de su padre, y el escudero le contó cómo venía muy alegre porque había tenido suerte en la caza y, más aún, porque traía consigo a aquellos juglares; y dijo a su padre lo que andaban preguntando, y pidióle por merced¹⁷¹ que les dijese lo que sobre aquello entendía él, pues él les había dicho que si su padre no era capaz de responder a tan misteriosa pregunta, no hallarían a nadie en todo el mundo capaz de resolverla.

Cuando el caballero anciano esto oyó, entendió que aquél que esta pregunta hacía no era juglar; y dijo a su hijo que después que hubiesen cenado, que él les daría respuesta a lo que preguntaban.

Y el escudero informó de ello a Saladín, que él tenía por juglar; y Saladín se puso muy alegre, aunque le parecía que el tiempo de espera se le haría eterno si tenían que esperar hasta haber cenado.

Desde que los manteles fueron levantados y los juglares hubieron hecho su actuación, preguntóles el caballero anciano por la pregunta cuya respuesta no hallaban. Y díjoles que él les diría lo que sobre aquello entendía.

Entonces, Saladín, que se hacía pasar por juglar, díjole que la pregunta era ésta: que cuál era la mejor cualidad que una persona podía tener, la cual era madre y cabeza de todas las demás bondades.

Cuando el caballero anciano oyó la cuestión, entendióla muy bien; y además, conoció por la forma de hablar que aquél era Saladín, pues él había vivido muy gran tiempo con él en palacio y de él había recibido mucho bien y mucha merced. Y díjole:

— Amigo, la primera cosa que os respondo y digo es que tengo por cierto que hasta el día de hoy nunca tales juglares entraron en mi

¹⁷¹ **Por merced:** Por favor.

casa; y sabed que muy justo es reconocer mi gratitud por cuanto ante mí habéis hecho. Y, en cuanto a la pregunta que hacéis, os digo que la mejor cualidad que una persona puede tener, y que es madre y cabeza de todas las bondades, no es otra que la vergüenza. Por vergüenza sufrimos la muerte, que es la más grave cosa que puede ocurrir. Por vergüenza dejamos de hacer todas las cosas que no nos parecen bien, por mucha voluntad que tengamos de hacerlas. Y así, en la vergüenza tienen comienzo y final todas las bondades, y es la vergüenza la que echa por tierra todos los malos hechos y nos aparta del pecado.

Cuando Saladín esto oyó, entendió que verdaderamente aquel caballero había acertado con la respuesta que tanto había buscado. Y pues entendió que había hallado contestación a la pregunta, sintió muy gran placer y despidióse del anciano caballero y del escudero. Mas antes que se marchasen de su casa, habló el sultán a solas con el caballero anciano, y éste le dijo cómo sabía que era Saladín y contóle cuánto bien de él había recibido. Y él y su fijo agasajáronle cuanto pudieron.

Y después, se encaminó Saladín para su tierra lo más rápido que pudo. Y cuando llegó a su tierra, festejaron los suyos su regreso con muy gran alegría. Y después que aquellas alegrías fueron pasadas, fuese Saladín para casa de aquella buena dama que le hiciera aquella pregunta. Y cuando ella supo que Saladín venía a su casa, recibióle muy bien y agasajóle cuanto pudo.

Y después que Saladín hubo comido, se retiró a una sala para reposar y mandó llamar a la dama; y ella vino a él. Y Saladín le dijo cuánto había trabajado hasta encontrar repuesta cierta a la pregunta que le hiciera, y que la había hallado. Y díjole que, pues le podía dar la repuesta requerida, tal como le había prometido, que ella también debía cumplir lo que le prometiera. Y ella le dijo que le pedía por merced que antes de nada, que le dijese la repuesta a la pregunta, y que si fuese acertada, que ella cumpliría complacida todo lo que había prometido.

Entonces le dijo Saladín que estaba conforme con lo dicho, y díjole que la repuesta a la pregunta que ella hiciera que era ésta: la

mejor cualidad que una persona podía tener, y que era madre y cabeza de todas las bondades, es la vergüenza.

Cuando la buena dueña esta repuesta oyó, se alegró mucho y díjole:

— Señor, reconozco que lo que habéis dicho es verdad y que habéis cumplido cuanto me prometiste. Y pídoos por merced que me digáis, pues como rey debéis decir verdad, si creéis que hay en el mundo mejor hombre y más justo y más digno que vos.

Y Saladín le dijo que, aunque le daba vergüenza decirlo, pero como estaba obligado a decir verdad como rey, que le decía que no había otro mejor que él.

Cuando la buena dueña esto oyó, dejóse caer en tierra ante sus pies, y díjole así, llorando muy amargamente:

— Señor, vos habéis aquí dicho dos muy grandes verdades: la una, que sois vos el mejor hombre del mundo; la otra, que la vergüenza es la mejor cualidad del hombre. Y señor, pues sois el mejor hombre del mundo, pídoos por merced que queráis para vos la mejor cualidad, que es la vergüenza, y que tengáis vergüenza de lo que me pensáis pedir.

Cuando Saladín todas estas buenas razones oyó, entendiendo que aquella cordial dama, con su bondad y con su buen juicio, había sabido impedirle que cometiera tan grave error, y agradeciéndolo mucho a Dios. Y de allí en adelante mostróle muy gran aprecio y mucho cariño, leal y verdadero, cual debe tener el buen señor a todas sus gentes. Y para premiar la gran bondad de aquella dama, envió por su marido y otorgóles tantos honores y dióles tantos bienes que ellos y todos sus descendientes vivieron muy aliñadamente y muy felices.

Y todo este bien acaeció por la bondad de aquella buena dama, y porque gracias a ella pudo saberse que la vergüenza es la mejor cualidad que el hombre puede tener y que es madre y cabeza de todas las demás bondades.

Y como vos, señor conde Lucanor, me preguntáis cuál es la mejor cualidad que el hombre puede tener, dígoos que es la

vergüenza. Pues la vergüenza hace al hombre ser esforzado y franco y leal y de buenas costumbres y de buenas maneras, y le hace hacer todos los bienes que hace. Sabed que por vergüenza deja hombre de hacer las cosas desaguisadas¹⁷² que al hombre se le antoja hacer. Y por ello, muy buena cosa es tener el hombre vergüenza de hacer lo que no debe y dejar de hacer lo que debe. Mala y dañosa y fea cosa es perder la vergüenza.

Ahora, señor conde Lucanor, os he respondido a esta pregunta que me hicisteis, y con esta repuesta pongo fin a las cincuenta preguntas que me hasta aquí me habéis hecho. Y habéis empleado en ello tanto tiempo, que estoy seguro que muy enojados estarán algunos de los que os acompañan, y en particular los que no están dispuestos a oír ni a aprender las cosas de que se pueden mucho aprovechar. Les ocurre como a las bestias que van cargadas de oro, que sienten el peso que llevan a cuestras pero no aprecian el mucho valor de lo que acarrean.

Y así pues, os digo que tanto por esto, como por el trabajo que me ha dado daros las otras respuestas que os di, no os quiero más responder a más preguntas; y deseo que con este ejemplo pongamos fin a este libro.

El conde tuvo éste por muy buen ejemplo. Y en cuanto a lo que Patrono dijo sobre que no quiere que se le hagan más preguntas, dijo que esto acabase como a él le pareciere.

Y porque don Juan tuvo este ejemplo por muy bueno, hízolo escribir en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Vergüenza aparta los males
y hace a los hombres cabaes.

¹⁷² **Desaguisadas:** Malas, perversas, malvadas.

Ejemplo LI.

Lo que aconteció a un rey cristiano que era muy poderoso y muy soberbio.

Otra vez hablaba el conde Lucanor con Patronio, su consejero, y díjole así:

— Patronio, muchos hombres me dicen que una de las cosas por las que el hombre puede hacer amistad con Dios es siendo humilde; otros me dicen que los humildes son menospreciados de las otras gentes y que son tenidos por hombres de poco esfuerzo y de pequeño corazón, y que el gran señor, ha de ser soberbio. Y porque yo sé que ningún hombre entiende mejor que vos lo que debe hacer un gran señor, os ruego que me aconsejéis cuál de estas dos cosas me conviene, o qué debo hacer.

— Señor conde Lucanor –dijo Patronio–, para que vos entendáis qué es en esto lo mejor y lo que más os conviene hacer, mucho me placería que supieseis lo que aconteció a un rey cristiano que era muy poderoso y muy soberbio.

El conde le rogó que le contase aquello.

— Señor conde –dijo Patronio–, en una tierra de cuyo nombre no recuerdo, había un rey muy joven y muy rico y muy poderoso, que era soberbio a más no poder. A tanto llegó su soberbia, que una vez, oyendo aquel cántico de santa María que dice: «Magnificat anima mea dominum», oyó en la frase que dice: «Deposuit potentes de sede y exaltavit humiles», que quiere decir: «Nuestro señor Dios arrojó a los poderosos soberbios de su trono y ensalzó a los humildes.» Cuando esto oyó, pesóle mucho y mandó por todo su reino que tachasen esta frase de los libros, y que pusiesen en su lugar: «Y exaltavit potentes in sede y humiles posuit in natus»; que quiere decir: «Dios ensalzó a los soberbios poderosos en su trono y derribó a los humildes.»

Esto ofendió mucho a Dios, por ser muy contrario de lo que dijo santa María en su cántico.

Mas sabed lo que al rey soberbio le ocurrió en pago de su soberbia. Un día quiso ir al baño y allá se encaminó, muy orgulloso, acompañado de un gran cortejo. Y cuando entró en el baño, se desnudó y dejó sus vestimentas fuera. Y estando él bañándose, envió nuestro señor Dios un ángel que tomó la apariencia de él. Salió del baño el ángel y vistióse las vestimentas del rey y fuéronse todos con él para el palacio. Antes de marchar, el ángel dejó a la salida del baño unas ropas muy viejas, rotas y míseras, como las de los pobres que viven pidiendo limosna de puerta en puerta.

El rey, que disfrutaba de su baño sin percatarse de lo que había ocurrido, cuando entendió que era tiempo para salir del baño, llamó a sus pajes. Pero por mucho que los llamó, no respondió ninguno de ellos, pues todos habían marchado con quien creían que era su rey y señor. Cuando vio que nadie le respondía, montó en cólera y comenzó a jurar que los haría matar a todos de muy crueles muertes.

Y sintiéndose muy humillado, salió del baño desnudo, pensando que hallaría a algunos de sus pajes que le ayudasen a vestir. Pero por más que buscó de un lado a otro, no halló a nadie a quien decir una palabra.

Y andando así muy preocupado y no sabiendo qué hacer, vio aquellas ropas viejas, rotas y míseras que por allí estaban. Decidió ponérselas e ir con todo sigilo a palacio, donde se vengaría muy cruelmente de todos los que tan gran escarnio le habían hecho. Y así lo hizo, y cuando a palacio llegó, reconoció junto a la puerta a uno de sus pajes, uno de los que le había acompañado antes al baño. Con mucho disimulo llamóle y díjole que le abriese la puerta y le condujese secretamente a sus aposentos, para que nadie lo viera de aquella manera vestido.

El paje, que tenía muy buena espada al cuello y muy buena maza en la mano, preguntóle quién era. Y el rey le dijo:

— ¡Ah, traidor! ¿No fue suficiente la humillación que me hiciste tú y los otros dejándome solo en el baño y haciéndome venir como vengo, con estos andrajos? ¿No eres tú fulano, no me conoces? ¿No ves que soy el rey, vuestro señor, que abandonasteis en el baño?

Ábreme la puerta, antes que venga alguien que me pueda reconocer; de lo contrario, yo te haré morir de muy cruel muerte.

Y el paje le dijo:

— ¡Hombre loco y mezquino! ¿Qué estás diciendo? Vete y no digas más tales locuras, sino yo te castigaré bien, pues el rey hace ya rato que vino del baño, y vinimos todos con él, y ha comido y se ha echado a dormir. Procura no hacer más ruido, no le despiertes.

Cuando el rey esto oyó, creyendo que se lo decía para burlarse de él, arremetió contra el paje con toda su ira, queriendo agarrarle por los cabellos. Y de que el paje esto vio, no le quiso herir con la maza, mas dióle muy gran golpe con el mango, de forma que le hizo sangrar. Cuando el rey se sintió herido y vio que el paje tenía buena espada y buena maza y que él no tenía ninguna cosa con que le pudiese hacer mal, ni aun para se defender, creyendo que el paje había enloquecido, pensó ir a casa de su mayordomo y allí resguardarse, para después tomar venganza de todos aquellos traidores que tanto le habían ultrajado.

Y en casa de su mayordomo muy peor le ocurrió que con el paje. Y muy malparado resolvió introducirse secretamente en los aposentos de la reina, su mujer, pensando que ella lo reconocería inmediatamente, aunque fuese andrajosamente vestido.

Y cuando llegó ante ella y le dijo cuánto mal le habían hecho y cómo él era el rey, la reina no le creyó y mandóle azotar, ordenando que echasen de palacio a aquel loco que tales locuras decía.

El rey, desesperado, viéndose tan maltratado, no supo qué hacer y marchó a un hospital muy mal herido y muy quebrantado, y estuvo allí muchos días. Y cuando le apretó el hambre, fue pidiendo de puerta en puerta. Y las gentes burlábanse de él diciéndole que cómo andaba tan desastroso siendo el rey de aquella tierra. Y tantos le dijeron esto y tantas veces y en tantos lugares, que ya él mismo pensaba que se había vuelto loco y que con locura pensaba que era rey de aquella tierra. Y de este modo anduvo muy gran tiempo; y todos le tenían por loco.

Y estando aquel rey en tan gran mal estado, la bondad y la piedad de Dios, que siempre quiere el bien de los pecadores y los

procura su salvación, hizo que aquel pobre hombre viniera a recapacitar sobre el origen de su infortunio, hasta hacerle comprender que todo le sobrevino por mandar tachar aquella frase del cántico de santa María, mudando con tan gran soberbia las palabras de la Escritura. Y desde que esto fue entendiendo, comenzó a tener muy gran dolor y muy gran arrepentimiento en su corazón, tanto que nadie podrá imaginar. Mayor dolor sintió por su pecado que por el reino que había perdido. Y así, no hacía más que llorar desconsoladamente, pidiendo a nuestro señor Dios que le perdonase sus pecados y que salvase su alma.

Y finalmente, luego que por la merced de Dios el rey se arrepintió de su pecado y Dios vio su gran arrepentimiento y su buena intención, perdonóle enseguida. Y pues la voluntad de Dios es tanta que no se puede medir, no tan solamente perdonó todos sus pecados al rey, sino que le devolvió su reino y su honra más cumplidamente que nunca la hubiera, e hízolo de esta manera:

El ángel que ocupaba el lugar del rey llamó un su paje y díjole:

— Dícenme que anda aquí un hombre loco que dice que fue rey de esta tierra, y dice otras muchas grandes locuras; ¿quién es y qué locuras dice?

Y sucedió que, casualmente, aquel paje fue quien había herido al rey el día del baño. Y contóle todo lo que le que había ocurrido con aquel loco y cómo andaban las gentes riéndose de él, oyendo las locuras que decía. Y de inmediato mandóle el rey al paje que le fuese a buscar y se lo trajera. Y cuando el rey que andaba por loco vino ante el ángel que estaba en lugar del rey, apartóse con él y díjole:

— Amigo, me dicen que vos decís que sois rey de esta tierra, y que perdiste el reino no sé por cuál mala ventura y por qué ocasión. Os ruego que me contéis cómo ocurrió aquello, sin ocultarme ningún detalle. Yo os prometo que por nada de lo que me digáis os causaré daño alguno.

Cuando el rey que andaba por loco oyó decir aquellas cosas a aquél que él pensaba que era rey, no supo qué responder. Temió que si

decía que era rey, aquel rey le mataría; y así, comenzó a llorar muy amargamente y díjole, con mucha precaución:

— Señor, yo no sé lo que responderos a esto que me decís. Tanto me da morir que vivir, así que os contaré todo como lo siento y como lo sé, sin ocultaros nada. Os digo, señor, que yo veo que estoy loco y todas las gentes me tienen por tal, y como a tal me tratan todos. Mas, pese a todo, creo firmemente que yo fui rey de esta tierra y que perdí justamente el reino y la gracia de Dios por mis pecados, y, señaladamente, por la gran soberbia y gran orgullo que en mí había.

Y entonces contó, con mucho pesar y con muchas lágrimas, todo lo que le aconteciera, sin olvidar la frase evangélica que hiciera mudar, junto con todos los demás pecados. Y pues el ángel que Dios enviara entendió que el rey se dolía más de sus pecados que del reino y de la honra que había perdido, díjole por mandado de Dios:

— Amigo, os digo que decís en todo muy gran verdad, pues vos fuiste rey de esta tierra, y nuestro señor Dios os arrebató el reino por estas razones mismas que vos decís; y me envió a mí, que soy su ángel, para que tomase vuestra figura y ocupase vuestro lugar. Y porque la piedad de Dios es infinita y no quiere del pecador sino que se arrepienta verdaderamente, ha mostrado mediante este prodigio las dos condiciones necesarias para que el arrepentimiento sea verdadero: la una es que se arrepienta para nunca caer en el mismo pecado; y la otra, que sea el arrepentimiento sincero. Y porque nuestro señor Dios entendió que vuestro arrepentimiento es tal, os ha perdonado, y me ha ordenado que os volviese en vuestra figura y os devolviese vuestro reino.

Cuando el rey que andaba por loco oyó decir estas palabras del ángel, dejóse caer ante él llorando muy fieramente. Creyó firmemente todo lo que le decía, y alabó a Dios, cuyo ángel mensajero era; y pidióle por favor que no se marchase hasta que todas las gentes se reunieran, para hacerse público este tan gran milagro que nuestro señor Dios hiciera. Y el ángel hízolo así. Y cuando todos estuvieron juntos, el rey contó lo ocurrido, todo tal y como había pasado. Y el ángel, por voluntad de Dios, se manifestó a todos y contóles eso mismo.

Entones, el rey mandó que, para perpetuo recuerdo de esto en todo su reino, fuese escrito con letras de oro aquella frase del Magnificat. Y oí decir que hoy en día así se guarda en aquel reino. Y esto acabado, regresó el ángel ante nuestro señor Dios que le había enviado, y quedó el rey con sus gentes muy alegres y felices. Y de allí adelante fue el rey muy bueno, para servicio de Dios y provecho del pueblo, e hizo muchas buenas obras, por las que tuvo buena fama en este mundo y mereció la gloria del Paraíso, la cual Dios nos quiera dar por la su gracia.

Y vos, señor conde Lucanor, si queréis tener la gracia de Dios y buena fama del mundo, haced buenas obras, con sinceridad y sin hipocresía; y de entre todas las cosas del mundo, guardaos de la soberbia y sed humilde, mas no humillado. Y que los poderosos soberbios hallen siempre en vos humildad y buenas obras.

El conde mucho apreció este consejo, y rogó a Dios que le ayudase a cumplirlo siempre.

Y como a don Juan le gustó mucho este ejemplo, hízolo poner en este libro, e hizo estos versos que dicen así:

A los que son humildes, Díos mucho los ensalza;
y los que son soberbios, hiérelos peor que maza.

Índice.

Ejemplo	Capítulo	Páginas
	Introducción.	2
	Anteprólogo.	12
	Prólogo.	13
1.	De lo que aconteció a un rey con un su privado.	16
2.	De lo que aconteció al hombre bueno con su hijo.	21
3.	Del salto que hizo el rey Ricardo de Inglaterra en la mar contra los moros.	25
4.	De lo que aconteció a un genovés que hablaba con su alma.	29
5.	De lo que aconteció al cuervo con el raposo.	32
6.	De lo que aconteció a la golondrina con las otras aves.	34
7.	De lo que aconteció a una mujer que se llamaba doña Truhana.	36
8.	De lo que aconteció a un hombre que era mal doliente.	39
9.	De lo que aconteció en Túnez a dos caballeros que vivían con el infante Enrique.	40
10.	De lo que aconteció a dos hombres que fueron muy ricos.	44
11.	De lo que aconteció a un deán de Santiago con don Illán, el gran maestro que moraba en Toledo.	46
12.	De lo que aconteció al gallo con el raposo.	49
13.	De lo que aconteció a un hombre que cazaba perdices.	53
14.	De lo que aconteció a un lombardo en Bolonia.	55
15.	De lo que aconteció a un muy buen caballero.	57
16.	De la repuesta que dio el conde Fernán González a Nuño Laínez, su pariente.	61
17.	De lo que aconteció a un hombre con otro que lo convidó a comer.	64
18.	De lo que aconteció a don Pero Meléndez de Valdés.	66
19.	De lo que aconteció a los búhos con los cuervos.	69
20.	De lo que aconteció a un rey con un hombre que le dijo	72

	que sabía alquimia.	
21.	De lo que aconteció a un muy gran filósofo con un rey mozo.	75
22.	De lo que aconteció al león y al toro.	78
23.	De lo que aconteció a la hormiga.	81
24.	De lo que hizo un rey moro con tres hijos que tenía por saber cuál de ellos era mejor hombre.	83
25.	De lo que aconteció al conde de Provenza con Saladín, que era sultán de Babilonia.	87
26.	De la compañía que hicieron la Mentira y la Verdad.	95
27.	De lo que aconteció al emperador Fadrique y a don Alvar Fáñez Minaya con sus mujeres.	99
28.	De lo que aconteció a don Lorenzo Suárez Gallinato.	110
29.	De lo que aconteció a un raposo que se hizo el muerto.	112
30.	De lo que aconteció al rey Benavid de Sevilla con la reina Romaiquía, su mujer.	115
31.	De lo que aconteció a los de la iglesia catedral y a los frailes menores en París.	118
32.	De lo que aconteció a un rey con tres hombres burladores.	120
33.	De lo que aconteció a un halcón sacre que era del infante don Manuel.	124
34.	De lo que aconteció a un ciego con otro.	127
35.	De lo que aconteció a un buen mancebo el día que se casó.	129
36.	De lo que aconteció a un mercader que fue a comprar sesos.	135
37.	De la repuesta que dio el conde Fernán González a sus vasallos.	138
38.	De lo que aconteció a un hombre que llevaba una cosa muy preciada al cuello y pasaba un río.	140
39.	De lo que aconteció a un hombre con la golondrina y con el pardal.	142
40.	De las razones por las que perdió el alma un senescal de Carcasona.	144
41.	De lo que aconteció a un rey de Córdoba que le decían Alhaquem.	147
42.	De lo que aconteció a una falsa beguina.	150
43.	De lo que aconteció al Bien y al Mal, y de lo que aconteció a un hombre con un loco.	155

44.	De lo que aconteció a don Rodrigo el Franco.	159
45.	De lo que aconteció con el Diablo al hombre bueno que fue hecho rico y después fue pobre.	164
46.	De lo que aconteció a un filósofo con una enfermedad que había.	168
47.	De lo que aconteció a un moro con una hermana suya que se espantaba de cualquier cosa que veía.	172
48.	De lo que aconteció a un buen hombre con un hijo suyo que decía que tenía muchos amigos.	175
49.	De lo que aconteció a un hombre que hicieron señor de una gran tierra.	179
50.	De lo que aconteció a Saladín con una dueña, mujer de un caballero vasallo suyo.	182
51.	Lo que aconteció a un rey cristiano que era muy poderoso y muy soberbio.	191